

MAGIA LITERARIA I
(para niñas y niños)

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY
Depósito Legal LF07420058004453
ISBN 980-6394-43-7

Compilación
Inés de Cuevas
María Luisa Lázzaro
Enza Lázzaro

ÍNDICE

Angulo Ana Luisa
Bencomo Carmen Delia
Cartay Rafael
Castro Avellaneda, Antonio
Clarac de Briceño Jacqueline
Cuesta Cuesta Alfonso
Cuevas Inés
Duque Sánchez Emiro
Febres Cordero Tulio
Galo Amabelia
Guillén Ana María
Guillén Ana Wendy
Lázzaro Enza
Lázzaro María Luisa
López Héctor Andrés
Maldonado Pedro
Marrero Elizabeth
Molina Gipsy
Mora-Morales Arturo
Osío de Bello Conchita
Páez de Andrade Zaira
Palomares Ramón
Quintero María del Pilar
Rodríguez Carlos César
Romero Ivonne
Rondón María Iholanda
Sigillo Giannetto Rosalba
Uzcátegui Fanny
Velásquez Ramelis
Vega Olivencia Carmen Amaralis
Villafañe Javier
Villafañe María Juliana

ANA LUISA ANGULO RANGEL, nació en Ejido, Municipio Montalbán, estado Mérida en 1921. Murió en 1996. Abogada, Licenciada en Educación, Especialista en Lectura. En vida, se desempeñó como docente en la Facultad de Humanidades y Educación, de la Universidad de Los Andes, en las Cátedras de Didáctica Especial, Historia de la Educación en Venezuela, Estadística y Evaluación, Derecho Administrativo, Legislación del Menor. Jefe del Departamento de Pedagogía y Didáctica de la Escuela de Educación y profesora del Postgrado en Educación, Mención Lectura. Coordinó el Seminario Estrategia de Comprensión Lectora. Fue Preceptora de la Escuela Número 3341 anexa a la Monseñor Jáuregui. Directora y profesora de la Escuela Normal de Mérida, Asesora Técnica de la Unidad Escolar Libertador, Directora de la Escuela Campos Elías, Ejido. Recibió importantes homenajes y reconocimientos tanto por su calidad humana como por sus méritos académicos.

OBRA PUBLICADA: (Póstuma) *Rueda de cantos* (Mérida, Consejo de Publicaciones/ Consejo de Estudios de Postgrado, ULA, 1997.

ADIVINANZAS

1. Dama esbelta y espigada
muy sabrosa en ensalada
rechoncha, panzuda
y de sabrosa pulpa,
proporciona al hombre
el sabroso azúcar.
2. Espiral nacarada,
casa singular,
quien vive en tu interior
te cambia de lugar.
3. Es en la altura,
donde siempre crece
luciendo sus flores amarillas
pero también baja a la ciudad
en paquetes
de sabrosa mantequilla.
4. Sus espigas
se levantan altivas
en sembrados
de páramos andinos,
sus granitos
nos dan rico alimento
una vez
que se llevan al molino.
5. Mi cara la tengo sucia
y picada de viruelas,
soy redonda u ovalada
y me fritan en cazuela.

6. Mi cuerpo es recto
y con nudos,
lleno de dulce guarapo
cuando el trapiche me exprime
me convierte en un harapo.
7. Soy la prenda de vestir
que más usa el paramero;
por darle mucho calor
se me cuida con esmero.
8. Soy quien exprime la caña
en mis entrañas de acero,
muy negrito y reilón
soy amigo del boyero.

UNA IDEA HECHA REALIDAD

Si tienes una idea
ponla al viento...

La esparcirá
por llanos
y hondonadas.
La regará
con el cristal
de la cascada.

La vestirá
como una
paramera,
con zapatos
de musgo
y lazos de
neblina,
y encendido
arrebol
de tardes

purpurinas.

Le tejerá
sus medias
con el suave
vellón de los
corderos.
La llenará
de perfumes
de mejorana
y romero.

La acunará
en blanda
cama
de frailejón
y de albricia.

Y en la
noche silente,
las nanas
serán tiernas
caricias.

Y al encontrar
tierra buena
la idea,
en un grano
convertida,
se plantó
como simiente.

Con los cantos
del turpial,
paraulata
y gonzalitos,
armado
el espantapájaros

ha alejado a los
pericos.

Hoy comienza
la siega.
De sus frutos
copiosos,
de los frutos
que encierra,
se llenarán un día
los campos
de esta tierra.

La mano
generosa
que sembró
la semilla,
es mano
de mujer
tesonera
y sencilla.

Con lazos
de hermandad
americana,
unió el azul
y el blanco
con nuestro
tricolor venezolano.

Juntas las
manos
con emoción
gritamos
¡Aquí en la altura,
hemos hecho
gigante,
a la lectura.

Y hemos
seguido

en la lectura dinámica,
activa,
funcional.
Y conseguir
así de esta manera
una patria
genuina
de verdad.

Por eso los invito
a todos
a leer
con cariño
a Abraham.

LA TEJEDORA

Tejedora laboriosa,
trabajadora
sin par.

Arañita silenciosa,
¿vives sola en tu telar?

En lo alto de mi cuarto
y en el medio
del portal,
yo diviso
las madejas,
las agujas
y el dedal,
que la araña tejedora
utiliza en su labor,
para tejer
sus encajes
con muchísimo
primor.

MI VACA

Vaca coqueta,
rumian sin fin
las mariposas.

Vaca gentil,
a hierbas olorosa.

Eres tazón
de blanca espuma.

Alimento
de quien está
en la cuna.

Con testa
cubierta
de luceros,
y repleta
la ubre
de leche
para su ternero.

Mansa vaquita
llena de ternura,
vaca amplia
como la llanura.

EL RELOJ

Cajita Sonora
con duendes
por dentro:
¿Cuál es tu misión?

Decirte la hora.

Decirte la hora
de tu desayuno,

almuerzo,
merienda
y cuándo
debes empezar
tu siesta.

Cajita sonora:
¿Cómo
das
la hora?

Din, don,
don, don
cantan a coro
los duendecillos;
din, don
don,dan
y van girando
las manecillas.

CAMPANITAS

Din don, don dan,
repican alegres
las campanitas.

Din don, don dan,
como esquilas
de blancas ovejitas.

Los niños a dormir van
din don, don dan,
sus ojitos cerrarán.
Y a soñar, a soñar
ellos irán.

Din don, don dan...
Din don, don dan...

CARMEN DELIA BENCOMO, nació en Tovar, estado Mérida, Venezuela (5 de julio de 1923, murió en La Guaira, estado Vargas (12 de octubre de 2002). Poeta, narradora de cuentos y obras de teatro para niños y jóvenes. Fue maestra de Preescolar y bibliotecaria en Caracas y en la Creole de Cabimas. Colaboradora en varias publicaciones periódicas como en la *Revista Shell* de Venezuela, *La Religión*, Cultura Universitaria, Revista Nacional de Cultura, Churum Merú, Tricolor (1969-70), Diario Crítica, El tren de colores (Mérida, 1984-85). Fue Coordinadora de Actividades Culturales de la Compañía Shell, Directora Fundadora del Instituto Zuliano de Cultura, Coordinadora de Cultura de la Gobernación del Estado Mérida. Inventó una manera de hacer arte a través de retazos de tela. Obtuvo el Primer Premio en el Concurso de Cuentos Infantiles auspiciados por el Banco del Libro, con *La cigarra niña*, Caracas, 1965). Con *Los papayos*, ganó el Primer Premio de Teatro Infantil (Dirección de Cultura de la UCV, Caracas, 1967). Ganó el 2do Premio del Concurso de Poesías infantiles del Banco del libro, con *Cartilla del aire* (Caracas, 1970). Con *Un cuento blanco para Mary*, ganó el Primer Premio de Cuentos Infantiles de la Universidad de Carabobo, 1983). En Europa realizó estudios de Literatura y Biografías infantiles.

OBRA LITERARIA: *Muñequitos de aserrín* (Buenos Aires, 1958), *Cocuyos de Cristal* (Caracas, 1965), *Los luceros cuentan niños* (Caracas, 1967), *Los papagayos* (Capeluz, Caracas, 1968), *El diario de una muñeca* (novela juvenil) (Maracaibo, 1972, Mérida 1984). *Los cuentos del colibrí* (Consejo de publicaciones de la ULA, Mérida, 1984), *Cantaclaro* (Caracas, 1997). Fue reseñada y publicada en numerosos periódicos y revistas, tanto a nivel regional como nacional.

CANTA CLARO EL HIJO DEL VIENTO

Cansado el viento de tantas murmuraciones sobre su vida errante y el desconocimiento de muchas personas, acerca de su ayuda a la tierra, decidió una mañana hacer un pájaro.

—¡Cantará como el agua! —dijo— y llamó a la brisa, la fuente y la luna, sus amigas, para pedirles un poco de frescura, música y luz.

Varios días y varias noches inventaron plumas, unieron colores, probaron campanas y por fin, el pájaro quedó listo. Le dieron por nombre Cantaclaro. El viento, la luna y la brisa, y la fuente, desearon que todos lo conocieran y llamaron a la nube y ésta, al escucharlo, lloró de alegría. Una fina lluvia bañó la tierra y, como hacía un día claro, el sol recogió su llanto y lo convirtió en arcoiris.

Después vino la mariposa recién salida de la crisálida y cuando lo escuchó se fue a contarle de flor en flor.

Y llegaron los niños de la escuela, quienes para acompañar sus canciones se pusieron a danzar.

Entonces la brisa, la fuente y la luna lo enviaron a la fiesta del bosque, donde ofrecían un premio al mejor cantante y a la más linda canción.

—¡Canta sin miedo! ¡Sé fuerte y valiente para sostener tu canto! —le dijo el viento.

—¡Canta siempre con voz dulce y alegre! Repite los sonidos con claridad y belleza! —le dijo la brisa.

—¡Canta con la frescura del agua! —le dijo la fuente.

—¡A tus cantos agrega un poco de mi luz! —le dijo la luna.

Cantaclaro llegó al bosque donde estaban reunidos todos los pájaros y cuando le tocó su turno, lo hizo sin olvidar los consejos de su padre y sus protectoras.

Una fuente lo invitó a silbar. Detenidamente lo miró con sus ojos de agua limpia y le preguntó:

—¿Quién eres? ¿Quién te envía? ¡Silbas muy hermoso! Y Cantaclaro calló tímido y emocionado.

—¡Tienes la magia de la luna y la frescura de la brisa! —le volvió a decir la fuente. Cantaclaro sonrió, batió sus alas y cantó con más alegría. La fuente lo llevó a presencia de la rosa.

—Rosa, este pájaro canta como el viento, la brisa, el agua.

–Lo llevaremos al árbol de la vida -dijo la rosa- y le acompañó hasta el corazón del bosque.

–¡Mira! ¡Te traemos el hijo del viento! -dijeron sus amigos.

–Debe ser fuerte como su padre y sus canciones frescas y suaves como la brisa, la luna y el agua –dijo el árbol de la vida, y Cantaclaro, estimulado con aquellas palabras, cantó y cantó...

–¡A mí también me gusta! –dijo el árbol de la vida.

Las hojas de los árboles, las aguas del río y las fuentes; los otros pájaros y el pueblo entero conocieron del triunfo de Cantaclaro, y él, muy contento, regresó a su casa donde lo esperaban sus padres y amigos.

–¡Hijo, vienes vencedor! –le dijeron– ¡cuánto habrás sufrido! ¡A qué duras pruebas te someterían! ¡Cuántas palabras de elogio dirían en tu presencia! Más, no debe envanecerte. Sigue con tu humildad, siendo cada vez mejor, para que todos comprendan la utilidad del viento y la gran ayuda que presta a los demás.

UN CUENTO BLANCO PARA MARI

A Lagunillas de Mérida

Había una vez...

Así comienzan todos los cuentos: alegres o tristes; hermosos o feos, buenos o malos. Por eso nuestro cuento empieza así:

Había una vez una laguna encantada en un pueblo seco, lleno de guazábaras, cardones, tunas y cujíes. Era el inmenso espejo donde se miraban Zuhé y Chía, los grandes dioses de nuestras tribus. A la orilla de esta laguna nacieron lirios, juncos, garzas y niños. Nació también una niña a quien sus padres dieron por nombre Mari.

–¡Esta niña hará cuentas! –dijo el Hada Madrina.

–¿Cuentas? –preguntaron todos aquellos seres que no sabían sino contar luceros.

–¡Cuentas! –volvió a decir el Hada y desapareció.

Un día la niña fue a la escuela y en un ábaco aprendió a conocer los colores blanco y negro. Aquellas bolitas corrían como pájaros alegres de un lugar a otro por un alambre y le enseñaron a sumar y restar.

Cuando la niña se hizo grande fue a la casa de la ciencia para aprender los números. Sus cuentas también se hicieron grandes y entonces la llevaron al Palacio Blanco para contar los dineros del reino.

Encontró allí mucha gente que la ayudó en su trabajo. En los recesos, aquellas personas le contaban cuentos. Mari los escuchaba con los ojos sonrientes y los oídos del caracol. Junto a la palabra de la abeja y el cántaro nació la amistad.

Una vez la laguna se quedó dormida por los efectos de un extraño hechizo y llegaron otros seres a hacerse dueños del reino. Buscaron la silla de oro del agua; el marco plateado de la luna; la aguja y el imán del sol. Se sentaron frente a la carpeta de los números. Miraron paredes, techos y los retratos de la historia. Las pupilas brillaban como fósforos. El viejo relojero, muy triste, les dijo: aquí se sienta Mari para hacer sus cuentas. Allí está su cesta de mandarinas y mariposas; su lápiz de cristal; el espejo donde se miran las lluvias. Arriba se sienta el hombre que enciende los faroles.

Y allá... en la laguna encantada, repite una garza a sus polluelos este cuento que ella llama negro, porque todo se volvió de ese color... y vinieron unos hombres vestidos de negro, con linternas negras a sacar todos los habitantes del reino.

En la sala de los números encontraron a Mari.

–¿Saben de qué color estaba vestida Mari? –preguntó la garza.

–¡De negro! –contestaron las garcitas.

–No. ¡De blanco! –respondió la garza–, porque ella venía de un cuento blanco.

Y como Mari no podía seguir en ese extraño mundo, donde las bolitas blancas de su ábaco se habían tornado oscuras, tomó su cesta de mandarinas y mariposas; su lápiz de cristal, su espejo y se despidió de sus amigos y compañeros. Antes de partir les dijo: allá en la casita blanca de mi pueblo, donde está la laguna encantada, los espero.

Un piache dice que pasarán muchos años y cuando despierte de su hechizo volveremos a encontrar los telares de luces de este reino.

Mari dejó la alta mansión. Cruzó el río turbio del pueblo y se fue hasta donde vive el cacique Lagu que en esos momentos recitaba a

su novia Nillas, un poema de esperanza:

*De nuevo nacerán los lirios
y nuevas luces a la aurora.*

...

Mari se abrió el pecho de guitarra, acercó su frescura a esos cantos y repitió con Lagu y Nillas:

*De nuevo nacerán los lirios
y nuevas luces a la aurora.*

...

Y otro día llegaron sus amigos a la casita blanca. Mari sacó de una caja mágica sus mandarinas gigantes. Las puso sobre una mesa de cují y comenzaron a cantar canciones alegres, y todos se pusieron a bailar.

Este cuento lo recogió un pajarito. El pajarito se lo contó a una flor y la flor se lo contó a Mari. Mari se lo repitió al cardón; la luna, a sus amigos, a los niños; a la laguna encantada para que cuando despierte de su letárgico sueño recomience la historia:

Había una vez... una laguna encantada y en la laguna una garza blanca le cuenta a sus polluelos un cuento blanco porque todo se volvió de ese color.

—Y vinieron unos hombres vestidos de blanco, con linternas blancas y sacaron a aquellos habitantes oscuros del reino. En la sala de los números volvieron a ver a Mari.

—¿Saben de qué color estaba vestida Mari?

—¡De blanco! —contestaron las garcitas. Y todo volvió a ser como al principio: blanco y hermoso. De nuevo la felicidad reinó en aquel pueblo, porque más nunca volvieron los oscuros seres a sacar a los habitantes blancos de aquel reino.

EL PECECITO DE COLORES

El niño de mi cuento regresó un día de la escuela y se detuvo, como de costumbre, a la orilla del río que atraviesa para ir a su casa. Siempre pone en él un barco de papel o una hoja para que la corriente se los lleve más allá de sus ojos. Entonces se dio cuenta, con pesar, que el río estaba muy sucio y en sus escasas aguas se movían inquietos pececitos. Se quedó mirando y de pronto le pareció escuchar un llanto suave. Aguzó el oído y descubrió una voz triste en el fondo del agua:

*A, e, i,
i, e, a,
mis hijos morirán
ay, ay, ay los hijos
de Caribay*

...

No entendía muy bien. Sorprendido observó un pececito de varios colores que brillaba dentro del agua sucia. En aquel instante el río dejó de hacer remolinos negruscos y, junto a una piedra, el animalito se quedó quieto. El niño lanzó unas migas de pan y el pececito las devoró con gusto. Después se fueron remolinando otros más, pero ninguno con aquellos colores vivos y tornasolados. El niño asombrado seguía escuchando:

*A, e, i,
i, e, a,
mis hijos morirán
ay, ay, ay
los hijos de Caribay.*

Al fin salió de su asombro y pudo preguntarle:

—¿Por qué morirán tus hijos, los hijos del Caribay? ¿Y quién es Caribay?

—Caribay —le dijo el pececito— era una muchacha que vivía en la montaña de los Mirripuyes, donde nace este río en que vivimos. En ese tiempo sus aguas eran azules y claras y se miraba el sol su rostro

limpio todos los días y la luna su hermosa cara todas las noches. Los indios decían que Caribay era hija de Zuhé, el sol, y de Chía, la luna, y que por eso era tan bella y luminosa.

Caribay cuidaba las montañas, pájaros y ríos; frailejones y ovejas; conucos y frutos. Eran abundantes los bosques y muy hermosos. Sobre ellos cruzaban las aves que llenaban de cantos y vuelos los silencios verdes. Caribay cuidaba también los peces, algas, lirios y las canciones del agua. Ella corría de un lugar a otro para visitar sus dominios. Un día quiso llegar hasta el Coquivacoa, donde llegan muchos de nuestros ríos, y se perdió entre las piedras y montes al querer alcanzar unas aves gigantescas que volaban cerca de ella y al tocarlas se convirtieron en águilas de nieve y se quedaron inmóviles en las cumbres de la Sierra Nevada. A veces cantaba Caribay sus tristes canciones para que alguien pudiera encontrarla, o lloraba, y su llanto se convertía en río limpio y claro. Se perdió en la montaña y su espíritu está en Los Andes.

Estoy cantando y llorando como ella porque cada día la ciudad se hace más grande e importante, pero descuida sus bellezas naturales. Desaparecen los pájaros, los peces, los árboles, las lluvias y los ríos.

Cuando el niño llegó a su casa contó a la madre todo lo que había visto y escuchado.

Ella estaba acostumbrada a los sueños de su hijo y no se extrañó. Le habló de la hermosa leyenda de las Águilas Blancas y lo que leía en los periódicos acerca de la contaminación de los ríos: de los incendios forestales; de la caza y pesca sin control, y puso tanta emoción en sus palabras, que el niño le dijo:

—Mamá, cuando yo sea grande estudiaré para proteger nuestros árboles y ríos, entonces nuestra ciudad se llenará de pájaros y bosques. Los ríos serán claros y limpios con peces de muchos colores.

La madre sonrió complacida y aquella noche el niño soñó que Caribay, en forma de pececito, lo arrullaba con sus mágicas canciones:

A, e, i, o, u
nuestro ángel serás tu.
A, e, i, o, u

y los buenos como tú.

El niño lleno de fe y alegría miró las montañas cubiertas de nieve como si las arrojara un manto de plata. De nuevo, camino a la escuela se detuvo en el río a contemplar su pececito de colores y le pareció escuchar su voz que le decía:

*A, e, i, o, u
ese ángel serás tú*

...

Un buen día el niño leyó complacido que se estaban haciendo estudios para que las aguas negras no contaminen los ríos y así los peces, los árboles, las flores, los niños y el aire, como arpas jubilosas, puedan cantar:

*A, e, i, o, u
por el aire va la luz.
A e, i, o, u
estoy feliz como tú.*

LOS BAÚLES MÁGICOS

Calle abajo camina Isabel, la señora que ha venido a descansar unos días del ruido y agitación de la ciudad donde vive. A cada paso siente recobrar ese reposo porque la ciudad que ahora visita, fría, tranquila, llena de pájaros, árboles y relojes, es como un hermoso pueblo sacado de un libro de cuentos para niños.

Junto a Isabel camina, también, Anselmo, el vendedor de cosas viejas en el mercado y su hijo Efraín de siete años, quien siempre está más allá del horizonte. Sueña con el mar, barcos y mundos desconocidos. Sus ojos se pierden tras una mariposa, un colibrí o un extraño visitante.

El hombre le ha ofrecido a Isabel unos baúles viejos que desea vender para comprarle alimentos a su familia.

Cada uno marcha en silencio. Los pensamientos y recuerdos hacen nido en la mañana apacible. La esperanza se hace realidad en el modesto hogar de Anselmo. La tristeza de un sueño roto nubla

la mirada del niño, y el recuerdo envuelve a Isabel en infantiles sonrisas.

Anselmo camina con rapidez. Tiene la urgencia de adquirir lo necesario para sus hijos. Isabel lo hace lentamente sobre la solitaria calle. Efraín es el más rezagado, no sólo por sus cortos años, sino porque no quiere salir de sus baúles mágicos, donde ha encerrado, tantas veces su alegría o su tristeza, junto a un juguete, animal, libro de cuentos o con el puro y cristalino deseo de verlos llenos de las piedrecitas del río.

–¡Señora, estos son! –dice Anselmo casi orgulloso de ser su dueño, de haberlos heredado de sus antepasados– ¡Fíjese en la cerradura, en la madera!, y dando unos ligeros golpes en las tapas los abre para mostrarlos por dentro.

Los había limpiado muy bien, tanto por fuera como en su interior, para eliminar cualquier mancha, más el olor a madera y a otros encantos imprecisos que estaban ahí como un invisible duende que no quiere dejar sus dominios.

–Señora, véalos bien, ¡Hará una buena compra! -vuelve a decir Anselmo- mientras Efraín, su hijo, mira a Isabel con una mirada entre la dulzura de un fruto y la tristeza de una mañana sombría.

–¡Qué gratos eran los baúles para los niños de antes! –dice la señora como recobrando su niñez- Recuerdo los de mi casa, los de mi abuela. Siempre con llave. Cuando se abrían mostraban fotografías, postales, cintas, joyas antiguas, pañuelos de encajes y otras cosas más. Eran como el sombrero de un mago, llenos de misterio y aire perfumado. Un país encantado, cuando la abuela volvía a cerrarlos y dejaba en el suelo: papelitos de colores, cuentas de algún collar o una cajita de bombones vacía, para guardar nuestros tesoros.

El niño escucha con simpatía a la señora, porque ella se ha acercado a su mundo de fantasías.

Anselmo habla y habla de fechas, cerraduras, de buenas maderas y, sobre todo, de los motivos poderosos y urgentes para venderlos.

De pronto... un silencio invade la sala. Un perfume se extiende por toda la habitación. La claridad permite leer los pensamientos de los tres personajes. Cobran vida, como si los baúles, de repente, se volvieran mágicos.

–Aquí nacieron los cuatro gaticos de Minina, dice triste el niño. En éste guardaba libros, trompos y creyones...

–Pero... ¡Ahora hay que venderlos para comprarles leche y pan! – dice Anselmo.

–Guardaré, también libros de cuentos, dulces, trompos, cometas, muñecos, para mis nietos y otros niños que me visiten –dice Isabel. Ahí encontrarán juguetes e inventarán historias de piratas, hadas, animales... Los veré jugar, con alegría, al recordar los bellos años de mi infancia. Será motivo maravilloso para conversar con ellos.

Al cabo de un rato... de largo suspenso para Anselmo y el niño, la señora dice:

–¡Compraré los dos! Uno será para su hijo. No quiero dejarlo sin un sitio para sus juguetes. Más tarde guardará sus recuerdos en los que estaré presente. El otro lo llenaré de sorpresas para los niños que se acerquen a mi casa. Cerrado, será un baúl de misterios... Abierto, un mundo de aromas y encantamientos...

Calle arriba, van ahora los tres personajes de mi cuento. Cada uno tiene dibujada la felicidad en su rostro. El hombre lleva, además, a su espalda, un baúl que Isabel llenará de las cosas que comprará, en esta bella ciudad, de artesanías, dulces y moras.

Al día siguiente el sol acompaña a Isabel por calles, rincones típicos, en busca de los tesoros para su viejo baúl: figuras de anime con el encanto de sus ruanas y cestas; campanitas de barro cocido que el viento hará sonar en los juegos de los niños; muñecas de trapo con sus ojos y brazos abiertos al suave roce de alguna niña que les repite las bellas canciones de cuna, aprendidas de su abuela y su mamá. Pájaros y casitas, hechos por los niños de Azael. Los hermosos títeres de Paulino, con sus cuentos de Pedro Rimales, La sopa de piedras, La mata de centavos y el encantador mago, Cascarita, para las risas

del domingo.

El sueño de Isabel cargado de aromas y música se confunde con una voz menuda, de brisa, flor o niño, que sale del baúl:

–Señora, también me llevará a mí. Estoy feliz por las alegrías que has dado a mis antiguos dueños y por las muchas que les esperan a los niños de la ciudad donde vives.

–¿Quién eres tú? -pregunta Isabel.

–Soy el duende del baúl. No olvides que los cuentos, juguetes y sueños siempre viven. Cuando hables a tus nietos y amiguitos de la ciudad que has visitado, cuéntales las leyendas de nuestras montañas, ríos, cascadas, lagunas y las bellezas de nuestros pueblos, así aprenderán a conocerla y amarla.

Cuando Isabel despertó, de aquel hermoso sueño, cerró el baúl para que no se le escapara el duendecillo de sus recuerdos.

RAFAEL CARTAY ANGULO, nació en Barinas en 1941. Profesor de la Universidad de Los Andes, Mérida. Economista (Universidad Central de Venezuela, 1966). M.S. en Economía Agrícola (Chapingo, México, 1968; IICA-OEA, Turrialba, Costa Rica, 1969). Dr. Tercer ciclo (Sorbonne, París, 1976). Profesor invitado Universidad Politécnica de Madrid, España, 1983; Visiting Schollar, University of Texas at Austin (Estados Unidos, 1984-1985). Visiting scoller Université Laval. Québec (Canadá, 1993-1994). Director del Ciaal-Faces-ULA (1996-2000). Premio Regional de Ciencias Sociales, mención historia, 1994). Co-galardonado con el Premio Nacional de Nutrición (Caracas, 1994). Tutor de diversos tesis de maestría y doctorado.

OBRA PUBLICADA: *Cuentos para cabalgar el potro de la noche* (Mérida, CODEPULA, 1996). Publicaciones infantil del BCV: *El pago mágico* (Caracas, Banco Central de Venezuela, 2000). *¿Qué son las tasas de interés?* (Caracas, Banco Central de Venezuela, 2004). Inédito, títulos tentativos: *La cocina como laboratorio*, *Aprende a cocinar*, *Química para cocinar*. *Tres poetas* (Caracas, Fundarte) *Confidencias literarias de 35 escritores latinoamericanos* (Mérida, Dirección de Cultura y Extensión. *Un intento de caracterización de una región alimentaria. El caso de la región andina venezolana*” (1999); en: *Fermentum*, Año 9, No. 25 (Mayo-Agosto): 233-260. “*Situación actual de la cacaocultura venezolana*” (1999); en: *Atelier de Caravelle* (Université de Toulouse, Francia, Febrero): 53-72. *Discurso y economía de la década militar, 1948-1958*” (En prensa, Coautor). Mérida: Universidad de Los Andes, CDCHT-Consejo de Publicaciones. “*Venezuela: Tradición en la Modernidad*” (1998, Coautor). Caracas: Fundación Bigott-Universidad Simón Bolívar. Cartay, Rafael. “*Un Mundo en su Taza. El café en Venezuela*” (1997). Caracas: Edit. Exlibris. rcartay@ula.ve

EL POTRO DE LA NOCHE

En el cielo siempre cabalga solitario un potro. Nadie puede verlo sino de noche. Cuando el sol se oculta en el horizonte aparece una gran mancha oscura en el cielo: es el potro negro que cabalga en la noche, sin riendas y sin freno.

Es un potro tan arisco, el potro negro, que ningún gran jinete ha podido montarlo en contra de su voluntad. Solamente los niños lo han domado.

En la noche, los niños cierran dulcemente los ojos y se acercan al potro. Al principio, el potro relincha y se aleja. Pero, después se acerca, se deja acariciar y sonrío.

En la medida en que cae la noche, el potro negro se va volviendo cada vez más manso, y los niños lo ensillan para cabalgar en el anchuroso cielo.

Luego los niños lo montan, y se ponen a navegar en el sueño.

EL VIAJE PLANETARIO DE JUAN

Apenas Juan hubo terminado sus tareas escolares, cuando una gran nave interplanetaria aterrizó cerca de la ventana de su cuarto. La puerta de la nave plateada se abrió, casi sin ruido, y de ella salió un niño vestido con una larga túnica, con colores iguales a los del arco iris.

El niño de la nave invitó a Juan a dar un largo paseo por los planetas, prometiéndole traerlo de vuelta una vez terminado el recorrido, para que su mamá no se preocupara.

Juan accedió y, zum, la nave despegó. La tierra quedó atrás, como una naranja manchada por los continentes. La nave se dirigió a un planeta que, desde lejos, se veía marrón.

Al acercarse, Juan se dio cuenta de que todos los árboles, las casas y las montañas eran de chocolate. Los ríos que bajaban de las montañas eran rosados y sabían a fresa. De las fuentes de los parques brotaba mantecado. Las nubes eran algodones de azúcar. Los caminos, en vez de piedrecitas, estaban cubiertos de maní. Las aves que surcaban el cielo eran palomitas de maíz, y por las tardes, cuando llovía, en vez de gotas de agua, caían caramelos.

Cuando Juan hubo comido un poquito de todo lo que había en el país de las golosinas, la nave, zum, se dirigió al país de los juguetes, parecido, a lo lejos, a una pelota de colores suspendida en el aire. Allí estaban todos los juguetes que Juan había soñado allá en la tierra; había grúas gigantescas, aviones que hacían piruetas en el aire, barcos con chimeneas como si fueran de verdad, veloces ferrocarriles que hacían tutú, robots que iban de un lado para el otro sin levantar las piernas, carritos que escalaban sin esfuerzos las paredes, caballos con alas enormes, espadas con rayos de fuerza. Había también muñecos que reían y cantaban, juegos de cocina, cajitas de música, ositos de peluche, circos de mentira y montones de libros de cuento regados por todas partes. Por donde uno pusiera la mano, allí estaba un juguete y Juan jugó y jugó hasta que ya no pudo más.

La nave despegó de nuevo, zum, y condujo a Juan al país del sueño, donde el cielo era rosado y las nubes algodones muy suaves, que se enredaban en las crestas de las montañas. Allí reinaba un silencio muy profundo, y sólo se oía el sonido de una cascada que hacía rurururu. Los ojitos de Juan ya no aguantaban más, y terminaron cerrándose.

Cuando Juan se despertó de su bello sueño lo primero que vio fue el rostro de su mamá que le sonreía.

EL MEJOR SASTRE DEL MUNDO

Había una vez un sastrecito que hacía trajes para complacer a mucha gente. Pero él no se conformaba con eso. Quería hacer un traje que les gustara a todos. Y soñaba, además, en convertirse en el mejor

sastre del mundo.

Un día subió a una montaña muy alta, donde vivía un viejecito de una larga barba blanca. El viejecito era muy respetado y querido, porque era muy sabio, y podía ver las cosas antes de que ocurrieran.

El sastrecito, acercándosele, le preguntó cómo haría él para convertirse en el mejor sastre del mundo. Y el viejecito le respondió que la única manera de lograrlo era haciéndole un bello traje al sol.

El sastrecito regresó a su casa muy preocupado. Esa noche no durmió pensando en la manera de hacerle un traje al astro rey. Después de muchas pruebas, confeccionó un vestido de material plástico, pero, ¡ay!, para su desgracia, cuando el sol se lo puso, se le derritió.

Al otro día llevó un traje hecho de papel, pero con tan mala suerte que cuando el sol se lo puso se quemó.

Probó y probó sin cansarse, hasta que al fin se le ocurrió hacerle un traje de agua. El traje era transparente y, sin embargo, tenía todos los colores del mundo, porque reflejaba la apariencia de las cosas.

El sol se lo midió, y al traje no le pasó nada. Cuando el sol se movía, el brillo de sus rayos se reflejaba sobre la vasta superficie de las gotas del traje, y éste aumentaba su belleza. El sol saltaba de contento, y el sastrecito lo miraba complacido.

Desde ese día, el sastrecito vio cumplido el mayor de sus sueños, y se convirtió en el mejor sastre del mundo.

LA BRUJA BRUJILDA

Cuando la bruja Brujilda aparecía, todos los niños la rodeaban alegremente, porque era una bruja buena y bella. Pero cuando la bruja se reía, su risa, que era muy pero muy fea, retumbaba como un trueno en el cielo, y todos los niños se asustaban y corrían.

La bruja Brujilda se moría de tristeza, y lloraba y lloraba sin parar, porque amaba a los niños. De tanto llorar enflaqueció y se le destiñeron las estrellas que lucía en el vestido.

Las lágrimas de la bruja Brujilda eran tantas que formaron un largo río que desembocó en el mar.

Desde el mar, remontando el largo río de las lágrimas de la bruja Brujilda, llegó una vez hasta la bruja un pececito dorado. El pez dorado había oído de la tragedia de la pobre bruja y se había compadecido, y había venido desde su enorme mar, al que mucho amaba, para ayudar a la bruja que lloraba. Cuando la encontró le dijo que el remedio para su tristeza lo tenía un duende, que vivía en la rama más alta del árbol más alto del bosque.

La bruja Brujilda agradeció al pez dorado su ayuda, y se dirigió al bosque. Preguntó en todas partes hasta que por fin encontró al duende, y le contó la causa de su gran desventura.

El duende bajó del árbol, y se acercó a una laguna verde donde vivían cocodrilos que tenían las lágrimas azules. Uno a uno, zas, zas, zas, les fue sacando a los cocodrilos las lágrimas azules, y las metió en un frasquito. Se lo dio a la bruja y le aconsejó que tomara las lágrimas en las noches de luna llena.

Desde ese día, la risa de la bruja Brujilda parecía una fiesta. Cuando reía, sonaban campanitas por todas partes. Los niños, al oír esa risa melodiosa, salían corriendo de sus casas para jugar con la bruja Brujilda, que era una bruja buena y bella, con una risa que alegraba el corazón.

EL PAÍS AL REVÉS

Nadie era razonable en aquel país. Las personas marchaban sobre las manos y las cosas siempre andaban de cabeza. Los papeles andaban traspapelados y nadie sabía con certeza a dónde dirigirse.

Los campos arados de aquella comarca estaban desiertos y se cosechaban solamente los silvestres. La gente no comía para no enfermarse. Las casas se empezaban a construir por los techos. Los automóviles andaban siempre de retroceso, porque aquel país tenía el pasado por delante.

En aquel país extraño las montañas eran profundas y los valles muy altos. Los ríos nacían en los abismos, y eran regados por las tierras. El sol salía por las tardes y se ocultaba en el amanecer. La gente dormía de día, con los ojos abiertos y trabajaba de noche con los ojos cerrados. Nadie conocía el ahorro, sino únicamente el despilfarro.

La lluvia no caía, sino ascendía. La gente para alejarse se acercaba. Los que querían llorar, se reían. La tierra estaba siempre llena de nubes. El mar desembocaba en los ríos. Los viejos asistían al colegio para salir de la sabiduría, llevados de las manos por los niños para evitar accidentes.

Un día hubo un consejo de duendes para remediar las cosas. Después de muchas discusiones, los duendes decidieron juntar todos sus poderes mágicos para convertir el país al revés en un país normal.

Se produjo, entonces, un gran ruido, y luego una inmensa claridad. Desde ese día el país comenzó a funcionar bien y todo, o casi todo, se compuso.

Sin embargo, toda la gente de aquel país no aprendió la lección, y algunos todavía se empeñan en vivir como antes, cuando el país estaba al revés. Y así seguirá, hasta que vengan otros duendes a arreglarlo de nuevo.

ANTONIO CASTRO AVELLANEDA

(Colombia, 1940), poeta, cantautor y narrador oral de cuentos. A los diez años vino a Venezuela, se licenció de periodista en La Habana entre 1971 y 1982. El año 82 regresó a Colombia, trabajó como maestro, dictó talleres de creatividad y formó parte del grupo Contracartel y de la unión de escritores de Colombia. Desde 1983 reside en Venezuela, entre Mérida y Caracas; o de trotamundos por toda Venezuela. En Mérida se inició como titiritero de la mano de Javier Villafañe. En 1970 estuvo encargado del taller de títeres de la Dirección de Cultura de la ULA. Imparte talleres de creatividad en varias escuelas. Corresponsable de las revistas *aula abierta* (85-87) y *saber al día* (1992). Se hizo acreedor al Primer Premio de Poesía en Sincelajo (1983), Colombia, con “De adentro de la voz”. Primer Premio del Concurso Internacional de Cuentos, de la Editorial Susaeta (1993), Medellín (Colombia), con “El arco iris de plumas”. Primer Premio de Cuentos de Susaeta (1996), con “El hombre de las almohadas”. Primer Premio del Concurso de Cuentos, del Ministerio de Educación, “Rafael Rivero Oramas” (1998), con “El hombre azul”. En 1998 recibió la mención en la Bienal de Literatura para niños “Canta Pirulero”, del Ateneo de Valencia, con el cuento “La jirafa de colores”.

OBRA LITERARIA: *De adentro de la voz* (La Habana, 1975; Colombia, 1983). *El hombre de las almohadas* (Medellín, Colombia, Ediluz, 1996. *El Diario de Andreína* (Mérida, Solar, 1997; (2da Ed. 1998). *Pájaro del corazón* (Mérida, Escarcha Azul, 1998). *La puerta del aire* (Mérida, Escarcha Azul, 2001), *El hombre azul y otros cuentos* (Mérida, Escarcha Azul, 2001. *El hombre de las almohadas* (2da Ed. Caracas, Vicepresidencia de la República, 2001), *Cuentos de Arcoiris y otras claridades* (Caracas, Viceministerio de la Cultura/ Dirección de Literatura del Conac, 2001). *Lecturas del amor* (Caracas, Ediciones del autor Col. Hojas de sueño, Ministerio de Educación /Viceministerio de Cultura / Dirección de Literatura del Conac, 2002.

PAPÁ, LÉEME OTRA VEZ LA PUERTA DEL AIRE

A Edzar

Un hombre está sentado en un parque. El parque está húmedo por la lluvia que durante la noche entró a la ciudad. La ciudad se pinta las mejillas para recibir la visita del día. Es temprano. La gente pasa hacia los oficios y hacia la claridad escolar. Los pájaros y el sol hacen rato trabajan.

Una pareja, ajena a los sucesos del parque, se ocupa de mirarse. Hablan para ellos y sonríen. Sus manos están muy cerca, como si cada uno fuera a entrar al otro, a habitarlo. La claridad se sube a sus miradas: son dos claridades. La mañana tiene intención de pájaro.

Es oro el día. Y es otoño. Hay viento de colores que canta y mece con fuerza los árboles de oro verde. Llueven hojas: dos mujeres silenciosas, de uniforme rojo, las recogen.

Para el hombre el parque es un tesoro al lado de la calle, en la orilla del día, en la mitad del mundo. El hombre, callado, mira con cordialidad; algo desde adentro de él mismo lo visita y adorna la mirada. En un cuaderno anota los colores y la temperatura del parque, del día, de su pecho. Anota, además, lo que dice la brisa.

De pronto se levanta. Sonríe. Toma una flor cercana. Dibuja con la flor una puerta en el aire, hace un gesto despidiéndose y desaparece por ella.

LOS NIÑOS

Miraré en la maleta de los viajes,
alguno conmigo habrá venido.
Sé que son lo mejor del equipaje
lo que tiene más luz y más sentido.

“Esos locos bajitos”, tan traviesos,
se parecen al viento siempre errante.
Les gusta cabalgar sobre conejos,
soñar que van a lomo de elefante.

Inundan las aceras de la vida.
Sin ellos el planeta moriría.
Que triste fuera todo sin la herida
de luz que nos producen cada día.
Los niños. Los hijos. Los mayores
tesoros que el tiempo puede darnos.
Relámpagos que dejan sus temblores
al llegar o partir, al encontrarnos.

EL PIE

Nada lo detiene
cuando quiere andar.
Se para en lo oscuro
y en la claridad.

Va siempre adelante.
Canta cuando va

y cuando regresa
canta, canta más.

Uno va adelante
otro va detrás.
Todo el que camina
¿sabe a dónde va?

Cuando más se aleje
más cerca estarás
del lugar que buscas
y que encontrarás.

EL VERDE

El lagarto lo lleva
a todas partes
con él se adorna,
en él se esconde
y no se le gasta.

Las hojas tiernas
y las más fuertes:
uñas del aire,
el grueso tallo
y la débil rama.

Está en los bosques
y en las montañas,
en los jardines,
en las banderas
y en las sabanas.

Los continentes
vistos del aire
parecen verdes

lagartos grandes,
lagartos que arden.

Verde el planeta
donde has nacido,
la casa grande
de tu esperanza.
Verde que alcanza.

LAS ESTRELLAS

Dicen que de oro.
Dicen que de plata.
Que diamantes dicen.
¿Serán de hojalata?

¿Por qué están tan lejos?
¿Por qué no se caen?
Cada uno su estrella
llevaría a su casa.

¿Dónde la pondrías?
¡La que te tocara!
¿Detrás de la puerta,
bajo de la cama?
¡Mejor en tu cara!

EL REY CONQUISTADO

(Tomado de *El hombre azul*)

Había una vez un rey que no tenía ningún amigo. Lo llamaban el rey nube pues siempre estaba lejos de la gente, en lo alto del poder como si su reino, su palacio y su trono no estuvieran sobre la tierra. Era inalcanzable y soberbio. Nunca había cultivado la flor de la amistad. No conocía su aroma, su color. No había sentido su alegría.

En todo el reino se sabía que su madre no lo había amamantado para no perder la lozanía de sus senos. (Murió de extraña enfermedad cuando el futuro rey llegaba a los 10 años). Fue alimentado con una mezcla de azúcar, colorantes, cartílagos de res, ácidos y citrato de sodio, que por su rara combinación llamaron gelatina. Los más enconados enemigos y quienes gustaban burlarse de él, lo llamaban el rey gelatina.

Por su mal carácter también se había ganado otro apodo: fósforo, pues se dejaba dominar fácilmente por la ira. Eran famosas las explosiones de furia que le encendían la cara. Su cuerpo temblaba como si un fuerte viento lo sacudiera. En plena crisis de soberbia se ponía rojo hasta que finalmente recuperaba el color natural de su rostro.

Cuando llegó a la edad de 15 años heredó el trono, pues su padre fue muerto en una batalla contra poderosos enemigos, quienes fueron vencidos por el futuro rey, que se puso al frente del ejército y los derrotó. A partir de entonces creció su fama, su poder y su mal carácter.

Era un rey que tenía corazón como cualquier persona pero sin nada dulce dentro de él. Cuentan que cuando subió al trono y tomó en sus manos el cetro, su primer edicto fue prohibir la producción de todo tipo de caramelo. Llegó al extremo de prohibir la elaboración de miel y hasta de pronunciar la palabra. Las abejas fueron exterminadas o expulsadas del reino. Los niños crecían sin conocer los placeres del dulce.

Otra rara manía o defecto del rey era su temor a la luna. Decían que la odiaba. Los habitantes del palacio temblaban cuando la luna se acercaba a la fase llena y todo el cielo parecía de oro. Eso significaba una crisis de carácter en el rey quien se pasaba las noches refunfuñando en las altas habitaciones donde vivía solo y sufría solo.

Una vez mandó a tejer la soga más larga que uno pueda imaginarse. Con ella pretendió enlazar a la luna y bajarla para que no brillara más. No pudo hacerlo, ni tampoco sus más fuertes guerreros. La soga no pasó de las nubes más bajas y de asustar a algunos pájaros.

Sólo había algo que agradaba al soberano y suavizaba un poco su mal carácter: La Lluvia. De manera que en el palacio todos alimentaban la esperanza de que lloviera mucho, muchas veces. Más de un sirviente lo sorprendió con los ojos húmedos mientras miraba caer la lluvia a través de alguna de las mil ventanas del palacio. Pero era imposible evitar el verano, el cual para desgracia de todos se prolongaba a veces demasiado. Si el cielo no lloraba el soberano tampoco.

Cuando llegó a la edad de 40 años aún no conocía el amor, ese dulce temblor. No había sentido en su pecho de mortal esa fuerza, ese rumor de río subterráneo. Al no amar no sentía lealtad por nada ni por nadie. No tenía confianza en ninguno de sus súbditos, en nada que se moviera sobre el suelo. Creía solo en dos cosas: en una lejana estrella de la constelación del hipopótamo, bautizada con ese nombre por la similitud de forma entre la constelación y los lentos animales así llamados; y en el paisaje que veía desde la torre más alta del palacio, adonde solamente podía subir él, pues estaba prohibido para los demás.

Cuando el rey se desaparecía del salón del trono o de sus habitaciones, todos podían asegurar que estaba en la alta torre mirando el paisaje. Desde esa torre partía el camino que llevaba a las lejanas tierras de otros reinos, o a las aun más lejanas donde reinaba el mar, del cual había oído hablar maravillas pero que él no conocía. No le gustaba viajar. Decía que le bastaba conocer su reino para conocer el mundo.

Así vivía y reinaba aquel soberano.

Una tarde, cuando ya bordeaba los 50 años de edad, mientras miraba el hermoso paisaje desde la torre, el viento le trajo un extraño e intenso perfume no conocido. Quiso saber de dónde procedía ese maravilloso olor. De pronto vio avanzar por el camino, hacia la torre, a veinte caballeros ricamente vestidos, en hermosos caballos, que custodiaban una carroza toda de oro, descubierta, donde brillaba la mujer más bella jamás vista por los ojos mortales del rey. Quedó turbado. Todo su cuerpo temblaba. Reconoció el penetrante perfume cuyo aroma era más exquisito a medida que la caravana se acercaba al palacio. Bajó al salón del trono y envió una delegación de sus mejores consejeros a recibirla.

Cuando los extranjeros entraron, precedidos por la hermosa dama, el rey se arrodilló delante de ella en señal de saludo. Todos los sirvientes quedaron mudos del asombro. Su rey estaba de rodillas, y ante una mujer. Nunca antes nadie había siquiera imaginado esa escena. El rey se incorporó. Su rostro tenía una expresión suave, humana, nueva en él.

—¡Salud! —dijo la mujer. Su voz se regó como una cascada de música y de colores por el frío y oscuro salón del trono.

—¡Salud! —respondió con un hilo de voz el soberano, cuya turbación era inocultable. Haciendo un gran esfuerzo agregó:

—¡Bienvenida a mi reino! ¿Quién eres y de dónde vienes?

—Soy reina en un lugar lejano, tan lejano que apenas puedes imaginarlo, pero hasta donde llegó la fama de tu mal carácter, de tu tristeza y soledad, —respondió ella cuya belleza aumentaba mientras hablaba.

—¿Es tuyo el aroma que envuelve todo y turba de tal manera mi corazón?

—¡Si! —afirmó la reina, mientras miraba fijamente al rey, quien sostuvo la mirada y comenzó a sentir una sensación totalmente nueva, maravillosa. Pensó que eso podría ser la felicidad tan pregonada por

sus consejeros y súbditos. Sonrió entonces el rey. Nunca antes lo había hecho. Su sonrisa no salía de los labios sino de su corazón. La expresión de su cara había cambiado totalmente y también el tono de su voz.

–Ya has entrado en mi palacio y en mi corazón. No quisiera que te fueras de ellos, se atrevió a decir el monarca.

Yo he venido a traerte la paz, a ayudarte a ser libre. Soy la reina del amor y aunque debo continuar mi camino nunca más me separaré de ti.

–¿Y cómo podrás irte y estar conmigo a la vez? ¿Tienes poderes mágicos? –Le preguntó el rey.

Tengo solamente un poder pero es el más grande, el que hace que ahora tú desees dejarlo todo, hasta tu poder real, por estar conmigo. Tengo el poder del amor que hasta ahora no conocías. Ya estoy dentro de ti. Por eso aunque me vaya me quedaré, ¿has entendido?

EL rey, totalmente transformado por lo que sentía, respondió:

–¡Sí! Ya siento dentro de mí ese poder y me parece insignificante cualquier otro. Quédate y reina en mí y en mis dominios, –Le pidió el rey.

Ella respondió:

Ya reino en ti y tú reinas en mí. Ninguno podrá irse del otro mientras no lo desee. Es como el paisaje que miras desde la torre: siempre está ahí aunque no lo mires, -luego desapareció con todo su séquito.

Desde aquel día el rey fue otro. Cambió su carácter, su mirada y hasta el tono de su voz Murió muchos años después en paz y querido por los que le servían.

Caracas, 1994.

JACQUELINE CLARAC DE BRICEÑO

Jacqueline Clarac de Briceño, nació en Pointe-à-Pître, Guadalupe (1932). Antropóloga (UCV), Doctora en Antropología (EHESS, París). Profesora Investigadora, Titular, Jubilada, adscrita al CIET-Museo Arqueológico de la Universidad de Los Andes, Mérida, Venezuela. Fundadora de la cátedra de Antropología, Escuela de Historia, Postgrado de Medicina de Familia, y de la cátedra de Etnopsiquiatría, Postgrado de Psiquiatría (ULA). Fundadora del Boletín Antropológico. Directora del Museo Arqueológico de la Universidad de Los Andes. Fundadora y Directora hasta 2002 del CIET. Fundadora y Coordinadora hasta el 2002 de la Maestría en Etnología de la Universidad de Los Andes. Actualmente coordina el Doctorado en Antropología de la Universidad de Los Andes. Realiza Investigaciones sobre identidad y vergüenza cultural (etnopsiquiatría del venezolano), sobre etnohistoria y mitos andinos, sobre salud y enfermedad en Venezuela.

OBRA LITERARIA: Sus artículos y libros han sido publicados en Venezuela, Francia, España, México y Colombia: *Había una vez una gran mancha blanca* (Mérida, Codepula, 1986; Premio Libro de Oro). *El águila y la culebra* (Mérida, Codepula, 1986). *El capitán de la Capa Roja* (Mérida, Codepula /Fundación Polar, 1988; en colaboración con Thania Villamizar y Janet Segovia. 2da Ed. 2005). *Primeros Encuentros en la Serranía de Trujillo* (co-autoría con M. A .Rodríguez L.)(1990). *La Familia Campesina en los Andes Venezolanos* (1976), *Dioses en Exilio (Representaciones y prácticas simbólicas en la Cordillera de Mérida)* (1981, reed. en 2004), *La Persistencia de los dioses* (1985), *La Enfermedad como Lenguaje en Venezuela* (1992, re-ed.1996), *Historia, Cultura y Alienación en una época de cambio y turbulencia social, Venezuela 2002-2003* (2004), *El lenguaje al revés*, 2005, compiladora y co-autora de: *Diosas, Musas y Mujeres* (en co-autoría), 1993 (Premio del Mejor Libro en español de la UNESCO, 1995). En proceso de re-edición), *Hacia la Antropología del Siglo XXI* (1999), *El discurso de la salud y la enfermedad en la Venezuela de fin de siglo* (2000). martinica@cantv.net

HABÍA UNA VEZ UNA GRAN MANCHA BLANCA

La historia de los hombres empieza con sus mitos... Y todos los pueblos humanos tenemos mitos. Además de sus mitos, los hombres tienen toda una tradición oral. Esto significa que los ancianos cuentan a los niños las cosas que sucedieron a sus antepasados, y luego los niños crecen, y luego se vuelven ancianos...y a su turno echan los cuentos a sus nietos.

Y así, de generación en generación, se conservan muchas historias, otras se olvidan, pero siempre se agregan unas nuevas a las que ya existían, pues siempre hay hombres...

Algunos pueblos, además de su tradición oral, escriben también su historia en unas piedras...o en tablitas de arcilla...o en papel... Y así, se van recordando muchas cosas, y olvidando muchas otras...

Érase una vez hace muchos, muchos, muchos años cuando no había hombres todavía en nuestra Tierra...y que sólo había estrellas en el cielo, en los Aires...en el cielo había una Gran Mancha Blanca –como la llamaban nuestros nonos-

Hoy aprendimos que se llama la Vía Láctea, lo que significa un gran camino de Leche porque nosotros, desde la Tierra, la vemos toda blanca en el cielo nocturno.

Y aunque se ve lejos, también está aquí porque...nosotros pertenecemos a ella:

Nuestros Sol,
 nuestra Luna,
 nuestra Tierra,
 y todos los hombres,
 estamos en la
Vía Láctea.

Pues sucedió una vez... y esto lo cuentan nuestros nonos, que, en esa Gran Mancha Blanca, hubo una Gran Pelea y en esa pelea fueron vencidos dos seres que cayeron...y cayeron...y cayeron...Cayeron sobre nuestra Tierra, justo donde vivimos nosotros, aquí, en Los

Andes.

Eran dos seres hechos de Luz, de Aire y de Agua, y cayeron en la Tierra tomando la forma de dos Arco-Iris...

Por esta razón, hoy, en Los Andes, los llamamos Arco y Arca, porque son macho y hembra, muy hermosos, y llenos de colores...

Algunos dicen que ellos tienen “los ojos de gatos” porque son del color de los ojos de los gatos...el color de los ojos del tigre...el color que a veces toma el agua de nuestras lagunas.

...Algunos dicen que aparecen a los hombres bajo la forma de un hombre y una mujer, muy hermosos... de una trucha de todos los colores, de un arco-iris con cabeza de caballo, y toma agua en las lagunas...

...Algunos de nuestros nonos dicen también que, antes, no tenían cabeza de caballo, que tenían cabeza de venado... Y, sobre todo, todos dicen que el Arco es una Enorme Culebra.

Cuentan también que, al caer del cielo, Arco y Arca cayeron en una laguna de Santo Domingo... Y que salieron de la laguna con un cántaro de agua y caminaron, caminaron, caminaron, caminaron, caminaron, caminaron...

Y a veces se paraban para descansar, derramaban un poco de agua y ahí se formaba una laguna...

Y así, de páramo en páramo, de montaña en montaña, de valle en valle, fueron creando lagunas...hasta que llegaron un día a la laguna de Lagunillas que es nuestra Laguna de Urao...

Otros dicen que la laguna era una águila y que llegó volando...y se posó en el Cerro San Miguel.

(Otros dicen que en Capellanías. Otros, que fue en otro cerro...) pero no le gustó el sitio.

Entonces, una noche de tempestad bajó volando y se posó ahí donde la podemos ver todavía ahora, en Lagunillas.

Pero dejó un pedacito de ella en el primer sitio, y nuestros nonos dicen que en ese sitio, en ese sitio está un ojo de ella y el otro está en Lagunillas. Un ojo es azul y malo y el otro es verde, claro y dulce; éste se encuentra al pie del ceibo de la laguna.

También cuentan otros nonos que, una noche de gran tempestad, llegó a Lagunillas una pareja de viejitos, con dos taparitas que chillaban como pollitos...

Pidieron posada en una casa, pero los amos de la casa se portaron mal con ellos porque las taparitas chillaban y chillaban...

Entonces, al otro día se empezó a ver un pocito cerca de la casa y al otro día creció y al otro día creció y al día siguiente creció aún más, y más, y más y más, y lo inundó todo y se ahogaron los hombres y los animales. Sólo quedó El Agua.

Entonces, dicen los nonos, que salieron del agua Arca y Arco y enseñaron a los hombres todo lo que deben saber. Arca enseñó a los varones la medicina y a las hembras les enseñó cómo se hace cerámica. Pero, como los colores pertenecen al arco-iris, les dijo a las mujeres que no pintasen sus ollas. Por esto, hoy, la cerámica en Mérida no tiene colores.

A los varones, Arco enseñó a sembrar el maíz, la papa y la yuca...y todo lo demás que comemos hoy. Y les enseñó a hacer las acequias, para regar sus tierras.

ALFONSO CUESTA Y CUESTA

Nació en Cuenca (Ecuador 1912-1991), fue uno de los más importantes narradores del *Grupo del Azuay* donde participaron Manuel Muñoz Cueva, Humberto Mata, César Andrade entre otros. Fue profesor titular de la Escuela de Letras de la Facultad de Humanidades y Educación, de la Universidad de Los Andes, Mérida, desde 1956. Su narrativa, junto con la de Pablo Palacios y José de la Cuadra, renovó los modos de narrar durante la década de 1930-1940 en Ecuador.

Obra Literaria: En poesía: *Motivos*. En cuentos: *Llegada de todos los trenes del mundo*, *Andes arriba* y *Cantera* (3 ed. 1932, 1984 y 1993). *Los hijos* (novela) Caracas, Monte Ávila, 1962) recibió Mención Especial del Premio Casa de Las Américas en 1963. *La medalla*. *El vidrio roto*. *El muro* (Mérida, Consejo de Publicaciones de la ULA, 1979).

LA MEDALLA

OCTUBRE. Las aceras vecinas al caserón de la Escuela de los Hermanos Cristianos se desbordan de niños sonrosados. Tres meses de vivir a todo sol, remendando el cielo con cometas, los han cambiado: vuelven morenos, ágiles, con tres dedos más de cuerpo y, cosa rara... con avidez de letras. Sin embargo, al llegar a la esquina de la Escuela, acortan el paso, indecisos.

A las puertas del Instituto, grupos de padres de familia esperan el turno para presentar sus hijos al Hermano Director. Uno de ellos ya no puede con su niño primerizo, como de siete años, que patalea y chilla, debatiéndose entre sus brazos. Cada hermano que pasa le asusta como un oso... y grita más. A su lado otro niño siente los mismos miedos, pero no puede demostrarlos escandalosamente; para él no habría consuelos sino golpes: es el sirviente, indiecito arrancado de su choza en vacaciones. No grita, mas un hilo de lágrimas resbala en sus mejillas, y cuando ve un Hermano, involuntariamente aferra su manecita al vestido del patrón. Este ni lo mira, sólo se ocupa en consolar a su hijo:

–Los Hermanitos son más buenos que las monjas... Tendrás medallas de oro. Serás el monitor... ¡Pero calla!..

Te he de hacer faltar cuando quieras... ¡Dan caramelos, estampas!...
Calla, calla.

Y hacía voz de madre. Al fin les llegó el turno.

Un hermano rubio salió a recibirlos: Arrastrados más que andando, entraron los dos chicos a la sala.

Cuando tras ellos se cerraron las puertas, hasta el indiecito dio gritos; pero, pronto se calmaron ambos al ver que nada les sucedía, y contemplaban, asombrados, al oso convertido en un curita bueno que los acarició riendo y les dio un caramelo y una estampa.

Luego, ante una gran mesa cubierta de libros manuscritos, el padre y el Director departieron.

–Le traigo mi primogénito –dijo el hombre– Quizá se aplique. Es el mejor... ¡vivísimo! Si hace travesuras, me avisa...

–Muy bien. Y, dirigiéndose al niño, el Superior preguntó:

–¿Cómo te llamas?

–Yo... Juan –dijo el chico, haciéndose alfeñique.

–Que seas como él. Y quitándose el solideo, el Hermano indicó en

un óleo a San Juan Bautista de La Salle, cuyo rabá semejaba limpia hoja de cuaderno.

– ¿Y este otro? –continuó el Director, aludiendo al cholito.

– ¡Ah! –contestó el hombre– Es un indio que he traído de la hacienda para que acompañe al chico. Quizá aprenda siquiera a escribir su nombre... ¡Muy brutos son! Pero... ¡Dele!: la letra con sangre entra!

–No, no. Aquí todos son lo mismo: niños.

Y el maestro puso su mano sobre la desnuda cabeza del niño.

–¿Cómo te llamas? –Manuel.

–¿Qué más?

– Cuzco - completó el patrón.

–Manuel Cuzco. Y el Hermano anotó los nombres en el libro. Después llamó a un alumno crecido y lo envió con ambos niños hacia dentro. Era hora de recreo y el enorme patio hervía, mesa de todos los juegos infantiles. Pronto acudieron chicos que en la ciudad eran vecinos del novato, y lo mezclaron en sus juegos.

El indiecito quedó solo. Aturdido en esa algarabía tan extraña a él, comenzó a buscar un sitio retirado; pero, antes de encontrarlo, cayó en manos de muchachos fisgones, que empezaron a silbarle y darle de golpes.

– ¡Cocolo! (1) ¡Cocolo! ¡Cholo Cocolo! Acurrucada, la víctima cubría con sus brazos la desnudez de calabaza en su cráneo.

De pronto, los agresores contuviéronse. Había sonado la hora de clase. La multitud se formó en largas hileras y desapareció en las aulas.

Cuando aquel día salieron los dos niños, ya el patrón de Manuel Cuzco los esperaba en la esquina.

– ¡Ya ves! –le dijo a su mimado cuando los vio venir, extendiéndole los brazos - ¿No te lo dije?... ¿Y qué has hecho?

– Nada,... repasamos las minúsculas.

– ¡Muy bien! Ya vendrán esas medallas...

Y echó a andar con la mano sobre el chico, mientras decía a su sirviente:

– ¡Síguenos! Cuidado con perderte...

Habría, Manuel, querido quedarse, pero ¿cómo decirlo? y resignado, siguió tras ellos.

Ya en la casa, lo obligaron a quitarse el saco nuevo y le dieron la tarea de pelar montes, pues, en vacaciones, el patio se había soñado campo y alargaba hacia el sol manzanillas y otras plantas, en apretado ramo.

El chico aceptó el trabajo gustosísimo: estaba en su elemento. Antes de empezarlo, fue con avidez hacia un ponchito rojo, del que lo despojaron junto con sus largos cabellos de azabache, cuando vino. El poncho –choza plegable– cobijó sus hombros, cariñosamente. Después, Manuel cubrió su cabeza cruelmente afeitada, con el sombrero suyo, cucurucho de lana bruta, sin hilarse, flor de rebaño con que se abrigan los indios de la puna, y así vestido, se dio a la tarea con ardor, como cuando pelaba allá, en su chacra, la hierba de los cuyes.

De repente, la voz agria de la patrona, cholejona enriquecida y cruel, hirió los tímpanos del Cuzco:

–¡Miren el longo de poncho, en plena casa decente! ¡Sáquese! ¡Ya te enseñaré a vivir entre cristianos! ¡Venga acá!

El cholito se acercó temblando.

De uno como zarpazo, la patrona le despojó de las dos prendas agrestes.

–¡Ahora vas a ver lo que hago!

Y tomando poncho y sombrero por las puntas, con asco, llevó a empellones al niño hacia el traspatio de la casa.

En ese sitio ardía una hoguera, devorando desperdicios.

Al verla, Manuel comprendió todo y se echó a llorar. La mujer lanzó las prendas al fuego. El poncho cubrió las llamas, que se salieron hambrientas, por sus flancos. Levantáronse, como para contemplar su presa. Cabrillearon un instante. Tuvieron pena... y se apagaron.

Sobre el ponchito, casi intacto, rodaron los ojos del niño, triunfantes; mas, la cruel mujer, sacó a lucir una caja de fósforos, y se la entregó.

–¡Me mostrarás en cenizas poncho y sombrero ¡He de ver!

El indiecito vacilaba.

– ¿Entiendes? ¡Quema! Y zarandéó al niño.

Éste obedeció al fin, y pronto una gran llama, como fiera que él mismo provocara, devoró aquellos últimos recuerdos de su choza.

Lloraba el cholito cantando, mientras crecía el fuego. Su taita le había comprado aquel ponchito vendiendo el borrego murungu, y quemando carbón en los cerros. Su madre había muerto cuando él vino... “¡Mama ca viviera!...

–¡Miren al Jeremías! ¡Ahora sí, a sacar los montes! Y la patrona empujó al cholito, hasta el primer patio.

–Ha de quedar rapado como tu cabeza, y si no... ¡Hoy vas a conocerme!

Humildemente, el sirviente se puso al trabajo, tragándose las lágrimas, con frío y sin esperanza en el saco, porque era nuevo, y no podía usarlo sino al ir a clase.

La Escuela, como era, llegó a ser para Manuel algo como un castillo encantado a donde entraba saliendo del infierno. Esperaba con ansia las horas de enseñanza y temblaba cuando a su compañero, el patroncito mimado y caprichoso, se le ocurría darse asueto, porque entonces, también él faltaba, pues que sólo le enviaban para que cuide al niño.

Estudiaba con pasión. Las noches, en un rincón de la cocina, aprovechando de la bujía a cuya lumbre una sirvienta tejía sombreros de paja toquilla, Manuel se engolfaba en un viejo silabario. En cambio, su patrón, cada día añoraba con más pena los cielos de la hacienda, reducidos, por culpa de octubre, a abecedarios... Las consecuencias no tardaron. Un día, al salir de la Escuela, hermosa medalla brillaba sobre el corazón de Cuzco, mientras, a su lado, el patroncito, muy vacío,... refunfuñaba roído por la envidia. Al llegar a la casa, el indiecito no cabía en sí de gusto. Subió él primero la escalera, como nunca, a saltos.. ¡Quería que lo viesen, que lo admirasen! Y oprimía la medalla contra el pecho, como con miedo de que volara ¡Era tan bella! Dorada, prendida a un lazo azul, azul de mar.

Al verlo, la patrona no pudo ahogar una exclamación de sorpresa.

–¡Qué milagro? ¿Y el amito?

–Abajo está, amita...

La mujer, convencida de que su hijo traería mejor premio, llegose, emocionada, a la ventana.

En el patio estaba el chico, cabizbajo.

–Sube, hijito, sube –dijo luego la madre– ¡No importa! Así son estos frailes ¡Injustos, atrevidos!

Y en seguida, dirigiéndose a Manuel:

– ¡Longo medalludo! ¡Ve el que saca medalla! Quién sabe si no la has robado ... ¡A barrer!.

El criado obedeció.

–¡Sin leva! ¡Sin leva! –añadió, deteniéndole. Y señalando la medalla:

– ¡Deja esa cosa! Buena albarda te han puesto ... Pero, ya voy a ver la casa sin una basurita ¡Esto no es robar medallas!...

Todo aquel día, el galardón del niño fue objeto de sangrientas burlas. Odio irresistible brotó en el alma de aquella gente baja, al ver que un cholo subía sobre el hijo de sus entrañas.

En otra vez que lo vieron llegar condecorado, ya no sólo se burlaron de él, sino que le dieron látigo; pues el patroncito, envalentonado con los prejuicios y sinrazones de la madre, decía: Yo lo he visto. El cholo le compró la medalla a un amigo con plata sacada del chaleco de papá.

La mentira manifiesta era un pretexto para castigar al infeliz, pretextos que ocurrían a diario, como el de que era ocioso y sucio, el de que lloraba el niño confiado a su cuidado, en fin... Un día le quemaron los dedos: como no tenía pizarra, el cholito había pintado letras de carbón en la cocina.

En otra ocasión le rompieron la cabeza. Una mañana en que el padre de la casa se dirigió al guardarropa para calarse traje negro, pues iba a funerales. Al tomar el vestido, lanzó una exclamación de furia: ni un solo botón había en todo el terno. Cogió la prenda arruinada y fue en busca de los chicos. A la puerta, tropezó con su hijo, quien, en ese preciso instante, jugaba con los botones.

—¿Quién ha hecho esto? —preguntó, indicando las desgarraduras del chaqué. El muchacho, con los botones en la mano, no tuvo qué decir, y rompió en llanto.

Ese momento, pasaba Manuel, conduciendo un gran cubo de orines. El hombre fue hacia él, siniestro.

— ¡Mira!... ¡Tú lo has hecho!

— ¡Yo no, amito!

—¡Indio! es que, por jugar contigo, el niñito ha arrancado los botones!

Y descargó golpe salvaje.

Temblando el indiecito se incorporó apenas, y al ver que el patrón no continuaba, humildemente, volvió a levantar el balde enorme, y se alejó tambaleante, sin chistar, con el mudo llanto de su raza, mientras una lengua de sangre —germen de madre que todos llevamos en las venas— lamia su cuello y sus débiles hombros, desquiciados por el peso del cubo.

Poco a poco, Manuel se iba consumiendo. Sus ojos, antes vivos, se tornaron amarillos, y pronto, ataques espantosos lo llevaban rodando, hasta el borde de la tumba. Y estudiaba como nunca. Todas las noches, al fondo de la cocina, surgiendo de entre tiestos y basuras, aparecía en las manos del cholito un ladrillo poblado de mayúsculas hermosas. Pero, ya no llegaba con medalla, nunca.

Los patrones, molestados por los ataques que se repetían con demasiada frecuencia, acudieron a un médico: —¿No ha sufrido

algún golpe en la cabeza? –preguntó el doctor al mirar en la nuca del enfermo una lacra lívida.

–¡Ah! sí –contestó el patrón, algo turbado– Sí ... muchos!.... Es demasiado inquieto... Se sube a los árboles... El otro día, por alcanzar una pelota, descendió del techo... Ahí está la lacra, ¿la ve? ¿Será por la caída?...

–...Y quién sabe por qué otras causas más... Tenga mucho cuidado. Si viene otro acceso no respondo.

Las recetas dejadas por el médico quedaron olvidadas, y poco después, los verdugos no pensaban en que la vida del pequeño estaba en un hilo.

Seguían tan crueles como antes.

Una mañana, llegando de la Escuela, Manuel entró tranquilo en la casa: no había hecho nada que pudiera motivar un castigo; además, no le dolía la cabeza. Ni siquiera llegaba con medalla...

Y se puso al trabajo, el barrido de la casa, casi como un niño, ligeramente alegre.

Barría, cuando la horrible voz surgió muy cerca de él:

–¡Ve el indio, si entiende! Pero, si es indio pues, indio! ¿No te he dicho que te has de sacar la leva en cuanto llegues? ¡Sáquese!

Manuel palideció.

–¡Sácate el saco! ¿No entiendes?

El muchacho lloraba, sin obedecer. La ira encendió a aquella arpía que fue con las uñas crispadas hacia su víctima.

–¡Mitayo, algo has hecho!... ¡Ya habrás roto la camisa! ¡Sácate te digo!

E iba ya a arañarlo, cuando el indiecito, presa de convulsiones, cayó entre las piedras.

Pronto acudieron todos los patrones.

Lo sujetaron. Quedó inmóvil, los labios remordidos; los ojos vidriados, con un hilo de lágrimas, abiertos, fijos en los patrones...

Estos, ligeramente conmovidos, por ver si respiraba, desabrocharon el saco del cholito, que quedó con su pecho descubierto.

La vergüenza azotó las caras de los verdugos:

Una brillante medalla péndula en la cinta patria, estaba ahí escondida, cubriendo el corazón de Manuel Cuzco.

Cuenca, 1931

INÉS DE CUEVAS

Nació en Guaraque (Mérida 1941). Prolija autora de Literatura Infantil, también escribe poesía para adultos. Docente por más de treinta años. Se ha desempeñado como profesora de Lengua y Literatura, facilitadora de Cursos, Seminarios y Talleres de Literatura Infantil para docentes y estudiantes de Pre y Post Grado en Literatura y Lectoescritura, tanto en el Ministerio de Educación Nacional como en la Universidad de Los Andes (Táchira). Cofundadora y Coordinadora de la Revista infantil y juvenil *Jugar y saber*, del Consejo de Publicaciones de la Universidad de Los Andes (1985). Cofundadora Coordinadora del Periódico infantil: “*Cotufa*”, del Área de Literatura Infantil y Juvenil del Instituto de Investigaciones Literarias «Gonzalo Picón Febres» de la ULA (1989). Directora fundadora de la Página infantil: “*Con los niños*”, del Diario *Frontera*, de Mérida (desde 1992). Finalista del Concurso de Poesía «Verano Encantado» del Centro de Estudios Poéticos de Madrid (España), con el texto para adultos: *Me gusta...* (2002). inesdecuevas@yahoo.com

OBRA PUBLICADA: Cuentos: *Copito de algodón* (1981), *Ratón desobediente* (1988), y *La mariposa viajera* (1985). Poemarios: *Sueños infantiles* (Mérida, Codepula, 1984), *De ronda en un papagayo*, (1987), *Tejamos rondas, atemos risas* (Mérida, Idac / Fundación del niño, La Escarcha Azul, 1996), *Algarabía de risas* (Mérida, La Escarcha Azul /Cenal, 2006). Investigaciones: *Los viveros literarios. Espacios para la lectura en la escuela* (Mérida, La Escarcha Azul, 1999) y «*Consideraciones generales referidas a mi campo experiencial sobre la lectoescritura en la escuela básica venezolana*» (Mérida, Codepula, 1985). Tiene inéditos varios libros de narrativa y poesía para adultos, entre ellos *Réquiem por las últimas horas*.

(Del libro *Enredo de palabras*)

JUGUEMOS CON UNA FRASE
QUE TENGA QUINCE PALABRAS,
PERO QUE CADA PALABRA COMIENZE POR T

Teresa Terán teje tapices
tomando técnicas tradicionales...
Tales telas totalmente teñidas,
tapizan temporalmente
techos teatrales.

AHORA...

**UNA FRASE QUE TENGA SOLAMENTE
SEIS PALABRAS Y QUE COMIENCEN POR T**

Tengo, también,
todas tus tarjetas, timbradas.

JUGUEMOS CON NUEVE PALABRAS,
USANDO LA T COMO LETRA INICIAL

Tatuamos tiempos tenebrosos
tomando tintes terracota,
todos tintoreados tenuemente.

¿QUIERES JUGAR CON LA LETRA **P**
ELABORANDO UNA FRASE DE CATORCE PALABRAS?

Préstamo **p**ersonal
propuesto por **P**epe **P**ánfilo **P**ineda
para **p**roducir **p**etróleo **p**esado,
provo**p**er **p**érdidas **p**resupuestarias.

TE RETO A INVENTAR UNA FRASE
CON DIECINUEVE PALABRAS QUE EMPIECEN POR **D**.
¡COMENCEMOS...!!

Doce **d**romedarios **d**e **D**amasco
deliberaron **d**urante **d**os **d**ías,
dudosa **d**escendencia **d**e **d**iez **d**amas **d**romedarias, **d**omesticadas
dentro **d**e **d**ogmas **d**octrinales.

¿QUÉ TE PARECE SI USAMOS LA **A**
COMO LETRA INICIAL
PARA CONSTRUIR UNA FRASE DE DIEZ PALABRAS...?

Ana **A**licia **A**larcón **A**raque
abordó **a**utobús
an**a**te **a**glomeración **a**gitada **a**yer.

INVENTARÉ UNA FRASE DE NUEVE PALABRAS
QUE EMPIECEN POR **L**.

TÚ... ¿QUÉ SUGIERES?

La luna luneta

Lanzó la luz, lamiendo lomas lejanas...

VEAMOS SI PUEDES CONSTRUIR

UNA FRASE

CON TRECE PALABRAS QUE EMPIECEN POR **M**...

Marina,

mientras mezo mi muñeca,

mi mamá madura manzanas mágicas mediante métodos
magistrales.

YA TENGO UNA TEXTO CON VEINTE PALABRAS

QUE EMPIEZAN POR **S**.

Y, TÚ, ¿QUÉ TEXTO O FRASE INVENTARÍAS?

Solamente

sabiendo sobre sistemas secretos, sustituiré siete sobres sellados
sin saquear sarcófagos sagrados....

¿Sabes?

Separaré sus solapas

siguiendo señales sobrenaturales.

CON OCHO PALABRAS QUE COMIENZAN POR **R**

CONSTRUIAMOS LA SIGUIENTE FRASE:

Romelia Román

recogió rosas rojas,

recorriendo riberas remotas.

PARA COMPLETAR ESTA FRASE DE ONCE PALABRAS
¿CUÁL DEBE SER LA LETRA INICIAL...?

¿QUIERES COMPLETARLA?

__abalgando __aballos __astaños

__onseguí __aminos

__ercados __on __ipreses

__olor __aoba __laro.

VAMOS A VER CÓMO INVENTAMOS UNA FRASE
QUE SOLAMENTE TENGA SIETE PALABRAS,
CUYA LETRA INICIAL SEA F.

Fabulador famoso

fabricaba fábulas fantásticas filosofando folklóricamente.

ACABAMOS DE CONSTRUIR ESTA FRASE
CON TRECE PALABRAS QUE COMIENZAN POR **O**.
¿QUÉ FRASE CONSTRUIRÍAS TÚ, COMENZANDO POR LA
MISMA LETRA?

Objetos ocultos

obstruyen oleaje...

Osan

—orondos—

onduladas orillas oxidadas; ocupando, ordenadamente, oscuras
oquedades.

TE DOY LA PISTA PARA QUE COMPLETES ESTA FRASE
CON PALABRAS CUYA INICIAL SEA **D**.

Doña Dorotea Durán Dávila

decidió

.....

.....

(Del libro *BRUJAS, MAGAS Y HECHICERAS*)

TITIRITAÑA, LA BRUJARAÑA

Una brujita titiritaña
vivía en su casa de la montaña
con cinco nietos que la mimaban
y un gato negro que ronroneaba.

Sus tres bisnietos bien la querían
le daban besos, la consentían
y por las noches, mientras dormía
todos sus postres los engullían

Titiritaña
patas de araña
salta la cuerda con una caña

Infla los globos de los festines
parada –siempre- en sus dos patines

Es tan alegre la brujaña
que no se enfada cuando una extraña
a ella le dice:

¡Hola!, brujita titiritaña
¿por qué hace tiempo que no se baña?

Y la buenaña
que hace cien años que no se baña
responde ufana y con mucha gana:

Ya por mi ducha no sale agua
la espuma de algas esta muy cara
y, pa' el enjuague no queda nada

Así, sus nietos y sus bisnietos
entre perfumes de feos ungüentos
comen sus tortas y chocolates.....

Pues los brebajes de mal aliento
a otros lugares los lleva el viento.

LA MAJA HECHICERA

La bruja Romelia de pena murió
porque el hechicero se comió al ratón.

Cuatro brujas viejas cargan con la caja
donde va Romelia vestida de maja.

La llevan en hombros hasta el cementerio
para que la entierre el brujo Romelio.

Todos los ratones lloran a Romelia
porque la enterraron sin su par de medias,
sin su escoba negra de hollín de tabaco,
sin sus zapatillas de albahaca brillante,
sin su sombrero y su par de guantes.

Y... como Romelia nunca trabajó
se ganó ese traje con que se enterró.

Todos los ratones cantan en la rueda:

“Romelia, la bruja... la bruja Romelia
se muere de pena... muere de dolor
porque el hechicero se comió el ratón”

LA BRUJA EMBRUJADA

Era una bruja con desparpajo
que usaba guantes de renacuajo.

Tomaba té con mermelada,
comía galletas muy bien tostadas.

Por las mañanas leía los diarios
y muy temprano se iba al trabajo.

No usaba escobas, ni altos sombreros,
sino autos caros, buenos pañuelos,
zapatillas de fino cuero,
cerros de trajes, pieles y abrigos
que no cubrieran su hermoso ombligo.

Tenía corceles, grandes mansiones,
con trenes, yates y seis aviones.
Casas de cambio tuvo a montones
y en cada Banco diez mil acciones.
Cincuenta haciendas de buen ganado
vacas de ordeño en los pastizales
y largas cuadras de platanales.

Nunca sabía de hechizos malos.
No hacía la magia.
Ningún brebaje.

Y a los apuestos chicos del barrio
los imantaba de arriba a abajo.

Iba a las tascas y discotecas,
fumaba puros de alta etiqueta.

Y en otras fiestas..., la astuta bruja,
bebía su whisky de data añeja.

Esta brujilda, tan embrujada,
que de hacendosa no tenía nada,
tuvo al servicio de sus poderes
treinta mujeres que eran esclavas:
fregaban pisos, hacían las camas,
mientras la bruja, feliz roncaba.

EMIRO DUQUE SÁNCHEZ

Nació en Zea, Mérida, Venezuela en 1915, murió en San Cristóbal en 1994. Poeta, Comunicador Social, docente del Pedagógico de Caracas en Castellano y Literatura. Ejerció el Magisterio desde muy joven en varias áreas tanto en su especialización como en Psicología, Sociología y Filosofía. Fue promotor de Alfabetización y Extensión del INCE en el medio rural. Se inició en el periodismo a través de los periódicos regionales como *El Zedeño* (Zea 1936) y *La pulga* (Zea), colaborador en *El Vigilante* (Mérida); *Vida y Letras* (Caracas), *Stadium* (Bucaramanga), *Paydos* (Coro), *Vanguardia* (San Cristóbal). Desempeñó varios cargos del magisterio y la Superintendencia del Instituto Nacional de Cooperación Educativa (INCE, 1974). Fue Individuo de Número del Centro de Historia del Estado Táchira (ENC), y de la Peña Literaria “Manuel Felipe Rugeles”, San Cristóbal.

OBRA LITERARIA: *Cauce* (1941), *Enigmas* (1954), *Piélago* (poesía mística), *Humana lumbre* (micro biografías), *Payasito de trapo*, *Péndulo*, *Panal de angustia*, *El caballito del diablo* (San Cristóbal, Unidad de Artes Gráficas, 1977; autorizado como texto oficial del Ministerio de Educación), entre muchos otros. Fue reseñado por Lubio Cardozo en *La poesía en Mérida de Venezuela* (1971). También por M. H. “Emiro Duque Sánchez” (Diario Católico, San Cristóbal, 2-11-74).

LA RANITA SILBADORA

La ranita silbadora,
la que vive en el jardín,
ahora viste, con la moda,
minifalda y calcetín.

Ancho escote por la espalda
y en el pecho leve tul.
La ranita silbadora
ahora viste como tú.

Un enano la enamora,
el enano Serafín.
El enano, como es calvo,
luce un negro peluquín.

La ranita no lo quiere,
la ranita lo ve mal.
Tiene piernas de madera,
tiene un ojo de cristal.

La ranita silbadora
se divierte en el jardín,
delgadita, encantadora,
con un rubio chiquitín.
Con los ojos muy azules,
muy alegre, muy galán.
Sin las piernas de madera,
sin el ojo de cristal.

Sin arrugas en la frente,
sin el negro peluquín.
La ranita silbadora
dio la espalda ¿a Serafín?

Y las ranas que murmuran,
con razón o sin razón,
dicen todas, en voz baja,
que no tiene corazón.

EL COLIBRÍ

Íris diminuto
de plumas doradas,
hijo de la gota de rocío
y el alba
que del sol un día
te huiste a la tierra
al dejar abierta
una azul ventana.

Rondas a las flores,
noviecitas bellas,
y con tu piquito
delgadito y leve,
les robas el néctar
de sus tiernos labios
y les das mil besos
en visitas breves.

EL CABALLITO DE LOS SIETE COLORES

Yo monté el caballito
de los siete colores
en una noche clara.
Lo encontré en el verde
maizal encantado
del ingenuo cuento.

Lo ensillé con silla
de piel de leopardo
y le puse freno dorado
de espigas
y frontal de estrellas
y riendas ligeras,
como el viento.

Al montarlo
sentí que la sangre

me latía en el pecho
fuerte, fuerte, fuerte.
Y vi mis cabellos
tornárase rubios
y me vi vestido
con dorado traje
y botas de noble
y espolín de oro;
me supe hecho un príncipe.

Yo sentí que el caballo,
cual extraña fuerza,
más que trotar por la noche,
volaba,
y de pronto
me vi frente a frente
de un castillo encantado,
y se abrieron las puertas de bronce
del castillo,
por siglos cerrado.

Yo quedé en el aire
cuando, entre mil luces,
vi como una niña,
más bella que un ángel
me sonreía en espera
de que yo, su príncipe,
al balcón subiera.
Mil nerviosas piruetas
hacia el caballo.
Desmonté, y la bestia
relinchó vibrante
como los corceles
que van a la guerra.
Subí, no sé cómo,
al balcón de luces,
postigo del alba.

Yo, con siete años,
y era en esta noche

un príncipe rubio
que venía de lejos
a buscar su amada.
Al lado de ella
yo me supe un héroe.
Qué linda la niña
de los rizos de oro.
Qué azules sus ojos,
sus ojos de estrella.

La besé en la frente,
me besó en los ojos,
le besé las manos,
me besó en los labios.

Yo, con mis siete
inocentes años,
fui todo un valiente
que una noche hermosa,
jinete sobre un caballito
de siete colores,
encontré la niña
del cuento de hadas.

Abría la mañana
su rosa de luces.
Desperté, de pronto,
dejé de soñar.

¡Oh! sueños del niño
que sueña ser hombre.
Sueños inocentes,
sueños nada más.

TOPO GIGIO

Topo Gigio, ratoncito,
amiguito de los niños,
almendrita de ternura,
yo contigo quiero hablar.

Ven, acércate y escucha
el secreto que, hace días,
guardo inquieto,
ratoncito,
y que ahora lo sabrás.

Yo prefiero que lo ignoren
otras gentes, Topo Gigio,
porque sé que de mi sueño
esas gentes se reirán.

Bien, escucha,
pero calla
mi secreto,
ratoncito,
pues si callas,
no lo dudes,
que alegría me darás.

He soñado,
muchas noches,
que, a tu lado,
Topo Gigio,
como tú, soy un topito,
como tú sé divertir
y que niños
blancos, negros,
ricos, pobres,
niños buenos,
me proclaman ratoncito,
Topo Gigio del país.

No te vayas todavía,
no te marches, hermanito,
que hacen falta ratoncitos
que nos sepan divertir
sanamente,
como lo haces;
que la almendra de ternura
que tú llevas en el alma

sea, por siempre,
con nosotros,
ratoncito y serafín.

TULIO FEBRES CORDERO

Nació en Mérida el 31 de mayo de 1860 y falleció el 3 de junio de 1938, en esta misma ciudad. Fue historiador, cronista, escritor de mitos y tradiciones, ensayista, articulista, cuentista, novelista, relojero, mecánico, catedrático, tipógrafo e impresor. Además, profesor, Decano y Rector Honorario de la Universidad de Los Andes. Desde joven fue tipógrafo, oficio en el que destacó por su don creativo al inventar la *Imagotipia*, técnica de reproducir imágenes por medio de tipos de imprenta. Fue colaborador de la famosa Revista de Caracas El Cojo Ilustrado, durante los años (1877 y 1938).

OBRA LITERARIA: *Don Quijote en América o la cuarta salida del ingenioso hidalgo de la Mancha* (Mérida, 1905), reedición actual (Mérida, Vicerrectorado académico, 2005). *Archivo de historia y variedades* (Caracas, 1917), *En broma y en serio* (Mérida, 1917) Colección de *cuentos* (Mérida, 1902 y 1930), reeditados como *Cuentos* (Mérida, Ediciones Solar, 1994). *Tradiciones y Leyendas (1911)*, *Las nieves de antaño; pequeñas añoranzas* (Mérida, 1958), *Mitos y tradiciones* (Caracas, 1952). Estos últimos han sido reeditados juntos, desde hace varios años, en Caracas por Monte Ávila. *Memorias de un muchacho* (Vida provinciana). Mérida (1924). Entre muchas otras obras que aún se siguen reproduciendo.

¿ME COMPRA EL GALLO?

Hombre manso, apacible, incapaz de matar una mosca, tal era el doctor Cienfuegos. Pero cuando llegaba a ponerse bravo, era un polvorín, estallaba como una bomba; por lo cual él mismo procuraba dominar su carácter irascible hasta donde las circunstancias lo permitían.

Cierto día, estaba muy ocupado redactando un alegato, cuando fue bruscamente interrumpido.

—Tun, tun, tun.

—¿Quién es?

—Buenos días, doctor... ¿Me compra este gallo?

—No señor, no compro gallos.

—Está gordo.

—No lo necesito, ni gordo ni flaco.

—Es de buena cría.

—Le digo que no le compro el gallo.

—Se lo doy muy barato.

—Aunque así sea.

—Es nuevo y bien emplumado.

—No, mi amigo, no le compro el gallo.

—¡Qué lástima! Deja usted de hacer un buen negocio. Vamos, hasta por cinco reales.

—Ya le he dicho que no necesito gallos.

—Pero véalo usted: es una preciosura.

—Aunque sea, no se lo compro; y hágame el favor de retirarse, porque estoy sumamente ocupado.

—Mire, doctor, que estas ocasiones no se presentan todos los días. Anímese, pues, y me compra el gallo.

—Al fin, mi amigo... al fin me pone usted en el caso...

—De comprarme el gallo, ¿verdad?

A Cienfuegos le estalla el apellido por todos los poros del cuerpo, y arremete contra el tenaz vendedor, a quien rompe las narices y saca a trompadas hasta la puerta de la calle.

Gran escándalo. Acuden los vecinos y la policía. El hombre muestra la cara ensangrentada, y el doctor bufa de pura cólera. La policía lo arresta; y entonces el malherido vendedor, volviendo a coger del suelo su gallo, se interpone entre la autoridad y Cienfuegos, diciéndoles:

—Yo no pido cárcel para el doctor, sino otra cosa; y todo quedará arreglado.

—¿Qué cosa? -preguntó la policía.

—Que el doctor me compre el gallo.

—¡Ah, grandísimo bellaco! -exclamó Cienfuegos, yéndosele encima.

—No se enfade otra vez doctor: el gallo es bueno y barato.

Al fin el doctor, aconsejado por la policía y para cortar el escándalo, porque la gente llegaba como a campana tañida, resolvió aceptar la transacción.

—Tome pues, amigo, los cinco reales y asunto concluido.

—Mil gracias, doctor. Dígame ¿a qué hora lo hallaré mañana en su casa?

—¿Y qué más quiere usted conmigo?

—Es que tengo otro gallo mejor que éste.

—¡Otro gallo!

—Sí, señor, para ver si me lo compra.

—Un trabuco naranjero es lo que voy a comprar ahora mismo, para quitármelo a usted de encima -exclamó Cienfuegos dispuesto a cometer una diablura, y con razón.

1907

EL CUARTO DEL TESORO

Hay recuerdos de la infancia que son imborrables, entre ellos los de los cuentos fantásticos que oímos de boca del aya, encabezados de ordinario con esta fórmula sacramental: “Este era un rey que tenía tres hijas, etc”.

El cuento que vamos a relatar principia del mismo modo, con la diferencia de que el rey sólo tenía una hija única, que era la niña de sus ojos y la contemplación de todos sus vasallos. Entre el rey y la joven princesa había la más dulce intimidad. Raro era el día en que mutuamente no se comunicasen entre padre e hija sus penas y alegrías, sus caprichos y propósitos, en fin, todos los pasos de su vida.

Pero en medio de esta tierna confianza y entrañable cariño, una nubecilla empañaba la felicidad de la princesa. Había un secreto en la vida del rey, que éste no le había revelado, por más que ella hubiese tentado averiguarlo en distintas ocasiones.

Cerca de la alcoba real había un cuarto misterioso, al que no entraba sino el rey. En el palacio nadie sabía qué era aquello ni en qué se ocupaba el rey las horas que allí permanecía encerrado. *El cuarto del tesoro* lo llamaban todos, creyendo que era el depósito de las joyas de la corona; pero, a pesar de esta versión, que era la de más visos de certidumbre, entre los criados y dueñas se contaban mil especies fantásticas del misterioso cuarto. Que se oían dentro golpes de martillo y otros ruidos extraños; que de noche solía aparecer un resplandor rojizo en lo alto de un torreón que pertenecía a dicho cuarto; y los espíritus timoratos, no obstante las virtudes que adornaban al rey, llegaron a creer que éste tenía comunicación con el diablo. De modo que no era ya mera curiosidad sino terror supersticioso lo que inspiraba el secreto del cuarto.

Cierto día la princesa, acariciando con dulzura al rey, le dijo resueltamente:

—Padre mío, si supieras que me inquieta desde hace tiempo una curiosidad.

—¿Cuál puede ser, hija?

—*Conocer el cuarto del tesoro.*

—Lo conocerás —le contestó el rey con cariño— pero debes saber que para penetrar en él se necesita un traje especial.

—¿Y no lo tengo yo?

—No lo tienes.

—Pero dime cuál sea para procurarlo al momento.

—Ahí está la dificultad y mi capricho. Quiero que tú atines en el traje sin que yo te lo indique.

—¡Ah! —exclamó con desaliento la joven— ¿cómo podré yo adivinarlo si no me lo dices?

—No te apenes, hija, por eso, que yo abrigo la esperanza de

que tú, consultando mi inclinación y mis gustos, llegarás a vestir ese traje; y entonces no sólo conocerás el secreto de ese cuarto, sino que obtendrás en premio cuanto encierra, que es todo para ti.

No se atrevió la princesa a replicar más o su padre, aunque, en realidad, en vez de satisfacer su curiosidad y calmar su inquietud, le había resultado todo lo contrario, porque desde aquel día el secreto del cuarto la embargó de tal suerte que se desvelaba pensando en las cosas que allí habría y en el traje que fuese del agrado del rey.

Hizo venir a su costurera de más confianza para encargarle un vestido raro, en nada parecido a ninguno de los que tenía; y la costurera extremó su habilidad para darle gusto, haciéndole un traje que deslumbró a las damas de lo corte por su riqueza y elegancia. Pero el rey nada le dijo sobre el particular.

Entonces, desengañada de esta primera prueba, se ocupó en la hechura de otro traje ideado en una noche de insomnio, en cuya ejecución, que duró muchos días, trabajaron los artistas más afamados y las costureras de mayor renombre. El traje era de finísima tela color de rosa, traída de China, cubierto todo con una primorosa redecilla de oro y perlas.

No hubo quien no lanzase un grito de admiración al ver a la princesa luciendo por primera vez aquella maravilla de arte, riqueza y elegancia. El rey mismo le manifestó su admiración, pero nada más le dijo, y bien comprendió la princesa por esta reserva de su padre que tampoco era ese el traje de su gusto.

Después de varios días de suma tristeza y cruel desengaño, una idea súbita le devolvió sus perdidas esperanzas. Recordó haber oído en boca del rey ciertas palabras, en no lejano tiempo, y palpitó de gozo su corazón, porque creyó haber dado en la clave del enigma.

La costurera, que recibió orden de presentarse inmediatamente, compareció enseguida, esperando oír el encargo de algún nuevo y caprichoso traje, pero cuál

no sería su sorpresa al escuchar de labios de la princesa estas palabras:

—Os he mandado llamar para que me enseñéis a coser. Seré

vuestra discípula por todo el tiempo que sea necesario, prometiéndooos la mayor docilidad y atención en el aprendizaje.

Dicho y hecho: desde aquel mismo día la princesa no se volvió a ver en los jardines y azoteas del palacio sino en ocasiones muy determinadas, pues pasaba casi todo el tiempo con la aguja y el dedal en las manos al lado de su hábil maestra; y fue tan asidua y perseverante en sus nuevos quehaceres, con los cuales se había encariñado en extremo, que al cabo de pocos meses cosía ya como la mejor colegiala, y había aprendido a cortar y hacer un vestido con la misma habilidad de su modista.

Grandes preparativos se hacían en la corte para el cumpleaños del rey, que estaba próximo. La princesa se veía poco, muy poco, en términos que entre los cortesanos llegó a sospechase que algún mal la afligía; pero salieron de sus temores la noche misma en que se abrieron las salas del palacio para cumplimentar al rey. Toda la corte estaba allí vestida de gala, cuando se presentaron el rey y la princesa para dar comienzo al besamanos.

La princesa estaba hermosísima, y una alegría inefable, un gozo inmenso llenaba su corazón, porque el rey no cesaba de mirarla, y más de una vez la había felicitado por el traje que lucía esa noche.

Como es costumbre que en tales días hagan los príncipes alguna merced extraordinaria, cuando terminó la ceremonia, el rey, que rebosaba también de contento, levantó la voz para decir a la corte estas palabras:

—Ha llegado el día de mostrar a la princesa mi hija el *cuarto del tesoro*. Podéis acompañarnos, si gustáis.

Indecible fue la sorpresa que tales palabras produjeron en los presentes, de suerte que en los primeros momentos reinó un silencio profundo; y cuando corrió la voz de aquella novedad por las galerías del palacio, fue menester certificar que eran palabras del mismo rey para que se les diese crédito.

La princesa perdió el color y sintió en todo su cuerpo un estremecimiento nervioso. A tiempo que muchos cortesanos y la generalidad de los criados no se las tenían todas consigo, pues aquel cuarto venía siendo para ellos la mansión del diablo, y mayor era el

miedo que la curiosidad que les infundía.

Precedidos de una multitud de antorchas, y con mucha pompa se dirigieron el rey, la princesa y toda la corte al *cuarto del tesoro*. Cuando el rey en persona abrió la puerta, todos retrocedieron instintivamente, y fue necesario que usase de su autoridad para hacer que entrasen delante sus aterrorizados pajes. Las hachas y bujías iluminaron súbitamente el recinto,

La princesa y el real séquito no pudieron contener un grito de sorpresa. El cuarto no tenía en sí nada extraño ni medroso; era un taller completo de platería, en que por todas partes brillaban la plata, el oro y las piedras preciosas en obras de exquisito gusto.

El rey tomó en sus manos un aderezo espléndido, y dirigiéndose a la princesa le dijo:

—Oye, hija mía: el poder y la riqueza suelen acabar inesperadamente, y sólo nos queda entonces la habilidad de nuestras manos para ganarnos el pan. El rey mi padre me enseñó el oficio de platero, que yo no he descuidado, como lo prueban las joyas que aquí ves, en especial este aderezo, que hoy coloco sobre tu pecho, porque has adivinado mis deseos, aprendiendo a coser y vestirme por ti misma. Luce, pues, hija, sobre ese traje, que es trabajo de tus manos, estas prendas que son también trabajo de las mías en este retiro, que tanto anhelabas conocer y que justamente han llamado el *cuarto del tesoro*.

1902

LAS CINCO AGUILAS BLANCAS **(Mitología americana)**

CINCO ÁGUILAS blancas volaban un día por el azul del firmamento; cinco águilas enormes, cuyos cuerpos resplandecientes producían sombras errantes sobre los cerros y montañas.

¿Venían del Norte? ¿Venían del Sur? La tradición indígena sólo dice que las cinco águilas blancas vinieron del cielo estrellado en una época muy remota.

Eran aquellos los días del Caribay, el genio de los bosques aromáticos, primera mujer entre los indios Mirripuyes, habitantes del Ande empinado. Era hija del ardiente Zuhé y la pálida Chía; y remedaba el canto de los pájaros, corría ligera sobre el césped como el agua cristalina, y jugaba como el viento con las flores y los árboles.

Caribay vio volar por el cielo las enormes águilas blancas, cuyas plumas brillaban a la luz del sol como láminas de plata, y quiso adornar su carroza con tan raro y espléndido plumaje. Corrió sin descanso tras las sombras errantes que las aves dibujaban en el suelo; salvó los profundos valles; subió a un monte y otro monte; llegó, al fin, fatigada a la cumbre solitaria de las montañas andinas. Las pampas, lejanas e inmensas, se divisaban por un lado; y por el otro, una escala ciclópea, jaspeada de gris y esmeralda, la escala que forman los montes, iba por la onda azul del Coquivacoa.

Las águilas blancas se levantaron perpendicularmente sobre aquella altura hasta perderse en el espacio. No se dibujaron más sus sombras sobre la tierra.

Entonces Caribay pasó de un risco a otro risco por las escarpadas sierras, regando el suelo con sus lágrimas. Invocó a Zuhé, el astro rey, y el viento se llevó sus voces. Las águilas se habían perdido de vista, y el sol se hundía ya en el ocaso.

Aterida de frío, volvió sus ojos al Oriente, e invocó a Chía, la pálida luna; y al punto detúvose el viento para hacer silencio. Brillaron las estrellas, y un vago resplandor en forma de semicírculo se dibujó en el horizonte.

Caribay rompió el augusto silencio de los páramos con un grito de admiración. La luna había aparecido, y en torno de ella volaban las cinco águilas blancas refulgentes y fantásticas.

Y en tanto que las águilas descendían majestuosamente, el genio de los bosques aromáticos, la india mitológica de Los Andes moduló dulcemente sobre la altura su selvático cantar.

Las misteriosas aves revolotearon por encima de las crestas desnudas

de la cordillera, y se sentaron al fin, cada una sobre un risco, clavando sus garras en la viva roca; y se quedaron inmóviles, silenciosas, con las cabezas vueltas hacia el Norte, extendidas las gigantescas alas en actitud de remontarse nuevamente al firmamento azul.

Caribay quería adornar su carroza con aquel plumaje raro y espléndido, y corrió hacia ellas para arrancarles las codiciadas plumas, pero un frío glacial entumeció sus manos: las águilas estaban petrificadas, convertidas en cinco masas enormes de hielo.

Caribay da un grito de espanto y huye despavorida. Las águilas blancas eran un misterio, pero no un misterio pavoroso.

La luna se oscurece de pronto, golpea el huracán con siniestro ruido los desnudos peñascos, y las águilas blancas despiertan. Erízanse furiosas, y a medida que sacuden sus monstruosas alas el suelo se cubre de copos de nieve y la montaña toda se engalana con el plumaje blanco.

Este es el origen fabuloso de las Sierras Nevadas de Mérida. Las cinco águilas blancas de la tradición indígena son los cinco elevados riscos siempre cubiertos de nieve. Las grandes y tempestuosas nevadas son el furioso despertar de las águilas; y el silbido del viento en estos días de páramo, es el remedo del canto triste y monótono de Caribay, y el mito hermoso de los Andes de Venezuela.

NOTA

Zuhé era el Sol. Los indios llamaron a los españoles «hijos del Sol», por su poder extraordinario.

AMABELIA GALO

Si bien nació en La Plata (Argentina, 1921), es venezolana (casi merideña) por elección propia, tiene 50 años disfrutando ese derecho. Vino a Venezuela siguiendo *El soberbio Orinoco*, de Julio Verne. Es autora de dos celebrados libros, uno de relatos y otro de crónica literaria, de vida y viajes por toda Venezuela y por el mundo, editado en Mérida.

OBRA PUBLICADA: *Retratos en sepia* (Caracas, 1996) y *La tierra que nadie prometió* (La Escarcha Azul, Mérida, 1998). Libros reeditados en edición bifrente por la Asociación de Escritores de Mérida, con auspicios de la Dirección General Sectorial de Literatura, del CONAC (2006).

LA PERICA

La madre entró al dormitorio. Para su sorpresa, la niña estaba despierta. Recostada contra las almohadas, sonreía con todo el luminoso encanto de sus cinco años. Hablaba, sus palabras eran dulces y menudas y estaban dirigidas al dedo índice de su mano izquierda... La madre suspiró. Ya estaba siendo demasiado frecuente que la niña hablara sola, se inventara abuelos discutiera con amigos imaginarios. ¿Qué será lo de ahora? —se preguntó— y tratando de parecer natural se acercó a la niña.

“Ahora” era una perica, estaba allí, posada sobre el dedo índice. Se llamaría Brenda y no sólo tenía los ojos azules, también lucía pecas sobre el pico... En el baño, mientras se aseaba, la niña colocó cuidadosamente a la perica imaginaria sobre la barra del toallero.

Durante el desayuno, que fue compartido, la perica recibió suaves regaños como los que la madre le daba a la niña para que comiera bien. Probó migas de corazón de arepa, trocitos de huevo; no quiso jugo porque: —¿sabes, mamá? los pericos no toman agua.

Siguiendo con la rutina de todos los días, sacó el velocípedo al jardín y desde la ventana, la madre veía a la niña pedalear por los senderos, la perica aferrada al manubrio y la niña cuidando que no se cayera en las curvas...

Llamó por teléfono al médico: ¿Tenía fiebre? No. ¿Estaba inapetente? No. El médico la tranquilizó: no había nada que temer, los niños que se crían solos, desarraigados de los abuelos, de los tíos, de los primos, suelen inventarse compañías...

—Usted debe tener otro hijo, esa fue la receta...

Durante toda la mañana estuvo observándola y cavilando. No había posibilidades para otro hijo. No era un problema económico, era un problema de estabilidad, de permanencia. Se sintió culpable. Recordó a Pelufo, el perro que se crió con ella. Recordó a Mimoso, el gato que dormía sobre el escritorio mientras ella estudiaba... Su hija no tenía nada de eso. El almuerzo y la siesta también fueron compartidos entre la niña y la perica.

En la tarde, como siempre llegaron los vecinitos, y la perica

fue presentada... Maravillada, sorprendida, comprobó que había sido aceptada sin titubeos ni preguntas, y que la perica estaba integrada a los juegos como uno más. Después de la merienda se retiraron los pequeños y al empezar a caer la tarde la madre salió a llamar a su hija.

La niña estaba sentada en uno de los escalones de la terraza. Había estado llorando, ¿por qué?

—¡Mamá, Brenda se murió! La enterramos debajo del jacarandá. Allí estaba un pequeño túmulo cubierto con las flores color lila que el hermoso árbol desgranaba sobre el césped...

Esa noche, insomne, la madre se hizo un firme propósito: al otro día, bien temprano en la mañana, saldría a comprar la perica más bonita que existiera en la ciudad. Así lo hizo, y cuando la niña despertó, allí estaba su madre con la pequeña jaula y una linda periquita.

—Mi amor, mira, la perica está otra vez viva, la encontré en el jardín... La pequeña miró a la perica y luego a su madre...

—Esta no es mi perica, no es Brenda, ésta no tiene los ojos azules ni pecas sobre el pico.

La madre empezó a llorar suavemente su frustración e impotencia, hasta que la niña se conolió y le dijo, arboladas las mejillas por una nueva ilusión:

—¿Quieres conocer a Carlitos? Metió la mano bajo la almohada y sacó una cajita de fósforos, la fue abriendo cuidadosamente para evitar que lo que “no” estaba adentro se fuera a escapar. Este es Carlitos, mi grillo... ¿verdad que es muy bonito? ¿Sabes, mamá? A mí ya no me gustan las pericas de ojos azules y pecas en el pico... Un día de estos voy a tener un elefante color amarillo... La madre suspiró. Fue un suspiro trémulo en el que se mezclaron equitativamente el alivio y la resignación, porque sólo las madres tienen la capacidad de, junto con sus hijos, intentar navegar con éxito entre las dulces aguas de la fantasía y las amargas rocas de la realidad.

UNA BOTA EN BUSCA DE DESTINO

Era una buena bota de suave y fuerte cuero color marrón. El artesano que la confeccionó puso mucho cuidado en su tarea y lo mejor de su experiencia. Las costuras eran firmes, breves y parejas.

El forro delicado y confortable. La botonadura estaba aislada del roce con el pie por una lengua de fina cabritilla. Era un modelo único, unipersonal, así como única era la bota. ¿Por qué? Porque había sido hecha para el uso de un señor cojo, que cuidaba con gran exigencia la comodidad de su único pie.

La bota tenía una vida también confortable, pues era personaje de primera línea dentro de la rutina de la casa. Cada mañana, manos diligentes la cubrían de suave y perfumada crema de un color ambarino y transparente, luego, era cepillada con vigor, y por último pulida con un paño de suave lana.

Después del desayuno, su dueño se colocaba con mucha meticulosidad la media, se calzaba la bota y cerraba, equilibrando la presión, las trenzas de la botonadura. Luego de este cotidiano ritual, salía apoyándose en unas muletas a recorrer una terraza llena de rosales en flor.

La bota nunca había pisado lodo, agua, ni suciedad alguna. Al regresar al interior de la casa reposaba siempre, protegiendo el pie de su amo, sobre un mullido taburete, ya que era la bota de un señor inválido, ordenado y apacible. Cada noche, después de cumplir su misión diaria, la bota era despojada con suaves cepilladas del imperceptible polvo del día, y así, cuidada hasta el extremo. Esperaba hasta el otro amanecer para ser vuelta a lustrar y pulir antes del rutinario paseo matinal.

La bota se aburría... A veces sentía que una especie de convulsión, de sacudimiento, la hacía estremecer. Era una sensación que empezaba en la suela y subía, sacudiendo los cordones hasta la propia capellada, y le hacía casi incontrolable el impulso de salir, andar, subir, bajar, hacer algo, cualquier cosa que estuviera más allá del límite de la terraza.

Cuando el señor enfermaba, y ello ocurría con cierta frecuencia, la situación era peor. La ponían al sol boca abajo, suela al aire, durante todo el día para que se evaporara cualquier resto de humedad y luego la recluían dentro de un enorme armario que apenas volvía a abrirse. En estas oportunidades, la bota aprovechaba para espiar al enfermo, que reclinado en su cama leía viejos libros de

páginas amarillentas. Lo demás era, desde la oscuridad, disfrutar y consolarse con el olor de las tizanas; el ruido del cristal y la porcelana chocando entre sí sobre las bandejas, y el tintinear de las cucharillas conque suministraban los remedios o se endulzaban las infusiones. Hasta que un día cualquiera, al fin, se abrían todas las ventanas, el sol centelleaba en la habitación y ella era sacada de su encierro, reavivado su brillo y vuelta a calzar en el pie, retomaba la rutina del lento transitar por la terraza en la revisión de los rosales, todo ello flanqueado, como siempre, por la puntera de las muletas.

El amo murió. Hubo muchas pisadas extrañas y sigilosas, llantos y ruidos desacostumbrados. Después, un silencio y una oscuridad que parecían eternos, hasta que manos extrañas abrieron el armario y empezaron a trasladar las altas pilas de finas camisas, a descolgar los trajes de casimir inglés que olían a lavanda; a contar las medias que habían permanecido ordenadas por colores, todas enroscadas sobre sí mismas como pequeños nidos. Una mano tanteó en una última búsqueda en la oscuridad del armario, y así también se fueron las muletas que en vano habían permanecido, prudentemente disfrazadas de sombra, en una moldura del mueble. Nadie, absolutamente nadie, se acordó ni ocupó de ella.

Fue muchas, pero muchas semanas después, cuando alguien la descubrió. Desamparada y sola, ya un poco enmohecidas las costuras y el borde de la suela, fue que pudo calibrar la inutilidad de su existencia, la oscuridad de su futuro, la incertidumbre de su destino. ¿Quién podría necesitar una bota sola, por más fina, cuidada y confortable que fuera?

Una última revisión de la casa la lanzó, junto con restos de papeles rotos, cajas vacías, bolígrafos sin tinta, remedios a medio consumir, dentro de una bolsa plástica.

Había entrado en el mundo de los desechos...

El camión recolector de basura pasó y arrasó con todo. Le nació una esperanza; ya estaba afuera, ya había roto el círculo, alguien debía andar por allí que la necesitara.

El depredo donde la lanzaron era un caos. Por sobre la montaña de desperdicios pululaban docenas de perros famélicos, pajarracos

ávidos, y gente infeliz que escarbaba y recogía cosas aquí y allá. Algunas veces de entre todo aquel infierno, surgía una exclamación de asombro y triunfo que llamaba la atención y despertaba la codicia de los demás... pero no tenía nada que ver con ella, seguía ignorada. En verdad, había otras botas y otros zapatos, algunos con las suelas sueltas y los clavos al aire como en una sardónica sonrisa de miseria, pero también se solían encontrar pares servibles, anudados por los cordones o las tiras, como en un intento de mantener unida la pareja. Estos tenían casi siempre la suerte de que alguien se los llevara para un nuevo destino.

Una vez, por fin, un hombre descubrió la bota y dio a gritos la nueva... ¡Es una bota nueva... fuerte... fina! Y se entabló una locura de basuras al aire, latas y cartones que volaban de un lado al otro en busca de la otra, de la compañera que faltaba.

Fue una búsqueda inútil que se repitió varias veces. Era una derrota anticipada cuyo resultado sólo ella, conocía. En poco tiempo el sol, la humedad y el sucio la fueron mimetizando dentro de todo lo demás, y los recolectores habituales que ya la conocían, la hacían a un lado con indiferencia, pero aún guardando, allá en lo profundo, la esperanza de encontrar, alguna vez, el resto del par...

La bota se negaba a perder la esperanza, se permitía soñar. Anhelaba ser rescatada por algún joven aventurero que se involucrara en quijotescas luchas, y la llevara corriendo por ignotos callejones, entre chasquidos de metrallas y olores de pólvora. O que la calzara un audaz escalador y en ella reposara la seguridad de cada centímetro de ascenso, de cada filo de piedra dónde apoyarse, dejando abajo, muy abajo y poco a poco, picos amenazantes y desfiladeros veteados de nieve.

O quizás un andariego de largas distancias, con el paso cauteloso del tránsito por la selva, protegido el tobillo de la mordedura artera, por su defensa de cuero. O afincada en el estribo de la montura de un potro brioso, corriendo sabana, portando espuelas, sintiendo sobre su costado el latigazo de las altas hierbas que el caballo abría a punta de pecho.

Pero, la realidad la devolvía del sueño con la velocidad con

que acaba el esplendor de una pompa de jabón. No había escaladores, ni jinetes, ni jóvenes combatientes mochos... como no fuera a posteriori...

El día que cayó el primer aguacero sintió terror. Quería quedarse allí, casi se había acostumbrado a su suerte de soledad y desprecio, pero los gordos goterones fueron juntándose más y más, y desde la montaña de basura fueron bajando hilos de agua sucia que se volvieron pequeños ríos y estos convergieron en otros más grandes.

La bota no supo cómo ni cuándo, pero de pronto se encontró navegando, cerro abajo, en la cresta de una pequeña ola. Como una estela, llevaba arrastrando tras sí, embarrados jirones de una bolsa plástica, una media de mujer, un trozo de cable...

Cuando la avalancha llegó al final del declive, la bota se vio mezclada entre las piernas de una alborotada chiquillería. Alguien la despojó del lastre, le puso dentro un trozo de rama en la que tremolaba, en plan de bandera, la página a todo color de una revista de farándula, y por un recorrido de varias cuerdas, alentada por los gritos de la chiquillería, fue un airoso bergantín, compitiendo proa a proa por ganar la improvisada regata, con barcos de papel y trozos de madera. La excitación finalizó cuando toda la flotilla se precipitó por la oscura boca de una alcantarilla que los llevó, enredados y a punto de naufragio, hasta la corriente ancha y tumultuosa del propio río.

Por estar acordonada hasta lo alto, por cubrir por dentro sus ojales con la lengua de fina cabritilla, por haber tenido, día tras día su baño de crema, su pulitura cuidadosa, la bota pasó sin riesgos los escollos, remontó las pequeñas olas, bordeó obstáculos de cauchos viejos, neveras destripadas, poncheras desfondadas, que formaban islas y remolinos, y llegó a la parte calmada de la corriente sin que el agua lograra inundarla y hacerla naufragar.

Fue viendo pasar la ciudad a los lados del curso del río. Sintió apagarse poco a poco el rumor del tráfico y empezó a distinguir un verdor de monte limpio que empezaba a trepar por los taludes. El atardecer la acompañó en un apacible trayecto en el cual, sobre ella, se cerraba, apretados ramajes de bambúes que abanicaban el cielo. Las aguas se hicieron más claras, pequeñas garzas y pájaros de

pasitos cortos y presurosos picoteaban la arena de las riberas.

Se fue adormeciendo con el suave ritmo que imponía al agua la ruta ondulante de los meandros... hasta que sintió que suavemente había anclado en un recodo.

En la mañana el agua descendió su nivel. Se sintió húmeda pero segura. La corriente acumulaba a un lado de la suela un terraplén de areniscas y piedras pequeñas, que de lejos la hacían parecer una minúscula fortaleza, el torreón de un pequeño castillo. Ya seca y bien anclada esperó durante varios días que algo nuevo sucediera. No tenía otra compañía que la del rumor del agua que corría cerca, el susurrar de los bambúes meciéndose en lo alto, el croar de las ranas en la noche, el canto de los pájaros en el amanecer.

Nuevamente se resignó a morir solitaria e inútil, convencida una vez más de que su única razón para vivir había sido la existencia del dueño de un pie para el cual había sido creada.

Una orla de líquenes verdes le empezó a subir desde la suela a la capellada. El aire y el sol empezaron a tostarla y cubrirla de un color tan semejante a los cantos rodados y a las lajas del río, que llegó a confundirse con ellos. De vez en cuando, una lagartija azul se le montaba encima y tomaba tranquilamente el sol con la cola estirada por entre lo que había sido la botonadura.

Un amanecer sintió que había un intruso. Algo se movía, seres vivos en febril actividad entraban y salían por su abertura... Cuando sintió que en su interior se estaba formando, en un amasijo de plumas, paja y fibras, la tibieza de un nido, casi no lo podía creer. Esponjó su cuero para darle amplitud, midió la resistencia del terraplén de arena que la anclaba en su ya nuevo afán de permanencia, y se quedó quietecita, casi en éxtasis de felicidad ante la plena seguridad de que por fin había dejado de ser inútil, que nunca más volvería a estar sola, y que sus nuevos amos, lejos de recorrer día a día el área estrecha de un jardín urbano, saldrían cada mañana disparados como flechas a robarse todo el sol y todo el azul del cielo.

ANA MARÍA GUILLÉN

Amg1277@hotmail.com

Nació en Mérida (Venezuela, 1977). Es Farmacéutica (Mención Farmacia Hospitalaria) graduada en la Universidad de Los Andes en el 2001. Desde muy niña llevó un Diario de todo lo que iba viviendo y leyendo. A los 7 años escribió *El gato y la begonia ya ni asustan ni asombran*, cuento que hiciera en la Escuela como actividad para un concurso convocando por el Consejo de Publicaciones de la ULA en 1984, siendo seleccionado entre los diez premiados. Fue publicado 15 años después por la Asociación de Escritores de Mérida. Ha trabajado en la Maternidad La Floresta: “TJI Farmacia” (Maracay); en Hominis CA de Farmacia. CorpMaracay, como Promotora de productos Farmacéuticos; Farmatarget: Taller de entrenamiento en Caracas 2001. En Farmacia obtuvo un Certificado de entrenamiento y desarrollo, en Caracas. Actualmente trabaja como Visitador Médico en Phizer (Maracay, estado Aragua).

OBRA LITERARIA: *El Gato y la Begonia ya ni asustan ni asombran* (Mérida: Fondo Editorial “Ramón Palomares”/Asociación de Escritores de Mérida/ Consejo Nacional de la Cultura (CONAC)/ Editorial “La Escarcha Azul”, 1999). Tiene inédito el cuento *Un batiscafo, una oruga o simplemente un tren de pilas*, escrito en 1997. Ha sido reseñada y publicada en el Diario Frontera por Enrique Plata Ramírez: “*Estos Muchachos, aquellos coroneles*” (Mérida, viernes 11 de octubre de 1991) y, por Inés de Cuevas en la página literaria Con los niños: “*El Gato y la Begonia ya ni asustan ni asombran* (Mérida lunes 27 de septiembre de 1999).

EL GATO Y LA BEGONIA YA NI ASUSTAN NI ASOMBRAN

El gato Fifi le tenía rabia a la mata de begonia, la quería arañar. Se la quedaba mirando y mirando como si quisiera almorzar.

La señora de la casa siempre le decía:

—¡Deja la mata tranquila, Fifi!

Un día la niña de la casa dijo: Voy a quedarme despierta para ver por qué Fifi le tiene rabia a la begonia y por qué maúlla asustado por las noches.

Al rato oyó al gato maullar. Se levantó y prendió la luz, pero... no vio mucho.

Fifi volvió a maullar más fuerte, como si le pegaran con una rama de árbol.

La niña se asomó en punta de pie. Vio que la mata se había salido del matero y perseguía a Fifi. Y lo mareaba y mareaba.

La niña habló con la begonia y le dijo:

—¿Por qué en vez de perseguir a Fifi no juegas con él? ¿No ves que se asusta?

Desde ese día Fifi y la begonia juegan de día y duermen de noche. Bailan con zapatillas de raso, se tiran almohadas... y van al parque empujándose por la espalda.

Y ya nadie se asusta porque no es de noche.

ANA WENDY GUILLÉN

andyxxiv@yahoo.com

Nació en Mérida Venezuela (1975). Técnico Superior en Diseño Gráfico y Licenciada en Diseño Grafico (Universidad de Los Andes). Actualmente se encuentra en Barcelona (España) trabajando como Diseñadora en IDESA. A los diez años ilustra la portada del libro para niños *Los cuentos de chirivivuela*, de la escritora uruguaya Sylvia Puentes de Oyenard (Mérida, Editorial Venezolana, 1985). Hizo pasantías como TSU en el Periódico “Visión”, en “Empresas Mayagüez” Inc. Publicidad, en Mayagüez (Puerto Rico, 1995). En su producción como Ilustradora y Diseñadora Editorial destaca su inicio en la Editorial “La Escarcha Azul” (FUNDALEA), luego en “Ediciones Solar” Mérida), “Casa de la Fragua” (Tovar); Fundación Nuevo Cine Latinoamericano, Asociación de Escritores de Mérida, y “Estudios en Postgrado de Propiedad Intelectual (EPI). Ha dictado cursos y talleres para instituciones como Celciec (ULA), Evem, Hospital, Fundalea. Ha sido Instructora en talleres de “Periodismo digital” (ZOLCCYT), “Grafismo creativo en la Literatura infantil: ambientación creativa”, organizado por la Dirección General Sectorial de Literatura del CONAC, “Empaques” y “Teoría de la imagen” en el Instituto Universitario de Tecnología (AJS); “Del diseño a la imprenta” (Centro Gráfico, ULA). Instructora de “Animación en Flash” y “Diseño de Páginas Web” (Celciec-ULA). Obtuvo el 2do lugar en el Concurso: “Diseñador, ayudante de investigación”, en Sistemología Interpretativa (ULA). Construyó un Sistema Gráfico Interactivo, denominado “Galería Virtual”; Trabajo de Grado, evaluado con Mención Publicación.

OBRA LITERARIA: Es autora del libro *El caballito de alas doradas* (Mérida, Fundación Polar, 1996), ilustrado y diagramado por la misma autora. Fue reseñada en hemerografía nacional e internacional: Periódico VISIÓN. Mayagüez-Puerto Rico, 1996. “En la Narrativa Hoy Ana Wendy Guillén L. El Caballito de alas Doradas”. San José de California. USA. Sec. Cultura. 28 de Agosto de 1996. “Revista Solar descifra un paraíso de cinco siglos atrás”. Jenny Andara Medina (Frontera, Octubre 1999). Las ilustraciones que hiciera al libro *Aurora y sus viajes intergaláctico*, de Ma. Juliana Villafañe, fueron reeditadas en la Edición de Planeta Junior (Puerto

Rico, 2004).

EL CABALLITO DE ALAS DORADAS

Este era un caballito que deseaba tener alas y soñaba todas las noches con ellas.

Él, siempre en las noches rezaba a Dios esta oración: “dios hazme alitas y yo seré el mejor angelito de tu reino”.

El caballito era amarillo, su piel como algodón. Era muy tierno, trabajador y juicioso. Tenía dos hermanitos menores. Esos hermanitos eran un poquito malos y no les prestaban sus cosas. Pero él, aunque ellos eran malos, él era bueno con sus hermanitos.

Este caballito seguía rezando. Pasaron días y semanas y nada que le salían las alas.

Un día los caballitos fueron al bosque como iban todos los domingos. Los papás, siempre, antes de salir, les decían: “No se alejen mucho, ni se vayan al barranco que está ahí junto a la siembra de zanahoria”.

Pero el hermanito menor y el mediano no hacían caso.

Los dos hermanitos convencieron al hermano mayor, metiéndole una mentira, y se fueron al barranco a comer zanahorias.

El más pequeño se resbaló en el barranco.

Antes de que se cayera al fondo, el caballito mayor se tiró para salvarlo, y cuando iba por la mitad se dijo:”Aunque muera voy a salvar a mi hermano”.

Y cuando ya estaba cerca del fondo le salieron dos alas doradas.

Así salvó a su hermano menor.

Desde ese día fue muy feliz ayudando a los demás.

Pero las alas doradas solamente brotaban cuando alguien necesitaba ayuda.

ENZA LÁZZARO, venezolana, nació en Palermo (Italia, 1948), desde 1949 vive en Venezuela. Radicada en Mérida desde hace más de 20 años. Es Licenciada en Educación, Mención Biología (Universidad de Los Andes). Inició el Master Internacional de Creatividad Aplicada Total (MICAT), en la Universidad de Santiago de Compostela, en Galicia, España (1999-2000). Locutora, Certificado 32975 (Escuela de Comunicación Social, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1996). Productora y locutora del programa de radio “*Alas de Libertad*”. Desde 2003 en *El Circuito Divensa Radio 98.7 FM*. Se ha desempeñado como tallerista en Relaciones interpersonales y Técnicas de desenvolvimiento interior. Entre los cursos y talleres en los que ha participado destacan: «Aprender a pensar». Seminario auspiciado por el Ministerio de Educación, en el Centro Educativo de la Asociación de Profesores de la ULA. “Introducción a la Literatura Infantil y Juvenil”, en Instituto de Investigaciones Literarias de la de la Universidad de los Andes, y la Comisión para la orientación de la Enseñanza y uso de la Lengua materna, del Ministerio de Educación, “La Creatividad se aprende. Herramientas para el cambio”. Ha trabajado como docente de aula en diferentes Centros Educativos. Es Vicepresidenta del Fondo Editorial La Escarcha Azul, Fundalea, desde 1995. enza.lazzaro@gmail.com

OBRA LITERARIA: Tiene inéditos *El cofre encantado y otros cuentos*, para niños y jóvenes, y el libro *Alas de libertad*.

EL COFRE ENCANTADO

(1995)

En un camino, bordeado de amapolas, venía caminando lentamente una extraña tortuga, su caparazón relucía con los rayos del sol, caminaba esbelta y erguida. Iba destino al pueblo, donde trabajaba en una tienda de antigüedades.

La pasaba muy bien en ese lugar porque estaba todos los días rodeada de objetos raros e interesantes. Uno de sus preferidos era una consola en miniatura hecha de madera brillante y pulida, pero estaba herméticamente cerrada. Ella la acariciaba a menudo. Deseaba silenciosamente que el cofre se abriera de repente.

Una tarde de amapolas olorosas, ¡zuaás!, se cumplió su deseo. ¡Se abrió el cofre!

Su asombro no tenía límites. Estaba deslumbrada con lo que veía en su interior. Sus ojos estaban fijos en una hermosísima araña de oro, que... para su sorpresa, y susto, le sonreía.

A partir de ese día se hicieron amigas inseparables. La araña le conversaba de muchos temas. Uno de esos días le contó de su vida, de antes de llegar al Cofre encantado de la tienda. Con un poquito de tristeza en su voz comenzó el extraño relato:

—Yo vivía en un lejano castillo todo de oro. Era una de las doncellas del reino “*Alquimia de oro y sal*”.

—¿Por qué tienes forma de araña? —interrumpió la tortuga.

—Estaba jugando cerca de un aljibe, me asomé en él, resbalé y caí al fondo del agua. Me di cuenta de que mi cuerpo había perdido su forma y me había transformado en una araña.

La tortuga emocionada con la historia, quiere ayudarla. Le dice:

—¡Vamos!, ven conmigo ¡Súbete a mi caparazón! Te llevaré

a una cueva, donde habita una hermosa Hada que puede ayudarte.

Al llegar al lugar vieron a un minúsculo ser alado revoloteando en la entrada de la cueva. Era de un color azul brillante.

—Mis respetos Hada Protectora —saludó la tortuga. Te presento a la Donc...

—No me digas, ¡ya lo sé! —dijo con dulzura el Hada Protectora. Pasen adelante. No hace falta que me expliquen mucho. Hace rato que las vengo escuchando.

Y dirigiéndose a la doncella araña le dijo:

—Te quedarás aquí siete días y siete noches. Contemplarás el sol todos los días durante siete minutos, y beberás de estas flores rosadas, que sólo se dan en este lugar.

Al cabo de ese tiempo, la araña se transformó en una radiante y hermosa mujer. Regresó al palacio y todos festejaron su regreso con gran alegría y felicidad.

Un día la doncella tomó de su armario un Gurrufío de oro con incrustaciones de diamantes, rubíes, esmeraldas, topacios, aguamarina y amatistas, lo colocó en un estuche de terciopelo rojo, montó en un carruaje y se lo llevó a su amiga tortuga.

Ésta, al verla llegar, se puso muy contenta. Le agradeció el obsequio, lo acomodó en una vitrina de su tienda, como una joya de incalculable valor.

Todas las personas del pueblo desfilaban por allí para admirar y contemplar el extraño objeto.

La Doncella y la tortuga se visitaban con frecuencia, algunas veces llegaban hasta la cueva donde vivía el Hada Maravillosa y conversaban con ella de muchas cosas interesantes.

LA PERLA Y LA OSTRA

(2001)

Po era una perla hermosa, había crecido mucho y quería salir de su mundo y mostrar su belleza a otros mundos de afuera, pero no sabía cómo abrir la ostra. Su hábitat permanecía cerrado con ella adentro, quejándose.

Para ayudarse se metía de cabeza en los libros interesantes que le proporcionaban mucha información mas no le decían lo que ella esperaba: *cómo abrir la ostra*.

Un día, decidió visitar a un sabio, después a otro y otro; que la ayudaran a realizar su anhelo. No obstante, no captó las palabras mágicas para abrir la ostra.

El encierro ya la estaba desesperando, se sentía triste y deprimida. Había pensado que una *fuerza externa* la ayudaría a salir rápidamente.

Decidió quedarse tranquila, en silencio, escuchando los latidos de su corazón, que se fueron haciendo palabras. De pronto, Po cambió el pensamiento: *“sólo una fuerza interna puede ayudarte a salir”*.

Po, respiró profundo una y otra vez, como si se fuera llenando de aire y de latidos...

Entonces, automáticamente... *la ostra se abrió*.

MARÍA LUISA LÁZZARO

marial_lazzaro@yahoo.com <http://www.marial-lazzaro.com>

Nació en Caracas, Venezuela (1950), reside en Mérida desde los diecisiete años. Es Licenciada en Bionálisis y en Letras, Magíster en Literatura Iberoamericana y Profesora Titular Jubilada (Escuela de Letras, ULA). Autora de letra y música de varios poemas musicalizados (*Atrincherada*, *Llueve amor*, *No duermas ahora* y *Licor de amor*). Premios de Poesía Alfonsina Storni, Argentina, 1978. Finalista Concurso de novela Planeta Latinoamericana Miguel Otero Silva (*Tantos Juanes o la venganza de la Sota*) 1990. Premio Canción inédita (*Atrincherada*), Festival Nacional de la Voz Universitaria (Valencia, 2000). Galardón Concurso MILENA, cartas de amor y desamor (*Trastocando olvidos I y II*), Galicia, 2002. 1er Premio de Poesía (2003) y Narrativa (2005) Seccional de Profesores Jubilados de APULA. Primer Premio de Narrativa (2005) de la Asociación de Profesores de la ULA,

OBRA PUBLICADA: *Poemas de agua* (1978), *Fuego de tierra* (1981), *Árbol fuerte que silba y arrasa* (1988), *Nanas a mi hombre para que no se duerma* (2004), *Escarcha o centella, bebe conmigo* (2004). Novelas: *Habitantes de tiempo subterráneo* (Pomaire, 1990) y *Tantos Juanes o la venganza de la Sota* (Planeta, 1993). Ensayos: *Viaje inverso: sacralización de la sal* (1985) y *La inquietud de la memoria en el caos familiar* (1995); Para niños y jóvenes: *Mamá cuéntame un cuento que no tenga lobo* (1984), *Marigüendi y la jaula dorada* (1983), *El niño, el pichón y el ciruelo* (1990); *Parece cuento de Navidad, Darlinda* (1994); *Para qué sirven los versos* (1995), *Una mazorca soñadora* (1995), *Un pajarito, una pajarita y la casualidad* (1995), *La almohada muñeca* (1996). Libro bifronte: *El loro de la infancia y otros relatos / Mamá cuéntame un cuento que no tenga lobo* (Conac/ Fundalea, 2006). En imprenta: el poemario *Resurrección del Ángel* (Ed El perro y la rana, Ministerio de Cultura, Caracas, 2006), y el libro de relatos: *¿Cómo contarlo?* (Primer Premio de narrativa de APULA, Mérida, 2005).

LAS CHIRIPAS BUSCAN HOGAR

Hace mucho, mucho tiempo, una pareja de chiripas se fue a vivir a una casa lujosa y grande, con alfombra persa, pisos de madera, y lámparas de cristal bohemia que colgaban como estalactitas del cielo raso.

Al cabo de poco tiempo los esposos chiripa tuvieron que mudarse; se estaban muriendo de hambre. Las personas que allí vivían comían en restaurantes para no tener que lavar la vajilla que tenían de adorno en sus vitrinas.

Estuvieron recorriendo varias calles y avenidas hasta que entraron a una casa que se veía bastante ordenada. Vivían allí dos niñas, muy educadas, que más bien parecían muñecas de porcelana; demasiado obedientes y calladas. Además en esa casa son exageradamente pulcros.

Seguro que esas niñas están enfermas de eso que llaman bulimia —murmuraban entre ellos los esposos Chiripas—, quienes decidieron buscar una casa más normal, donde a los niños no se les prohibieran comer dulces, aunque sea de vez en cuando.

—En esta casa —se quejaban Doña Chiripa— las personas no dejan rastros de lo que comen. Pareciera que comen rápido y frugal, como si la comida no les importara mucho, o que siempre están ocupados en otros asuntos. Casi no tienen tiempo para una comida sustanciosa.

Caminaron todo el día y toda la noche hasta que encontraron el lugar perfecto. Exactamente contaron unos seis niños y, por la algarabía que tenían, los esposos Chiripa pensaron que tendrían muchos manjares para comer.

En efecto, se acomodaron en un agujero que estaba en la alacena donde guardaban la comida, casi siempre a medio tapar.

Se sintieron tan requetebien atendidos en esa casa, que

tuvieron doscientos mil setecientos hijos, cuatrocientos mil nietos y ochocientos millones de tataranietos.

Había comida para todos, hasta sobraba. Los niños al comer regaban la comida por el piso, las paredes y hasta en el techo. Merendaban en los cuartos, mientras veían televisión. Comían en todas partes hasta en los baños, por lo que, en los rincones más escondidos se podían encontrar caramelos y chupetas a medio empezar.

Se sintieron tan felices los esposos Chiripas que invitaron a todas las chiripas de las casas vecinas, a los ratones y a las ratas, a las ranas y los sapos, a las hormigas y a los bachacos, a compartir toda la comida.

Crecieron y se multiplicaron de tal manera, que la familia que ahí habitaba se vio en la necesidad de huir de su propio hogar, abandonándolo con todas sus pertenencias, minadas de estos señores y señoras.

Al poco tiempo, cuando se agotaron las provisiones, las chiripas y sus amigos decidieron ir en busca de otro hogar, donde no faltaran niños, ni abundante comida regada

MARIGÜENDI Y LA JAULA DORADA

a Ana Wendy Guillén Lázzaro

En un pueblo de altas montañas ocurrió que a una niña, Marigüendi, la despertaba todas las mañanas un pajarito blanco y azul, que desde el marco de la ventana trinaba como una cajita de música.

Estaba muy cerca de mi almohada, pensaba en voz alta.

Apenas la niña entreabría los ojos, el pequeño azulejo, echaba a volar.

Marigüendi no se conformaba con sentir el canto, quería tocarlo, tenerlo todo el día. Quería besarlo, hablarle, contarle lo feliz que era cuando lo sentía, y lo triste que se ponía cuando ya no estaba. Quería decirle que contaba las horas que faltaban para acostarse y para despertar mirándolo. No le bastaba escucharlo, ni mirarlo por tan poco tiempo.

Era sólo una nubecita azul y blanca que de pronto volaba desde la ventana, se quejaba la niña.

Con el dinero que había ido reuniendo para comprarse una bicicleta, la niña compró una hermosa jaula, color oro, con techo de hilos de plata y piso de algodón como las nubes del cielo. Tenía una piscina y dos árboles enanos cargados, uno de guayabas y otro de ciruelas moradas.

Marigüendi se propuso estar despierta toda la noche. Se sentó en la mecedora con un libro de cuentos entre sus manos.

Esta noche no me voy a dormir, no me voy a dormir, no me voy a dormir esta noche... —rezaba desde la mecedora—, y riqui raquí, riqui raquí, la mecedora hacía.

Le pareció que había amanecido más temprano que de costumbre. Como siempre, llegó el azulejo a la ventana. Cuando iba a comenzar a cantar, las patas se le enredaron en el pegamento de almidón que Marigüendi había untado en el marco de la ventana. Rápido, la niña lo atrapó, y con mucha delicadeza lo metió dentro de la jaula, después de darle un furtivo beso en el copete. Cerró asustada la puerta, para que no se fuera como todas las mañanas.

Fue a la cocina y preparó, en la taza de sus muñecas, una mezcla de bizcocho en migas que remojó en leche fresca. Y en el plato le llevó trozos muy pequeños de cambur y mango.

Pero, su amigo nada comía, ni siquiera la miraba, ni cantaba. Todo el tiempo estuvo con el pico entre las patas.

—Te traje aquí porque te quiero mucho, quiero tenerte conmigo siempre, quiero hablarte, jugar contigo; divertirnos juntos.

El azulejo muy triste, casi sin sonidos, comenzó a recitar:

—Niña bonita, ¿por qué quieres hablarme, no te basta escucharme?

Y se quedó como muerto. La niña le pidió perdón, le insistió en que la jaula era muy hermosa. De pronto, el pajarito dio media vuelta y quedó patas arriba. La niña se puso a llorar.

Llamándolo vio que llegaban las luces del alba, estaba aún sentada en la mecedora, con el libro de cuentos en su falda.

¡Qué alegría! No había jaula. Se había quedado dormida con el riqui raqui, riqui raqui, que la mecedora hacía.

ORACIÓN AL GRAN GNOMO DE TODOS LOS GNOMOS

Gran Gnomo de todos los gnomos del universo de los cuentos, te invoco desde mi corazón de niña. Abro mis manos, abro mi cabeza, como las ventanas cada amanecer para que entre el alba con sus primeros rayos de luz.

Necesito aprehender el alma sonora y significativa de las palabras, que ahora son bastones, cayados, circunferencias; formas geométricas indescifrables.

Quiero leer por mí mismo cada una de las historias que me son narradas en las horas inefables de los cuentos.

Ayúdame, Gnomo de todos los gnomos, necesito... aprender a leer.

PRESCRIPCIÓN FACULTATIVA DE HELADOS PARA NIÑAS Y NIÑOS EN EDAD ESCOLAR

Favor leer cuidadosamente estas instrucciones antes de salir de la escuela, especialmente si afuera hay cabinas frías con ruedas.

POSOLOGÍA (Cómo, dónde, cuánto ingerir): Dado su alto contenido

en calcio, se recomiendan dosis interdiarias, teniendo la precaución de cuidar la hora, el tipo de helado y su procedencia.

CONTRAINDICACIONES: Abstenerse los niños y niñas con diabetes mellitus y obesidad severa.

PRECAUCIONES: Tomar lejos de las comidas, por su efecto emulsionante de las vías digestivas. Cepillarse los dientes luego de cada dosis como protección del esmalte dentario. No se deben almacenar en las mochilas que no sean refrigerantes.

EFFECTOS COLATERALES: Falta de apetito, llenura, gases, dolores abdominales, dentera, caries, irritación de las amígdalas (sólo en caso de estar inflamadas ya).

EN CASOS DE UNA SOBREDOSIS: Recorra a su médico de familia. Seguramente indicará un purgante natural de linaza, adecuado al peso y talla.

RECOMENDACIÓN: Antes de ingerir mantener a temperaturas no mayor de 10° C.

HÉCTOR ANDRÉS LÓPEZ

Nació en Barinas, estado Barinas (1961), está radicado en Mérida desde 1981. Poeta y ensayista, Magíster en Literatura Iberoamericana, Lic. en Letras (ULA, 1994). Profesor investigador del Instituto de Investigaciones Literarias «Gonzalo Picón Febres», de la Facultad de Humanidades de la ULA. Es miembro del Grupo de Investigación de Literatura y Cultura brasileña (GILBRA), del mismo Instituto. Con el libro *Peninsulares* ganó el Primer Premio de Poesía de la Asociación de Profesores de la ULA (APULA), 2002. hall1202@latinmail.com

OBRA PUBLICADA: Poesía: *Bajo tu nombre* (Mérida, Consejo de Publicaciones de la ULA / Asociación de Escritores de Mérida, 1993), *Del sagrado Prodigio* (Mérida, Ediciones Solar, 1997), *Peninsulares* (Mérida, Asociación de Profesores de la Universidad de Los Andes, 2002). Ensayo: *La música caribeña en la literatura de la postmodernidad* (Mérida, Asociación de Escritores de Mérida, 1998). Es autor de la selección y traducción del portugués de: *Selección poética de Mario Quintana* (Mérida, Editorial El cobijo, 2006).

HISTORIA DEL COCUYO Y LA NAVIDAD

Hubo un tiempo en que todas las cosas tenían su propia luz. Los hombres y las mujeres, los niños y las niñas podían verla y recordarla.

En ese tiempo los seres no necesitaban palabras para entenderse, pues todos sabían lo que pensaban.

Así fue, hasta que la noche perdió la memoria, quiso quedarse por siempre en el día y olvidó su propia luz perdiendo el camino de regreso.

Durante mucho tiempo reinó la oscuridad sobre el mundo hasta que un sabio recordó para sí, y para los demás, la “historia de la luna”.

La luna plateada hablaba a los animales, le contaba historias a los poetas, se divertía con las travesuras y brincos de los toreros sin espadas. Cuando se cansaba bajaba a cantar con el arroyuelo.

En ese tiempo los pájaros inventaron claves sonoras para contarse la “historia de la luz”.

El telegrafista, que era un pájaro carpintero, informó a todos del secreto que compartían las aves y el sabio.

Entonces, los reyes magos atraparon la luz y se la dieron a guardar al más humilde de los cocuyos, quien la muestra a hombres y mujeres, niños y niñas para que recuerden los días felices de la amistad. Es por eso que en los campos, en las noches de diciembre —sobre todo—, se ven dando vueltas sobre los árboles esas verdosas lucecitas que el sabio

recuperó.

Unos la llaman luz de cocuyo, otros dicen que son luciérnagas, y otros piensan que ellas imitan a los arbolitos de navidad.

En verdad fue de los cocuyos que se tomaron esas lucecitas que se encienden y se apagan en los arbolitos de nuestras casas.

Y así será hasta que todos los animales, las plantas, los hombres y la noche, recuperemos la memoria y la luz.

Entonces, todo el año la alegría decembrina reinará verde y roja como la amistad y la navidad.

PEDRO MALDONADO ROJAS

Nació el 18 de septiembre de 1955, en Valera estado Trujillo, nacionalizado merideño desde muy joven, desde su pasión por el teatro y la literatura. Es Lic. En Educación (ULA, Mérida, 1992) Actor, dramaturgo y director del grupo Comediantes de Mérida. Experiencia laboral: docente en las escuelas “Emilio Maldonado” de Chachopo, “Humberto Tejera de Mérida y “Monseñor Duque” de Ejido. Articulista de opinión en el diario Frontera. Facilitador de talleres de teatro para docentes y grupos comunitarios. Premios: Mención de honor con la obra “Juan Valiente” (Caracas, IPASME, 1987). PREMIO ESPECIAL CON “Don Basurón” (Caracas, IMAU, 1991). Premio Municipal de Teatro como Grupo del Interior (Caracas, Comisión de Cultura, 1993).

Obras Publicadas: *Danzantes de San Benito en Timotes* (1994). *Hora de teatro* (IDAC, SOLAR, Mérida, 2005). *8 de teatro* (CONAC, Mérida, 2005). *De la tierra al teatro* (Mérida, 2006). Libros inéditos: *Azulito y otros cuentos* (Narrativa). *Cuéntame uno* (Narrativa). *50 canto* (poesía). *50 son de Amor* (Poesía). *En otras palabras* (Poesía). *Letras para cantar* (Poesía).

EL BAÑO DEL PARAGUAS

En una tarde de mucho sol, el paraguas sollozaba en un rincón, diciendo que lo habían abandonado, que nadie lo quería. Pero he aquí que comenzó a llover torrencialmente, gruesas gotas de agua cayeron sobre la ciudad haciendo correr a los desprevenidos transeúntes. Esa tarde, el paraguas dejó de llorar y alegre iba por la calle, feliz de sentir la lluvia bañándole todo el cuerpo. Ahora entendía por qué estuvo triste y lloroso, pues aunque usted no lo crea, también los paraguas gustan de bañarse.

LA HORMIGUITA FRANCISCA

Iba la hormiguita Francisca rumbo a su casa, cuando a la vuelta de un árbol de naranjas se consiguió un pedazo de panela. Cantó y bailó de la alegría, pues tendría panela suficiente para el guarapo de la semana. Fue a levantarla pero no pudo. ¡Caramba! ¿Y ahora qué hago? Se preguntó la simpática hormiguita. Empezó a dar vueltas y vueltas alrededor de la apetitosa panela, pensando cómo llevarla a casita. Y no podía perder más tiempo, ya que las negras nubes amenazaban con soltarse en una torrentosa lluvia que le impediría llegar sana y salva a la casa. Entonces buscó unas hojitas del mismo naranjo, tapó su preciado tesoro y corrió a pedir ayuda. Llegó gritando al hormiguero y de inmediato cien hormigas salieron a buscar el pedazo de panela. Francisca, de lo más contenta, iba dirigiendo la caravana. Apenas habían entrado con su dulce carga, cuando las gotas de agua cayeron para refrescar la tierra. Las hormigas y la sabrosa panela se pudieron salvar, y para celebrarlo, bailaron en rueda hasta que sus patitas se cansaron.

¿Adivina qué pasó después? Muy sencillo, la hormiguita Francisca repartió la panela entre todas sus compañeras, agradeciendo la ayuda que le habían dado, aún arriesgando sus propias vidas. A esto se le llama SOLIDARIDAD. Cerremos el cuento y dejemos a Francisca tomando guarapo de panela.

LAS LETRAS HABLAN

Soy barrigona
dijo al **b**
y yo flaquita
habló la **l**,
yo sirvo de escalera
exclamó la **h**
y yo de montaña
cantó la **m**,
conmigo hacen la rueda
dijo la **o**,
la **t** se asomó y
escribió:
Aquí se terminó.

EL ARCO IRIS

El arco iris
es una bandera de colores
que ondea
entre cielo y tierra
y luego se va de paseo.

ADIVINANZA PARA EL LIBRO

Alumbra
aun no siendo lámpara,
enseña
y no es escuela,
aconseja
sin ser padre
y echa cuentos
a toda hora.

Te cuido y te quiero
eres mi mejor amigo,
mar de sabiduría mi libro
siempre estaré contigo.

ELIZABETH MARRERO. Nació en Caracas, Venezuela, 1951. Reside en Mérida desde muy joven donde estudió, graduándose de Licenciada en Relaciones Industriales (Industriólogo), luego realizó el Master en Ciencias Políticas (Politólogo). Trabaja en la elaboración de una serie de manuales de auto aprendizaje para el docente sobre diversos temas tales como: autoestima y autoconcepto, para la superación personal /Gerencia Personal/ Liderazgo/ Liderazgo gerencial de Directores Escolares.

OBRA LITERARIA: *¿Has visto el arco iris?* (Mérida, Edic. Programa de Estudios Abiertos en Desarrollo Social, 1987. Actualmente tiene inéditos: *Mis amigos y los diez mandamientos* (dirigido a niños), *El hombre da la flor de durazno* (dirigido a niños) *Poco a poco somos otros* (dirigido a docentes, para trabajar con desechos en el aula escolar; proposiciones didácticas); *Programando el año escolar con desechos* (dirigido a docentes y niños para elaborar trabajos manuales, artísticos y creativos en la escuela), *La Ciudad como proyecto educativo a través de la mirada* (dirigido a docentes y niños para reflexionar sobre la ciudad desde la observación, y sensibilizar al niño con su entorno vivencial).

HAS VISTO EL ARCO IRIS

Yo soy Gonzalo... Una persona con un caudal de ilusiones.

Un día me interné en las montañas dispuesto a soñar, para hacer la tarea que la maestra nos encomendó sobre: ¿Qué veo cuando aparece el Arco Iris?

Y me dije: Voy a encontrar el Arco Iris, en movimiento y acción.

Danzaré por el bosque, atraparé mi sueño y luego lo lanzaré al cielo.

Y aceleré mi andar y, saltando de piedra en piedra... me pregunté: ¿Y si yo soplo este árbol, podré componer el Arco Iris con hojas de

diferentes colores?

Recogí muchas hojas, les di forma de Arco Iris, y con desilusión comprobé que esas hojas no cubrían toda la gradación que el Arco Iris requiere.

Desilusionado y dolido, soplé muy fuerte sobre ellas y las lancé muy lejos.

Luego me senté a meditar, y el sol dejaba pasar sus rayos a través de la cresta copiosa de los árboles y me hizo compañía.

Me debatía pensando sobre qué podría el azar brindarme, y los duendes del bosque, en un mágico hacer, me brindaron un caudal de mariposas de diferentes colores.

Las ví asombrado y complacido, y como ruiseñor que deja el nido para aprender a volar, me dije: “Las atraparé y color por color las lanzaré hacia el cielo, y veremos si así puedo formar el Arco Iris.”

Atrapé las mariposas y las miré, ya consolado, diciéndoles muy bajo: “No teman, no pretendo hacerles daño, lo que pasa es que tengo que hacer, para la escuela, una tarea sobre el Arco Iris. Pero yo quise escribir un sueño y por eso vine al bosque para construir el Arco Iris soñado con mi vida... con movimiento, hecho con las hojas... y lo intenté, pero falló el colorcito.”

Sorprendido observé que todas las mariposas me estaban escuchando, mientras rasgaban el aire con suaves aleteos...

Como salido de la nada, escuché un sonido casi inaudible. Y una vocecita me dijo: “No temas, te ayudaremos, haremos una acción de cooperación, te ayudaremos para que lo que tú escribas tenga contenido. Saldremos, para componer el Arco Iris en el Cooperativismo.”

Sorprendido, comprendí que en la naturaleza existen muchas cosas que le dan sentido a la vida, como este hecho de escuchar la voz de una mariposa a través de un hermoso sonido.

La mariposa de color rosa me dijo: “Querido amigo, queremos llegar a ti para abrir las puertas de tus conocimientos y explicarte el importante mundo del Cooperativismo. Y esperamos que tu interés y entusiasmo sean tan grandes que puedas transmitirlos a todos tus amigos.”

Yo le contesté: ¡Claro, claro, eso me suena muy lindo!

La mariposa me miró, y suavemente me dijo: “Antes, líbranos de esta prisión, porque la cooperación se basa en la comunión, en la fe y en la confianza. Así que no temas, no nos iremos.”

Apenado levanté la malla, y les dije solamente: “Lo siento.”

Me senté entonces en el suelo, y en un solo instante me encontré rodeado, y muy suavemente tocado, por puntos de brillantes colores que me hacían sentir feliz.

La mariposa rosa se posó en mi mano y pidió a las otras que guardasen silencio. Luego comenzó a explicarme: “En el Cooperativismo el Arco Iris es la Bandera. El Arco Iris simboliza el carácter Universal del Cooperativismo, y su sentido Pluralista”.

¿Pluralista? —pregunté: ¿Universal?

La mariposa rosa movió sus alas, como si su aletear fuese una sonrisa. Y me dijo:

“Es pluralista porque todos los hombres y todas las mujeres pueden ser cooperativistas: Todos los hombres y todas las mujeres de todas las religiones... de diferentes ideas políticas y de diferentes razas, pueden ser cooperativistas”.

“Es universal porque todos unen sus ideas y amparan sus ideales en la bandera de la cooperación, como símbolo que expresa: que el cooperativismo es trabajar para lograr el Bienestar General.”

¡Caramba! ¡Caramba!... Ahora sí que he aprendido algo bien interesante. Pero... ¿Cómo podríamos aplicar el Cooperativismo en la Escuela?

Y todas las mariposas, en un gesto de aprobación, movieron sus alas a mi alrededor.

De nuevo tomó la palabra la mariposa rosa y me dijo: “Eso es muy

fácil: a través de una Cooperativa Escolar”.

Pero, ¿qué es una Cooperativa Escolar? —pregunté confundido... Espera y te explico: Las Cooperativas son asociaciones voluntarias y libres, organizadas por personas que tienen necesidades comunes, y se unen para satisfacerlas a través de la ayuda mutua.

Y le pregunté a la hermosa mariposa: ¿Cuál es la función de las cooperativas? Y ella dijo: PRESTA SERVICIO sin fines de lucro a sus asociados y a la comunidad.

En tu escuela puede existir una cooperativa, que por existir allí y estar constituida por los niños, los maestros y los padres, se denominará: “COOPERATIVA ESCOLAR”.

Emocionado y feliz les dije a las mariposas: “Esto sí es estar viviendo un sueño, una posibilidad para la vida. Porque todos los niños de mi escuela conocerán de todo esto.

Y yo haré que me escuchen, para que pronto tengamos una cooperativa en nuestra escuela”.

Emocionadas todas las mariposas revolotearon de nuevo.

La mariposa rosa se posó en uno de mis dedos y me dijo:

Con una cooperativa en tu escuela aprenderás muchas cosas:

A ser responsable.

A conocer los deberes y derechos de la democracia.

A compartir responsabilidades con otros.

A ser solidario y fraternal.

A no estar alejado de los problemas que afectan a la humanidad.

A participar con otros en igualdad de condiciones.

A valer por lo que eres y no por lo que tienes.

A prepararte para desarrollar tu espíritu de servicio.

A vender a precio justo.

A administrar bienes grupales.

A desarrollar tu honestidad.

A aprender a ser un buen ciudadano, y

A prepararte para ser un “Un hombre completo”, con nobles ideales.

¡Qué belleza!, mi asombro es inagotable. ¿Pero, para ser un buen

cooperativista no existirá alguna fórmula mágica? ¡Claro, claro!... existe una “regla de oro”.

¡Sí! ¿Y cuál es?

Te pido amiguito, que cierres muy fuerte los ojos hasta que yo te diga.

Cerré los ojos, y la mariposa amiga dijo: “Ya puedes abrir lo ojos”. ¡Guao, qué sorpresa! La regla de oro es “Educación Cooperativa”.

Sí... dijeron todas las mariposas.

Y la mariposa rosa, con sonido cantarino, dijo sin vacilar: “Sin educación no hay cooperación”.

Bueno, bueno... ya me tengo que marchar.

Gracias por la enseñanza, es el mejor de mis sueños... Gracias al azar que las puso en mi camino. Muchas gracias de nuevo.

“Hasta pronto, todas te queremos”.

Se marcharon las mariposas, formando un Arco Iris, y yo las despedí en silencio.

GIPSY MOLINA
gipsec@yahoo.com

Nació en Mérida en 1959. Cursó estudios de Medicina (Médico Cirujano 1983) y Psiquiatría en la Universidad de los Andes (1988), y se especializó en Psiquiatría Infanto-Juvenil en la Universidad Central de Venezuela (1991). Obtuvo el título de Doctora en Ciencias Medicas en la Universidad del Zulia (2001). Actualmente es Profesora de la Universidad de los Andes y Médico Psiquiatra en la Unidad Docente Asistencial de Psiquiatría del Hospital Universitario de los Andes, Sección de Salud mental del niño, el adolescente y la familia. En su formación ha predominado el conocimiento integral de las corrientes psicológicas, humanísticas y la labor de prevención de problemas que afectan a los niños, tanto en el medio escolar como el familiar. Trabajó en la Unidad de Capacitación y Asesoría Zonal de Educación Especial del estado Mérida y realizó talleres de Literatura infantil.

OBRA LITERARIA: Tiene inéditos dos libros para jóvenes lectores: *Cuestión de Pecas*, y *El caballo de Reyes Zumeta*. El primero, fue publicado en la Revista *El Solar de los niños* (Mérida, Ediciones Solar, Año I No. 1, 1997).

Cuestión de Pecas

—¿...?

—¡Heme aquí sin saber qué hacer!

Tengo que andar y ya no me provoca.

—¿...?

—¿Que quién soy, y ¿qué voy a hacer?

—Pues, ¿que no me ves?

Soy pequeño como mis pecas, mi cuerpo es como un acordeón, y mi color a veces tan indiscreto, como los lirios en el jardín.

—¡Aaaaaaaah!, pero el problema es... lo que voy a hacer. En el mundo se tiene que saber lo que se quiere hacer, y todo depende del mundo, claro está. Mundo puede ser mi casa...¿quieres conocerla?

Mírala, está hecha de tierra, no hubo que escarbar muy adentro, puesto que la tierra siempre está donde se quiere, y ella siempre quiere ser nido y abrigo a la vez; ¡que fortuna es tenerla por doquier!

—De tierra está hecho mi piso, mis paredes y mi techo, y dos grandes ventanas tiene mi casa, una al frente y otra atrás, para que el sol pueda entrar y salir cada vez que a él le apetezca.

Pero sabiendo que él es naturaleza, quise que pusieran otras dos ventanas tan grandes como las dos primeras, así él entra cuando y como quiere.

Mi casa la mandé a pintar con los colores del arco iris, pero me dijeron que el arco iris es de esas cosas maravillosas que no se fijan ni envejecen. Al contrario siempre viaja y es eterno, y aún estará aquí cuando nosotros nos hayamos ido.

Así que tuve que conformarme con pintarla con los colores que daban cientos de flores, muy juntas unas de otras a las paredes de mi casa, —que por cierto construyo— un corazón lleno de fe y esperanzas.

—Entonces, como podrás ver, el mundo que me reta no es mi casa. Fíjate, ¿ves esta inmensa bola más grande que yo?, ella despidе todos los colores para verse tan intensa y tan profunda. Alguien le dejo caer

dos ondas de amarillo y rojo, para que abrazaran su cuerpo, negro, brillante y redondo.

¡Es un Astro!, un astro que resbaló del universo, vino a decirnos que además de tierra y cielo, sol y luna, mar y estrellas, existe un universo infinito, y si ese fuera mi mundo me sobrecogería y no podría seguir viviendo.

—Como ves, se es chiquito o grande, siempre que uno se compara. Yo soy chiquito comparado con el astro, es decir, tu metra. Y soy grande comparado con mis pecas.

—¿...?

—¿Que no las ves?

Si me metiera en la luz no podrías distinguirme, y si me metiera entre los granos que cocina tu mamá, enseguida me verían y me aplastarían por mi osadía. YO NO QUIERO SER EL CARACOL, extraordinariamente pecoso, que acaba, tantos días recorridos, bajo el peso de alguno de los tuyos.

¡YO QUIERO SER GRANDE!...

-¿...?, ¿...?

-¿Cómo dices? ¿Que comparado con qué...?

¡Ay mi Dios, Cristo de mi vida, pues no sé!

Yo quiero ser luz que se apague solita, después que brille bastante.

Yo quiero ver muchos mundos, y conocer muchas miradas.

Yo quiero entrar por muchas ventanas del alma y abrazarme en comunión contigo, conmigo, con todos y con todo.

Yo quiero ser grande conmigo mismo, quiero seguir creciendo de vida,

y finalmente lo que quiero y voy a hacer es...

Salir corriendo de aquí...

Nos veremos ya viejitos

y apagándonos solitos.

ARTURO MORA-MORALES

Nació en Tovar (Mérida, 1955). Narrador, poeta, comunicador social, ensayista, articulista, fotógrafo, y promotor cultural de amplia trayectoria profesional en Comunicación Social. Desde 1972 ha colaborado con distintas publicaciones periodísticas como Ecos del Sur del Lago, La Nación, El Vigilante, Esfuerzo y Tribuna Popular. Fundador codirector de la Revista Alborada, de El Vigía. De 1992 hasta 2004 fue miembro del Consejo Editor de la *Revista Solar*, Jefe de Redacción del tabloide *Quórum con el arte y la cultura*, y Director de la Revista *Casa de la Fragua*. Colaborador de importantes diarios y revistas de Venezuela y el exterior. Asumió de 2002-2007, la Presidencia de la Asociación de Escritores de Mérida.

OBRA PUBLICADA: en poesía: *Marzo* (Gobernación de Mérida, 1985) y *Ladera interior* (Biblioteca José Vicente Nucete, Mérida, 1995). En narrativa: *Los espejos divergentes* (Solar, Mérida, 1997), *Baladas del Agua* (Asociación de Escritores de Mérida/ CONAC, 2003) y *Cortejos de la tarde* (Asociación de Escritores de Mérida/ CONAC, 2003). *Sebastián* (Mérida, CONAC/FUNDALEA, 2006)

AQUEL AROMA DE ROSAS

(De *Los espejos divergentes*)

Desde hace dos años vas a la escuela y llevas pantalones cortos, sostenidos con tirantes. Todavía recuerdas el lejano día de la primera clase. Aquellas miradas de extraña curiosidad. El incomprensible aire de confianza que en los primeros minutos estableció la Señorita con alguna niña. La ruidosa concurrencia en el enorme patio central, donde los más crecidos estrenan sus brutales y apasionados juegos. El timbre: punto final de las risas al reinicio de la jornada y de la sobriedad. Desde hace dos años vas a la escuela y todavía a tu corazón lo atropella su mirada; cuando la posa sobre ti, sin verte. Cuando sus labios se abren para liberar la risa o la palabra. Es esbelta. Lleva, como siempre, un vestido de dos piezas, entallado. Falda a media pierna y blusa que desnuda sus brazos desde las colinas del hombro.

Su hablar fluido tiene un matiz, una inflexión especial. Suele llevar libros de cuentos sobre bosques encantados, aves fabulosas transformadas en riscos, conejos astutos y ‘tigres engañados. Al salero de estas lecturas, esas vidas se asoman a otros mundos. Algunas veces su firmeza es un escudo. La ternura le aflora como un aura y sus aprobaciones son emblemas que a todos estimula.

La temporada de clases es una época de variados acontecimientos: creces muy rápido, aprendes cosas que a veces no entiendes, y todo sería perfecto si no fuera por esos sábados y domingos que continuamente atravesados, cortan tu avidez. Días duros y vacíos. De estancias cortas en el cine o en la iglesia. Pero no tan atroces, inopinados e insufribles como los días del verano. Con el viento elevando sueños mientras el cielo se viste de papagayos. La visión de los recuerdos es desvaída. Y agosto y septiembre bastan para que la nostalgia se haga atronadora. El diciembre, entre nacimientos, estrenos y vísperas de Reyes, es menos duro y el recuerdo por tanto hiere menos. Llegarán otra vez los claros días de la escuela. Con su especial luz filtrándose por los biombos y los chicos saltando estridentes en los recreos.

Ni por asomo la has visto. Ya tus aventuras de hombre de 8 años te han llevado lejos. Cruzaste aquella vez la frontera del permiso paterno

para pasar frente a su casa, alta y misteriosa como ella. Reparas en su hermano, de blancas ropas y balón de basket bajo el brazo. A su hermana, escuchando a la amiga en el quicio de la puerta. Mientras ella, afantasmada y perdida, parece robada de tu universo.

¡Cuán cambiante es el aire de estos días! En verano es uniforme su soltura. Pero en esta primera semana de enero es ingrátido. Las horas, las tardes, próximas al regreso, son muy largas. De pronto, el tiempo parece recortarse. Es 6 de Reyes. Habrás visto la mancha del ocaso tras los cerros y dormirás temprano para que tus sueños mimeticen las largas horas de la noche.

Y allí estás de camisa blanca y corto pantalón de kaki, como siempre. Otros chicos tan ansiosos como tú han llegado. Mas eso no te importa. Sólo aquel aroma de rosas que ella dejará al pasar. El sol del alba está sobre el tejado y la fila se forma entonces. Puedes imaginarla allí en la grada del patio, detenida ante todos, saludando. Repitiendo sus nombres, preguntando algún detalle sobre esos viajes de Diciembre.

Quieres impresionarla: dentro de tu bulto, traes una historia fantástica, onírica, de un viaje. La escribiste para ella. Se la entregarás tan pronto te pida contar tus recuerdos de navidad. Sabrá así que la navidad tiene por tu palabra otro aroma.

No vino tan temprano. A tus compañeros y a ti les han pedido entrar y callar dentro del aula. Sólo escuchas, allá en otros salones, voces de otras maestras saludando a sus alumnos. Al tuyo lo aturde el silencio, por sus cuatro paredes. Media mañana de espera, con la cabeza recostada sobre tu pupitre. Y el pasmo de tu sangre, aterida de frío. Después, todos han sido llamados al patio. No hay risas, sólo silencio entre las filas. Alguien dijo: “La Nena vino para despedirse”, y lo has comprendido. Será la última vez. No la verás en otro tiempo. No volverá. No dicen por qué. No lo preguntarás. Alguna chica deja salir una lágrima. Tú no. Tú no sabes llorar. Sólo ahondas la esperanza de entregarle tu historia. Pero no la pedirá.

Allí entre tu bulto, dentro de algún cuaderno se quedará para siempre, guardada como quedarán las lágrimas en tu corazón. Tus lágrimas de hombre a los 8 años.

EL COLIBRÍ SOBRE EL FLAMBOYÁN

(De *Los espejos divergentes*)

El pequeño vio el colibrí sobre las cayenas, ingrávido, mientras libaba el néctar; primero de una flor; después, de otra... Lo vio advertir su presencia y elevarse ovillado y raudo hasta las ramas centrales del apamate.

La grisapa de los alcaravanes ya la había delatado. Restó importancia al enjambre de alas que levantó vuelo hacia el bosque de pomagasas y siguió camino arriba, hacia la galería verde que al final del cercado, presidía el árbol escarlata, florecido y solo.

Poco antes, a prudente distancia de la pérgola, probó su puntería contra las columnas. Fabuló un punto en el fuste; colocó un guijarro en el jirón de cuero, sujetó la horqueta con firmeza, tensó las tiras elásticas y soltó el pedrusco. La pedrada dio rigurosa en el blanco.

En el pequeño carriel separaba, dentro de estrechas bolsas de tela, los proyectiles: mendrugos de pan ácimo para matar la recurrencia del hambre, los guijarros pacientemente seleccionados en el río y los cantos rodados, tan chicos y esféricos, como sus canicas de vidrio.

Arriba, en los ramajes arracimados de grandes flores rojas, volvió a verlo, inmóvil, como un dardo incrustado en las corolas. Tomó su mejor ángulo. Contra el cielo, la amplia copa, el azafrán de las flores del flamboyán y el minúsculo estilete verdiazul. Cargó la china. Tensó las tiras. En el pedazo de cuero, muy sujeto por el pulgar el índice derecho, sintió el aristado pedernal; aguzó el ojo por sobre los cuernos de la madera y soltó el proyectil. El guijarro describió ascendente una línea. Se volatilizó en el aire y dio en el blanco. Como una hoja de hierba, como un junquillo impulsado al descenso por la brisa, cayó el colibrí, de costado sobre el pajal.

Lo vio venir. Tan minúsculo era que pudo confundirlo con el abatido verde cáliz de una flor. Se acercó hasta él, lo tomó curioso y sintió el lento apagón de su corazón veloz. La cabeza de largo pico estaba desmadejada hacia el costado izquierdo. En sus ojillos el castaño se volvió gris. Sintió la tersura de su menudo pecho y

el cálido hilo rojo que, bajo el ala derecha, baldonaba su plumaje. Escrutó el desgarramiento de sus extremidades y sólo entonces percibió su muerte.

Cuando decidió la suerte del pajarillo, éste, inmovilizado en la alta copa, ofrecía un blanco diminuto pero fácil. ¿Vio con aquellos ojos grises el mineral vuelo del pedernal? ¿Alcanzó a libar las tres últimas flores? No pudo imaginarlo entonces. Sólo supo que algo indefinido se removió dentro de sí, pues sintió la extraña calma de los vientos y un ardor intenso que prontamente vino del suelo, recorriéndole el cuerpo. Una helada terral que como un zarpazo artero se frenó en su garganta y empañó desde la ventana de sus ojos las formas coloridas del flamboyán, de las lejanas pomagasas y seguidamente hirvió en la piel de sus mejillas.

Vio al fondo la ciudad. Su paisaje verde, teñido de escarlata en los jardines; los almendrones extendidos por las veredas; la blanca manada de nubes pastando en la sabana azul de los cerros. Prefiguró la soledad, el hambre y el frío consternando la orfandad de algún nido, y lo petrificó la convicción de haber alcanzado irracionalmente, con ese artero y sólo golpe, a otras vidas más pequeñas.

Arriba, contra el cielo, inalterable, la copa encendida. Tirados sobre el césped quedaron la china y los guijarros.

NAVEGANDO BAJO LA LLUVIA

(Tomado de *Baladas del agua*)

El tiempo había cambiado. El río ilusorio creció de súbito y todo sobre él era un caos de destrozos bailoteando del centro a las orillas, sin aparente destino. Aquí, flotando aún, la plástica carrocería de un auto al garete, allá: unas sillas volcadas, suspendidas sobre la corriente, un poco lejos: la figura inerte de una Barbie, dejándose llevar como si nada por el raudal.

Estaba a la espera de aquel diluvio. No lo sorprendían los cambios del tiempo. Igual que Daniel, distinguía por el sino del cielo los

simples amagos de los temporales ciertos. Era agosto, pero los días conservaban las apariencias de mayo. Las tardes podían alternar cielos con sol veranero e inviernos duros como éste.

Atraído por el tono ocre de las aguas, fue hacia ellas. Nunca había visto un estallido de la corriente sobre un meandro ni el tropel de los ruidos sobre el cauce. Sus pensamientos tomaron los irrenunciables avatares de la corriente. Una goleta aguardaba en la orilla. La abordaría sólo para sentirla flotar, para medir su resistencia. El aguacero dejaba ver por el Norte nubes muy oscuras. Estaba construida de una pieza y tan liviana que se dejaba llevar con una sola mano. No esperó más. Zarpó vadeando el torrente. Al salir pudo ver, distanciada de la orilla, la casa blanca: su casa, de techos almagrados, erguida frente al jardín; parecida a un hongo con cerro y robles por el fondo. Adentro estaría la madre de Daniel, abstraída con sus habituales tareas.

El primer recodo, de curso descendente, lo obligó a prender con fuerzas adicionales la amurada de estribor para no rodar por la borda. El siguiente giro llevó la embarcación hacia un acantilado cuyo caudal, reforzado por el derrotero de otras aguas, creció súbitamente. Esta vez se preparó con anticipación para la maniobra y agradeció a Dios un brusco giro de la brisa que lo desvió del curso abismal que aquella parte del río tomaba hacia el salto.

Un nuevo aspecto, no previsto, comenzaba a preocuparle. La fuerza de la lluvia era de tal reciedumbre, que en breves instantes el nivel del agua, adentro, aumentó. Tenía por delante dos trabajos: mantenerse a flote sobre la línea de navegación, achicando a cada tanto la lluvia, y orientarse con el cuidado exigido por el viento. Descuidar ambas labores era amenaza clara de zozobra. Sin pérdida de tiempo tomó con la derecha el control de su embarcación, y con la izquierda el balde para comenzar a reducir la nueva amenaza. Lo hizo no sin anticipar tras la cortina nebulosa de la lluvia un nuevo giro de los acontecimientos. A pocos metros, frente a sí, se levantaba desafiante un peñasco más alto que el barco y debía evadirlo prontamente. Hizo un giro hacia la izquierda y la embarcación obedeció la orden sin demoras. A escasos centímetros quedaría aquella enorme roca que fácilmente pudo destrozar el frágil casco de desteñidas líneas azules.

Vio las nubes y el paso veloz de las aves. En el caudal, no tan lejos, advirtió nadando contra la corriente y en dirección suya, la aleta dorsal de un gran pez. Era un pez enorme, mucho más grande que su nave y lo pasmó el temor de ser el bocadillo de un gigantesco tiburón o de una de aquellas orcas que de cuando en cuando, en invierno, subían remontando estas corrientes para calmar la sed insaciada en remotos mares diluviales. Desarboló la vela y se dejó llevar por la inercia de la gravedad. Quizá podría pasar por un lado de aquella bestia marina sin llamar su atención. El río ayudó su maniobra. Remó hacia la orilla y desde allí observó el lento ascenso del gran pez, corriente arriba. Contuvo la respiración por unos instantes. ¿Sería capaz aquel animal con fauces afiladas como dagas, de arremeter contra su casa y tragarla con todo aquel arsenal de sus batallas cotidianas? Probablemente no. Al menos, no tenía noticias de algo así. De modo tal que desestimó la idea y se entregó a su labor de navegación una vez más.

Adelante el río serenaba sus ímpetus. Su corriente, abierta y serena parecía reducida a menores niveles. Ningún reducto de la violencia de aquellos primeros instantes de navegación. La lluvia seguía aumentando, pero la preocupación por las maniobras —de cara al horizonte del río— habían quedado atrás. Continuaría con el trabajo de extraer el agua, y navegar dejándose llevar por la corriente. El trabajo de eliminar el riesgo de hundimiento, parecía interminable. Extraía el líquido y con cada baldeo, el agua parecía crecer adentro. La lluvia no paraba. Estaba cansado. No entendía por qué había decidido salir solo. Otro de sus camaradas, el soldadito de camuflaje verde oliva, pudo acompañarlo en aquella aventura. De habérselo pedido no se hubiera negado. Ambos hubieran disfrutado mucho aquel vuelo de codornices escapando del aguacero, o el lento viaje del gigante cetáceo corriente arriba. Pero ya no había remedio. Allí estaba él, ausentado en la tarea de achicar el agua bajo ese cielo anegado de ceniza y lluvia. Allí estaba él, sereno en su traje de marine, con su cuerpo y su corazón de poliuretano made in China, impertérrito, ignorando por enésima vez el llamado a regresar de la madre de su compañero de juegos.

CONCHITA OSÍO DE BELLO, nació en Altagracia de Orituco, estado Guárico en 1915 y murió en Caracas el 20 de diciembre de 1998. Fue maestra de preescolar, desempeñó cargos docentes y directivos en varias escuelas. Fue confundadora del Instituto Rafael Rangel de Caracas, miembro del Banco del libro y colaboradora en diversas publicaciones tanto a nivel nacional como internacional.

OBRA LITERARIA: *Fibra pura* (Altagracia de Orituco, s.e, 1967), *Espiga y lumbre* (Mérida, El Parnasillo, 1980), *Geografía infantil* (Caracas, Carlos M Rugeles e hijos, 1976), *Juan del Llano* (Caracas, Tip. Rugelco, 1970), *Iluminada* (Caracas, s.e, 1974), *Los loritos* (Madrid, Ed. Mediterráneo, 1973), *Minifotos* (Barcelona España, Medinacelli, 1972), *Mis manos juegan con los niños* (Caracas, Cantv, 1979; 2da ed. Mérida, Gobernación del Estado / Instituto de Investigaciones Literaria ULA, 1989), *Con momentos de luz* (Barcelona España, carabela, 1967), *Multiamor* (Caracas, Tip. Selecta, 1969), *Ronda Escolar* (2da. Ed. Caracas, Escuela Técnica Industrial Salesiana, 1970), *Luisito escribe* (San Juan de Los Morros, Los Llanos, 1982), *Simón Simoncito* (Caracas, Contemporánea, 1983).

LOS DISFRAZADITOS

(De *Mis manos juegan con los niños*)

Pulgar: enano, enanito, enanín...

Medio: gigante... gigantón...

Bajo hasta el enanito
sabor de corazón.

Anular: títere titerillo
soy un brinquillo
y calzo un anillo.

Meñique: payasito, sito... sito
topo... topo... Niño Bonito...

Índice: niño bonito
ligero y porfiado
¡yo mismo quiero
mirarme pintado!

LA CANCIÓN DEL KÍNDER

La canción de las letricas
es la que voy a cantar
para que duerman mis niños,
y sea dulce su soñar.

Duerme, muchachito, duerme,
aaa a á aá...
duerme muchachito duerme,
duerme pensando en mamá.

Duerme hijito, hijito duerme...
Duerme pensando en el bien...
duerme muchachito bueno

e e e ee eé.

Duerme muchachita linda
sin llorar y sin reír,
calladita duerme duerme,
i i i íí íí...

Duerme muchachito duerme
con esta canción de amor
la canción de las vocales
o o o oó oó.

Duerman todos los niñitos;
duerme tú y tú... y tú...
al amor de la maestra
uuu uúuú.

CANTA MAMÁ PATA

Duerme, patico
todo amarillo
con tu hermanito
de pluma oscura
y tu hermanita
de negras alas
y cuerpo blanco
que alegre salta
por el barranco...
Duerman paticos
duerman los tres...
cuá, cuá, primero,
¡cuac, cuac! después.

BODA EN HORMIGUERO

A un hormiguito gigante
que llamaban Hormigón
llegó una mínima hormiga
y le dio su corazón.
Gritó una hormiga normal
y el hormiguero acudió:
¡LA HORMIGUITA MÁS CHIQUITA
SE CASA CON HORMIGÓN!!!

Hiciéronle la morada
de un capullo de algodón
y le regaron el piso
con espiguitas de arroz.

MI MANO

Abro, cierro, formo puño
y cinco Juanes acuño.

1-Pulgar:

Yo dos falanges poseo,
a mí me llaman Juan Feo.

2-Índice:

Indico y hurgo casimba
a mi me llaman Juan Bimba.

3-Medio:

Estoy entre dos y dos:

Juancito Medio soy yo.

4-Anular:

Amor en mí se fija
yo me llamo Juan Sortija.

5-Meñique:

Primoroso y chiquilín
a mí me llaman Juanín.

AREPITAS

A Arepita...pita ...pan,
qué sabroso queda el pan.

E Arepita... pita.. pen,
yo lo entiendo limpio y bien.

I Arepita.. pita.. pin,
con manitas de jazmín.

O Arepita.. pita.. pon,
arepitas con jamón.

U Arepita.. pita.. pun,
rellenitas con atún.

EL PAJARITO

- ¿Qué tiene ahí?
- Un pajarito...
- ¿Qué come? ...
- Pan y piquito...
- ¿Qué bebe?...

- agua soladita...
- ¿Tiene ojos para ver?
- Sí, sí tiene.
- ¿Tiene orejas para escuchar?
- Sí, sí tiene.
- ¿Tiene boca para comer?
- Tiene piquito para picar!
- ¿Tiene patitas para caminar?
- ¡Sí si tiene!!!
- ¿Tiene naricita para respirar y oler?
- Sí, sí tiene.
- ¿Tiene alas para volar?
- Sí tiene!...
- ¡Échalo a volar!

ZAIRA PÁEZ DE ANDRADE

Nació en Valencia (Venezuela) en 1920. Profesora graduada del Pedagógico en Química y Biología. Dio clases en Caracas en el Liceo Andrés Bello. Doctora en Medicina. Pediatra. Fundadora de la Escuela de Trabajo Social de la Universidad Central de Venezuela. Fundadora de la Consulta de recuperación Nutricional del Hospital de Niños J.M. de los Ríos de Caracas. Va creciendo con el siglo que le toque vivir, por eso hoy en día, a los 86 años, maneja su automóvil e Internet. Tiene seis hijos, nietos y biznietos.

Ha publicado con Ediciones Parayma, para niños: *La Ratoncita Peluquera* (1986); *Cuentos de la Nona* (2000). Para adultos: *Poemas de Amor* (2003) y *Esoterías* (2006). Tiene en preparación una recopilación de cartas: *Epistolario*.

LA MONTAÑA DE LOS PÁJAROS (De *Cuentos de la Nona*)

Había una vez un señor que vivía en la Puerta de Caracas, a la entrada del Ávila, esa montaña verde y alta que amamos tanto.

El señor tenía fuentes de agua, platos con alpiste y frutas y migas de pan. Todas las mañanas los pájaros lo despertaban con sus cantos y sus trinos; él decía que los pájaros eran sus amigos, que se posaban en sus hombros, que comían de su mano.

Yo no creí que eso fuese verdad. Un día, me acerqué hasta allá con mi hermanita. Escondidos detrás de un árbol oímos cuando él silbaba llamando a los pájaros; vimos como ellos acudían confiadamente a comer; al acercarnos suavemente para no asustar a los pájaros, él nos vio y nos llamó. Desde ese momento nos hicimos amigos.

Por las tardes nos contaba historias de la montaña, de sus flores, de sus árboles; especialmente nos hablaba de los pájaros, de sus plumajes, de sus costumbres, de las variadas formas de sus nidos.

—¿Saben? —nos dijo—, desde que estaba pequeño, como ustedes, tenía en la cabeza una idea fija. Cuando crecí, la idea creció también, tanto, que casi no cabía dentro de mí, tenía que realizarla. Fue así como resolví ir de casa en casa por toda la ciudad. Tocaba a las puertas y decía:

—Señora, perdone, un niño necesita un pájaro. ¿Me regala uno? Muchas veces logré, mi propósito, otras tantas me dieron con la puerta en las narices. Poco a poco comencé, a reunir pájaros de todas; las clases; pero no era suficiente.

—Entonces ¿qué hizo?— dijo mi hermanita.

—Entonces escribí miles de papeles que decían así:

“Te invito a celebrar el día de los pájaros. Sólo tienes que ser un niño y traer un pájaro vivo dentro de una jaula, a la Puerta de Caracas, a la entrada del Ávila; el Primero de Mayo en la mañana”. Los repartí a las puertas de los colegios, en las escuelas, los autobuses y el Metro, también en las playas, en las iglesias, en los barrios, en las urbanizaciones, en la calle... Y ocurrió el milagro: el primero de Mayo las calles de La Pastora se llenaron de niños que subían hacia El Ávila.

—¿No acudieron niños que no llevaban nada en las manos? — pregunté.

—¡Claro!

Pero como yo tenía tantos pájaros enjaulados les dije: Ven tú, moreno, para ti un arrendajo, a ti, pequeña de trenzas negras, te doy un tucusito. A ti, sí, tú, el de cabellos rojos, te entrego este moriche. A ustedes, los morochos, el canario, el jilguero y el pájaro campana. Hagan una fila —les dije—, hay jaulas para todos y en cada una un pájaro que espera: cardenales, pájaros carpinteros, tucusitos, calandrias, palomas torcazas, gorriones y cucaracheros, cristofué, golondrinas, periquitos... turpiales... canarios... moriches...

—¡Niños! ¡Por aquí! Agarren sus jaulas y esperen a que se dé la partida.

—Y los nombres —dije yo—. ¿Cómo sabían los nombres?

—Cada jaula tenía un pájaro con su nombre en letras mayúsculas.

—¿Y entonces?

—Caminamos juntos, subimos al Ávila. La mañana soleada, el aire frío, transparente, oloroso a montaña, a flores, a hierba. Cada niño llevaba su jaula en la mano.

Llegamos arriba. Formamos varios círculos, unos alrededor de los otros, con los niños más pequeños en el centro. Pusimos las jaulas sobre la tierra, frente a cada uno de nosotros. Yo grité:

¡AHORA!

Todos, rápidamente, abrimos las puertas de las jaulas. Algunos pájaros titubearon, otros volaron instantáneamente.

De pronto, un revolotear de alas sobre nuestras cabezas, arcoiris de plumas, confusión de colores, de risas infantiles. En ese momento les dije en voz muy alta para que todos oyeran:

¡ESA ES LA LIBERTAD!

—¡Ah! —dijo mi hermanita—, entonces la libertad es poder volar si uno quiere. ¿Verdad?

Yo quería saber qué había pasado con todas las jaulas vacías. El señor nos llevó al lugar donde estaban enterradas todas, unas al lado de las otras. Era como un cementerio de vida.

Mi hermanita y yo leímos los carteles: Moriche... Turpial... Arrendajo... Cristofué... Canario... Pico e' Plata...

En el cielo, plumas de distintos colores anunciaban la llegada de los pájaros.

RAMÓN PALOMARES

Nació en Escuque, Trujillo (1935), poeta venezolano, profesor jubilado de la Escuela de Letras de la ULA, Mérida. Contribuyó a la formación del grupo *Sardio* y la revista homónima (1958-1961), conjuntamente con Adriano González, Salvador Garmendia, Guillermo Sucre y Francisco Pérez Perdomo, entre otros; quienes luego formarían *El techo de la ballena*. Ha colaborado también en *El Farol*, *Papel literario*, *Poesía de Venezuela* y *Revista Nacional de Cultura*. En 1965 recibió el Premio Municipal de Poesía (del Distrito Municipal) por su libro *Paisano*, y en 1975 el Premio Nacional de Literatura.

OBRA LITERARIA: se inicia con *El Reino* (1958), luego, *El ahogado* (1964), *Honras fúnebres* (1965), *Paisano* (1965), *Santiago de León de Caracas* (1967), *El vientequito suave del amanecer con los primeros aromas* (1969), *La rana, el tigre, los muchachos y el juego: mito de los indios Makiritares* (coautor con David Alizo, 1969), *Poesía* (1973), *Adiós a Escuque* (1974), *Poesía* (1977), *Elegía 1830* (1980), *El viento y la piedra* (1984), *Mérida, elogio de sus ríos* (1985), *Alegres provincias: homenaje a Humboldt* (1988), *Trilogía* (1990), *Lobos y halcones* (1997), *El Canto del pájaro en la piedra* (Antología), con prólogo de Alfredo Pérez Alencar, editada por la Fundación Municipal de Cultura y la Fundación Municipal Camino de la Lengua Castellana del Ministerio de Cultura y de la Junta de Castilla y León (2004), y la *Antología de poesía* (Caracas, Monte Ávila, 2005).

EL PATIECITO

(DE ADIÓS A ESCUQUE)

Me dijo mi padre el Dr. Ángel:

—¿Qué hacés Rómulo?

—Estoy desyerbando el patiecito,
voy a sembrar.

—Pero...

¿Adónde está lo que te di, Rómulo?

¿De qué estás viviendo?

—Bueno, soy escribiente, padre.

Escribiente.

—Entonces,
no fuiste lo que yo soñé.

—Ay padre, lo que soñaste se lo llevaron las aguas.

Ahora sólo hay malezas,

malezas ¿ves?

Estoy limpiando el patiecito.

EL PÁJARO CORREGAVILÁN CRISTOFUÉ HA NACIDO

Aquella noche, en una de las ramas de cedro que el áspero viento estremecía en la gran oscuridad del bosque, muy peligrosamente se balanceaba un nido de yerbas, ramitas secas, hojas y pétalos de grandes flores. En él, un pájaro empollaba con su tibio cuerpo los huevecillos próximos a romperse. Sí, desde hacía muchos días y oscurísimas noches la Sra. Pájaro afrontaba allí sobre el nido los muchos peligros que la asechaban a ella y sus huevecillos, porque esperaba que pronto habrían de romperse y de cada huevecillo asomaría la cabeza un tanto remojada de cada uno de sus polluelos. ¡Ay! Pero todo hacía pensar que tendrían que pasarse varios días y varias oscurísimas noches más, allí, en espera, en medio de tantos temores.

Y de verdad aquella noche ¡cuántos ruidos en la oscuridad del gran bosque! Y ¡qué de gritos! Apenas un momento de silencio y ¡ya! ¡Una rama que crujía! ¡Craaac! Otro silencio y “¡Oorococroaac!, chillaba la lechuza de enormes ojos amarillos. Y sobre todo ese viento negro que pasaba golpeando ¡plaas! ¡plaas! las hojas del plátano y las grandes palmeras ¡plaas!, y de repente parecía como si todo recibiese la orden de enmudecer, y la rama, la lechuza, el viento negro, las hojas de plátano; todo quedaba en silencio, y la oscuridad del gran bosque con sus ruidos parecía apagarse... Pero ¡Ah!, ya volvían los gritos, los ruidos otra vez, como si un extraño director de orquesta los obligara a levantarse. Y otra vez sobrevenía el silencio. Y otra vez el silencio. Y otra vez el ruido...

¡Cuántos peligros asechaban a la Señora Pájaro Corregavilán Cristofué! Porque nadie ignoraba que allí en aquella verde, alta y olorosa rama de cedro, guardaba ella su tesoro: aquellos huevecillos que ahora estaban bajo su tibio y emplumado cuerpo. Y eran muchos peligros. Sí, estaba la Serpiente Trepadora Comedora de Huevecillos, que solía deslizarse enroscándose en la corteza de los árboles; el Gavilán de Enormes Alas y la Guaca de Cabeza Terrible. La Guaca y el Gavilán caían desde el cielo, y ¡zuaj! Ni se sabía cuando los engullía. Y de noche, entre las hojas, espiaba la Lechuza de Enormes Ojos Amarillos. Nadie, nadie, podía verla en

la gran oscuridad cuando se acercara, y esa noche todo había sido más oscuro, más misterioso, el viento más negro, los ruidos más salvajes en las grandes arboledas que crecían sobre laderas y colinas de yerba donde las florecitas asomaban sus rostros de pequeños soles y un arroyo cantaba con frescas hilachas de agua que corrían sin parar. ¡Ay, pero qué nerviosa! ¡Qué asustada estaba la pobre Señora Pájaro Corregavilán! Aquel viento negro, aquellas nubes densas se convertirían en horrible tormenta. Y todos los ruidos amenazadores se lanzarían sobre ella. ¿Qué sería entonces de los pichoncitos que ya palpitaban bajo las delgadas cáscaras manchas azules? ¡Ah!, la Señora Pájaro Cristofué cerró los ojos muy apretados, y abrió con ternura sus alas para abrigar mejor su nido y sus hijos.

Pero he aquí que, poco antes del amanecer, comenzó a soplar una brisa nueva que arrastraba muy lejos las grandes nubes de tormenta y el negro viento, y así, en el azul carbón con que se vestía el firmamento aparecieron las clarísimas estrellas, sonriendo muy alto, muy, pero muy arriba de las abrigadas ramazones y hojas, y pronto comenzó a jugar entre florecitas y la yerba. Y así fue como se calmó la Señora Pájaro Cristofué, y el nido en la rama del cedro, verde, alta y olorosa, se columpiaba con un suave vaivén.

Entonces, bajo las plumas del pecho, la Señora Pájaro sintió un delicado tac tac. Su pequeño corazón se estremeció. Puso cuidado. Sintió bajo su cuerpo tac tac tac tac ¡Ah! “¡Qué música más Bella!” —se dijo—. Luego sintió un delicado y agudo toque en su pecho. “¡Son ellos!”-exclamó. Rápidamente se hizo a un lado del nido y abrió los ojos como nunca lo hiciera: “¡Oh que hermoso!”.

Vio los pichones abriendo sus piquitos “priiii-priiii”, decían entre las cáscaras rotas, y ya casi por completo fuera de ellas. ¡Qué inmensa alegría! La Señora Pájaro miró al cielo. Pero ¿qué estaba sucediendo? Pues que el amanecer se había adelantado, y ya la oscuridad se había ido lejos, muy lejos. Todos los follajes se habían iluminado, y los colores volaban sobre las hojas, y los pétalos inundaban el aire, y las mariposas se desplegaban en todo su esplendor. Entonces la Señora Pájaro Corregavilán Cristofué se lanzó al cielo, hacia lo alto, muy alto, lo más alto; y cantó como nunca lo había hecho: Sí, lanzó un canto maravilloso, un canto como sólo había sabido cantarlo su alegría y el sol. Miren pues, cómo nacieron los hijos del Pájaro Corregavilán

Cristofué.

MARÍA DEL PILAR QUINTERO

Nació en San Cristóbal (Venezuela, 1940), Profesora Titular e investigadora de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad de Los Andes, dictó la cátedra de Literatura Infantil en la Escuela de Educación. Es Psicóloga Social, Magíster en Filosofía y en Literatura Iberoamericana. Dirigió durante 10 años el suplemento para niños “*Perro Nevado*” (1-26), Mérida, *Diario Frontera*, (septiembre de 1979 y febrero de 1980). Es directora de la editorial “Nuestra América”, en el campo de la Literatura infantil.

OBRA LITERARIA: *Perro Nevado* (comp. textos). Vol. I (Mérida, Nuestra América, 1982). *Arcalía, Los cuidadores de sueños* (Mérida, Nuestra América, 1993), y *Uribí, la madrina de las palabras* (Mérida, Nuestra América, 1998). Sus relatos y cuentos para niños y niñas han sido publicados en *La Ventana Mágica, Onza, Tigre y León* (II Etapa), *Tricolor, la Revista Latinoamericana de Literatura Infantil*, y en la Revista *Chasqui*, de Bolivia.

URIBÍ... LA MADRINA DE LAS PALABRAS

(MITO)

Por los caminos del Universo viaja Uribí. Lleva siempre una cesta tejida con hilos de oro y plata. Allí guarda las semillas de las palabras. Viaja en una estrella fugaz por el espacio celeste, para entregar su semilla a las niñas y a los niños que se preparan para nacer.

Los padres, hermanos, tíos, abuelos y amigos se la ayudan a cultivar con voces, leyendas juegos, cantos y cuentos. Las semillas de las palabras germinan con los rayos del sol, el viento, el agua, el calor de la tierra y el amor de la gente. Así surgen las diferentes lenguas que hablan los hombres, pero todas vienen de las semillas del canasto de Uribí.

A veces está tan ocupada entregando las semillas, que no llega a tiempo y un niño y una niña nacen sin el regalo de Uribí. Entonces, les damos con amor y paciencia de los frutos del lenguaje: señas, voces, dibujos, pantomimas y danzas, para que puedan conversar y ser felices. Así, la madrina de las palabras no estará triste.

Una noche, mientras Uribí dormía acurrucada en una estrella, un loro le robó una semilla y la repartió entre sus amigos: un perico, una cotorra y una guacamaya. Por eso, ellos también hablan, pero sólo un poquito, porque nada más les tocó un pedazo de semilla a cada uno.

LOS MOMOES SUNTZÚ Y SUNTZÍ Y LA ENTRADA DE LAS AGUAS

En los campos y la sierra ya florecieron todos los árboles. Los apamates, bucares, ceibas y araguaneyes ayer se cubrieron de flores. Ahora, alfombras multicolores cubren el piso de los bosques. Se fue el verano, pronto entrarán las aguas.

Por muchos meses la lluvia y la neblina solo dejarán ver el sol y la luna a raticos.

Los momoes Suntzú y Suntzí se preparan para las fiestas de la llegada de las aguas en sus moradas: debajo de los ríos, arroyos y lagunas.

Afinan las cuerdas de sus diminutos cuatros y guitarras y envuelven en un bojotico sus pertenencias.

Llevan de regalo granitos de mostaza y anís, para sus parientes y amigos que allá abajo los esperan.

Suntzú y Suntzí se llevan su sol y su luna, para sus tierras debajo de los ríos, fuentes y riachuelos.

Mientras hacen los preparativos para la temporada cantan a dúo:

Suntzú se lleva su luna
Suntzí se lleva su sol
Debajo del río cuidamos las aguas
Debajo del agua cuidamos los ríos
Suntzú se lleva su luna
Suntzí se lleva su sol

EL BOSQUE NATAL

Tamir y Marisa caminan por una alegre calle de la ciudad.

Hay vendedoras de flores, músicos y artesanos que ofrecen los productos de su trabajo: pulseras, cinturones, morrales, collares, zarcillos y espejos.

En la puerta de una tienda frente al mercado un pequeño cajón de madera reposa humilde en el piso, lo han puesto allí para que se lo lleve el camión de la basura.

Marisa exclama: ¡Qué bonito cajón!, que letras tan extrañas tiene...
Se acercan más,

¡Son letras chinas!

Tamir lo observa, lo toca y dice:

algo quiere decirme... ahora entiendo, ha viajado tanto y de tan lejos...

tiene muchas historias que contar:

No quiere que lo desbaraten y lo vuelvan leña,
nos pide que lo llevemos a casa, promete a cambio,
contarnos su historia:

*el viaje, el barco, los marineros
los platos y los pocillos de peltre que traía...
y su infancia en China, el bosque, sus hermanos
los olmos y bambúes, con Pájaros, Ardillas y Pandas.*

Tamir y Marisa, lo llevan a su casa y le dan un sitio en ella.
Cada vez que lo miran, el cajoncito de madera, les cuenta historias
de su bosque natal.

CARLOS CÉSAR RODRÍGUEZ

(Guanta, estado Anzoátegui, 1922). Reside en Mérida desde 1958. Poeta y ensayista. Profesor Jubilado de la Escuela de Letras de la Universidad de Los Andes. Decano Fundador de la Facultad de Humanidades, ULA, Mérida. Fue presidente y fundador de la Asociación de Profesores de la ULA. Miembro correspondiente de la Academia Venezolana de la Lengua. Su obra ha sido comentada por Mariano Picón Salas, Vicente Gerbasi, Cesar Dávila Andrade, Pedro Sotillo y Luis Beltrán Guerrero. carloscesarrodriguez@hotmail.com

OBRA LITERARIA: *Los espejos de mi sangre* (Caracas, 1944), *Follaje redimido* (Caracas, 1959), *Aire iluminado* (Mérida, 1963), *Hora íntima* (Mérida, 1987). Y *Anubizajes* (Mérida, 2004) que recoge toda su poesía publicada e inédita. Ensayo:

El retrato de Antonio Machado (Mérida, 1965) y *Glosa a la Silva criolla a un bardo amigo* (Mérida, 1980). En historia regional: *Testimonios merideños* (Mérida, 1996) y *Testimonios Barceloneses* (Caracas, Fondo editorial del Caribe, 2003). Compiló la *Obra completa de Francisco Lazo Martí* (Mérida, Ediciones del Vicerrectorado Académico de la ULA, 2002).

EN LA MONTAÑA

A Yolibett Rondón

Cuando fui a la montaña
encontré un río
con la frente sangrando
de caer en las peñas.
Lloraba
como un niño perdido.

Sentí lástima
de ver cómo temblaba de frío,
desnudo.

Entonces
lo tomé de la mano
y le enseñé el camino
del mar.

RÍO ALBARREGAS

Para Alejandro

Toda la noche el río
se desveló cantando
al lado de mi casa.
No quedó ni una estrella
sin abrir las pupilas
para verte, Albarregas,
para oír tus canciones
arrullando
el sueño de los árboles.

Como la sangre entre las venas, ciega,
soñabas con mirar sobre los campos
el aire florecido de la aurora.
Alguna vez Homero
te dio el secreto
de caminar cantando entre las sombras.

EL DÍA

A Mauricio

¿Quién cortó este girasol
que está flotando en el aire?
Girasol lleno de polen,
sin cáliz y sin estambres.
Por la tarde se le ven
altos pétalos de sangre.

¡Qué girasol tan inmenso!

Dime, madre,
¿de qué árbol cortarían
este girasol tan grande?

NOCTURNO

A Roberto

Están despiertas todas las estrellas.
En mitad de la noche
brillan con tanta fuerza
que ya mi corazón también titila
con leve parpadeo de luciérnaga.

La brisa pasa y canta entre los árboles,
los ríos van de fiesta
y Dios lanzó a los mares,
lleno de amor, puñados de monedas.

La primavera vino con la noche.
Mañana habrá más rosas en la tierra.

IVONNE DE ROMERO (Maracaibo-estado Zulia, 1963) Economista (Universidad del Zulia), Magíster en Finanzas (Caracas, Universidad Santa María) y Magíster en Sistemología Interpretativa (Mérida, Universidad de Los Andes). Se ha desempeñado en distintos cargos relativos a la Administración, Gerencia y análisis de proyectos en distintas instituciones. Se encuentra realizando las actividades inherentes a la estructuración del componente agroalimentario del Plan de Ciencia y Tecnología del Estado Mérida. En los últimos años trabaja en la promoción de la lectura en niños y jóvenes, lo que le ha permitido tener contacto con la literatura infantil y juvenil. De allí surge el Proyecto de los Talleres de Lectura Salvador Garmendia. También se ha dedicado a la investigación (como parte de la tesis de grado que desarrolló en el Postgrado de Sistemología Interpretativa de la Universidad de Los Andes) de nuevas formas educativas para rescatar el interés por la lectura, como actividad recreativa y como fuente de conocimiento.

OBRA LITERARIA: *El libro rojo* (infantil y juvenil). Mérida, 2001. Es autora de la 13 Páginas mensuales en Diario Frontera (Mérida): *Una ventana en la historia*, una contribución con la formación lectora de niños y niñas. Alberto Arvelo Torrealba: El cantor culto de la poesía popular venezolana (Diciembre, 2002). Mariano Picón Salas: El gran prosista... N° 2 (Enero, 2003). Simón Rodríguez: El maestro... N° 3 (Febrero, 2003). Salvador Garmendia: Un escritor comprometido... N° 4 (Marzo 2003). Mister Wells emprende camino hacia la Alquitrana... N° 5 (Abril, 2003). León Tolstoi: El conde ruso... N° 6 (Mayo 2003). Andrés Eloy Blanco: El poeta del pueblo... N° 7 (Junio 2003). Del triunfo de Carabobo al descanso de San Mateo. N° 8 (Julio, 2003). Antón Chejov... N° 9 (Agosto, 2003). La Biblioteca de Alejandría... N° 10 (Septiembre 2003). José Rafael Pocaterra... N° 11 (Octubre, 2003). Rafael Pombo... N° 12 (Noviembre, 2003). Aquiles Nazoa... N° 13 (Diciembre, 2003). Actualmente se encuentra preparando el segundo cuento: *En busca de los tesoros en las costas venezolanas*.

EL LIBRO ROJO

El abuelo está sentado en la mecedora que con sus propias manos su padre, don José, con esmero y paciencia logró convertir en la mecedora de la meditación.

La lluvia cae ante sus ojos y su mirada parece fundirse con el paisaje andino que luce su vestido gris de mayo. Desde la terraza de la casona se puede ver gran parte de Timotes, rodeado de montañas que se abrazan en su memoria con el pasado no tan reciente de su infancia. La quietud es interrumpida. Allí estaban sus queridos nietos, Ana María y Juan Ángel, que iban a su encuentro y lo traían nuevamente al remanso de sus años dorados. Sólo los nietos pueden llenar el vacío que dejan sus nostálgicos recuerdos cuando él no está pensando en los momentos vividos.

—Abuelo, estamos ansiosos por ver el tesoro. ¿Verdad, Ana María?
—preguntó Juan Ángel.

—¡Sí, sí, abuelo! —exclamó Ana María con mucho entusiasmo.

—Vamos a la biblioteca. Todos duermen la siesta para descansar después del ajetreo de las festividades de la Cruz de Mayo; así nadie nos interrumpirá —dijo sigilosamente el abuelo.

La puerta de aquella habitación, ese día, tenía para los niños un aspecto misterioso. Relucía como bañada por una especie de escarcha que destellaba plateados y dorados puntitos.

Las luces se encendieron y allí estaba sobre la mesa un pequeño baúl con un candado y a su lado una cajita que guardaba en su interior una llave.

—Antes de abrir el baúl, quiero contarles cómo llegó a mis manos
—dijo el abuelo.

Los niños, aunque estaban muy ansiosos por ver lo que el baúl contenía, sabían que lo disfrutarían mucho más si conocían su historia, porque ellos habían aprendido que siempre hay una historia detrás de todo. Una vez más su paciencia sería puesta a prueba.

—Lo que voy a contarles comenzó hace muchos años, cuando mi padre estaba a punto de cumplir doce años —dijo el abuelo. Toda la gente del pueblo de Timotes se preparaba para celebrar las fiestas de la Cruz de Mayo. Mis abuelos harían un almuerzo familiar muy especial el día de la Cruz, por cuanto ese era el día del cumpleaños

de Joseíto, como cariñosamente le decían a mi padre.

—Papá fue un niño muy inquieto —dijo con picardía el abuelo. Era el menor de seis hermanos. Sus compañeros de juegos, casi siempre, eran niños imaginados por él, o eran las piedritas de los caminos y los animales del páramo que se apartaban un rato de sus refugios para hacerle compañía junto a Káiser, su perro y compañero de aventuras.

—En vísperas de su cumpleaños —continuó el abuelo— mi padre no podía olvidar la historia de los entierros que había contado don Hilario durante su última visita.

¿Será verdad que están enterrados por doquier tesoros llenos de monedas de oro, morocotas, como dijo don Hilario? —se preguntaba a sí mismo papá. ¿Será verdad que donde están enterrados esos tesoros se enciende una luz que indica el sitio exacto donde se debe cavar?

Esas preguntas se repetían una y otra vez en su cabeza, porque recordaba haber visto una luz que parpadeaba en medio de las ruinas de lo que fue, alguna vez, la casa de su tío Juan.

—Ese día papá decidió ir nuevamente a visitar las ruinas, pero esta vez esperó a que oscureciera para observar desde lejos aquellas piedras amontonadas que entre palos y tejas rotas parecían un barco pirata.

—No hagas ruido, Káiser —dijo a su compañero.

Se quedaron quietos y de repente... ¡allí estaba la luz! Mi padre cerró los ojos y los abrió de nuevo, pero la luz seguía allí. Entonces decidió acercarse y la luz continuaba brillando como diciendo: «sí, es aquí». De repente, un frío invadió el lugar y una sombra se reflejaba ante él. Era un hombre alto que se abría paso entre el pasto. Llevaba un farol en su mano derecha. Papá quiso escapar, pero aquel hombre lo detuvo con la fuerza de su voz cuando le dijo: ¡Detente José!

Cuando lo escuchó —dijo el abuelo— un aire de tranquilidad le invadió, pero se quedó inmóvil, esperando a aquél que parecía no ser un desconocido.

Cuando estuvieron frente a frente, mi padre no pudo disimular su desconcierto. Entonces, el misterioso personaje se apresuró a disipar la duda.

Yo era el cuidador del tesoro y tú, José, serás quien lo cuidará a partir de hoy. ¡Saca la bolsa que llevas en tus bolsillos para que lo lledes contigo!

Papá, a pesar de la sorpresa, sacó la bolsa de inmediato, pero no podía dejar de pensar en las monedas de oro que iba a llevar a su casa y que aliviarían la carga de su padre, por cuanto éste, además de los gastos de su familia, también ayudaba a las viudas del pueblo que debían cuidar a sus pequeños hijos y no podían ganar el dinero suficiente para darles de comer y mandarlos a la escuela.

Entretanto, el cuidador cavaba en la tierra con una pala que había estado por mucho tiempo al lado de una inmensa piedra. Unos minutos más tarde, un pequeño baúl y a su lado una cajita, estaban ante los ojos de ambos. En su interior la cajita contenía la llave que abría el candado que guardaba el tesoro del baúl. El cuidador tomó la llave entre sus manos y abrió el baúl, no sin antes pedirle a mi padre que cerrara sus ojos. Aquel hombre sacó cuidadosamente el tesoro del interior del baúl. Una vez que el tesoro estuvo en sus manos, con fuerte voz le dio una orden a papá:

¡José, abre tus ojos!

—Mi padre sufrió una terrible decepción —dijo el abuelo con gesto pícaro.

«No era un tesoro, era un libro» —se decía una y otra vez papá en su cabeza. Entonces el cuidador se apresuró a decirle:

Los tesoros sólo pueden ser vistos por seres especiales como tú, José. Aunque en este momento no lo comprendas, este tesoro cambiará tu vida y serás muy feliz. Pero también te compromete.

Cuando el cuidador dijo esas palabras desapareció con la cajita, la llave y el baúl ante los ojos de papá, quien no estaba seguro si se trataba de un sueño. Pero allí estaba él con Káiser y un libro rojo entre sus manos.

En vista de que era muy tarde para detenerse a pensar en el asunto, se echó a correr tan rápido como pudo, seguido de su fiel perro. Quizás sus padres estaban preocupados por él.

—El silencio de la noche hacía más largo el camino. Las pequeñas piedras, acostumbradas a jugar con sus alpargatas, se interponían a sus pisadas; pero esa noche oscura mi padre no estaba para juegos; solamente las pisó unas cuantas veces seguidas y les sonrió para reanudar la carrera. Luego de un rato, que para él fue una eternidad, llegó a la casona, saludó con rapidez y se acostó en su cama vencido por el cansancio del recorrido. Aunque deseaba ver lo que guardaba en su interior aquel libro, sus párpados parecían pesar más que de costumbre y se quedó profundamente dormido.

—La noche acunó entre sus brazos al pequeño explorador, quien no sabía cuánta verdad había en las palabras del cuidador del tesoro, pero imaginaba que se trataba de algo realmente importante-dijo el abuelo.

—En la mañana el alba asomaba su radiante rostro. Un rayo de sol penetraba por la ventanita del cuarto, reflejándose en el rostro de mi padre, quien dormía plácidamente -continuó diciendo el abuelo.

—Káiser saltó a la cama y lamió su rostro, anunciando que era hora de levantarse. Entre dormido y despierto papá miró a su costado y allí estaba el libro rojo esperando que él decidiera encontrarse con sus páginas. Instantes después, lo tomó en sus manos, pero, cuando lo iba a abrir, una voz misteriosa le recordó las palabras del cuidador del tesoro: Aunque en este momento no lo comprendas, este tesoro cambiará tu vida y serás muy feliz. Pero también te compromete.

—La última frase se repetía insistentemente con un eco casi imperceptible: Pero también te compromete; pero también te compromete... Repitió el abuelo. Abrir el libro y encontrarse con lo que guardaba en su interior parecía ser cosa seria. Entonces, papá recordó las palabras que su padre dijo a unos vecinos cuando éstos le agradecieron el permitirles desviar el río que pasaba por su finca para regar otras tierras con aquellas benditas aguas. Su padre respondió: El río que pasa por estas tierras es una bendición de la naturaleza y nos hace muy felices, pero al mismo tiempo nos compromete. Nos compromete porque debemos compartirlo con todo aquel que lo necesite, y además, enseñarles a cuidar de sus aguas como nosotros lo hacemos.

—Aunque papá no estaba seguro de qué clase de compromiso sería el que le correspondía asumir por ser el cuidador del libro, sabía que debía cumplirlo. Fue así como el encuentro con las páginas del libro se convirtió en un acontecimiento especial. No solamente conocería el contenido de aquellas páginas, sino que, seguramente, debía compartirlas con otras personas; y quizás habría algo más que aún no lograba imaginar.

Este no es el momento más oportuno para abrir el libro. Tengo que pensar cuál pudiera ser —se dijo a sí mismo mi padre.

—Entonces, guardó el libro rojo en otro pequeño baúl que también tenía un candado con llave, lo colocó debajo de su cama, puso la llave debajo de su almohada y decidió esperar a que todos se retiraran a sus habitaciones, después del almuerzo que se iba a celebrar por su

cumpleaños.

Momentos después, sus hermanos y sus padres entraron en la habitación para felicitarlo por su cumpleaños número doce; y entre risas y abrazos el niño disfrutó, una vez más, del amor de los suyos. Luego, su madre le dijo que se bañara, se lavara los dientes y se pusiera la ropita del domingo, porque ese era un sábado muy especial.

—Entretanto —continuó diciendo el abuelo con entusiasmo— los preparativos no se hicieron esperar. Diego, su hermano mayor, que había venido de Mérida donde estudiaba para graduarse de abogado, había comprado unos papeles de colores y serpentinas unos días antes de su partida de la Ciudad de los Caballeros. Con ellos, él y sus hermanos adornaron el pequeño patio de la casa. Allí, la mamá colocó el mesón y las ocho sillas donde disfrutarían el almuerzo que con tanto cariño ella preparó con sus dos hijas, María Angélica y Rosalinda, porque el patio era el lugar donde ellos acostumbraban a celebrar los grandes momentos en familia.

—Todos se sentaron a la mesa. Como de costumbre, su hermano Gabriel dijo la oración para dar gracias por la comida que iban a disfrutar y suplicó por todos aquellos que no tenían qué comer para que algún ser bondadoso les diera un pedazo de pan.

—Después de la comida, Joaquín, otro de sus hermanos, trajo la guitarra para que su padre la tocara, y todos cantaron alegres canciones que hicieron del momento familiar un verdadero festín.

—Como a eso de las tres de la tarde —dijo el abuelo con sigilosa voz— todos se dispusieron a tomar una siesta. Mi padre se apresuró a su habitación, buscó la llave del baúl y abrió el candado para encontrarse con las páginas del libro rojo. Se sentó sobre su cama, colocó la almohada en sus piernas y sobre ella el libro, como si se tratara de un niño pequeño. Con mucho cuidado tomó la carátula superior con su mano derecha y le dio vuelta. Entonces, un resplandor enceguedor lo deslumbró. Por unos instantes no pudo ver nada, sólo escuchaba una voz que le decía suavemente una y otra vez: déjate llevar por los caminos de las palabras. Y así, poco a poco las letras de la primera página se hicieron visibles ante sus ojos. Leyó las grandes letras color sepia que decían: El ruiseñor y la rosa. La voz que lo guiaba en el importante encuentro cada vez estaba más cerca de él y, como una madre que protege a su hijo, le susurró al oído: pasa a la siguiente página y no te asustes, porque sentirás que una fuerza extraña te atrae, pero serás como el viento que parece llevado por la mano de Dios recorriendo las doradas arenas del desierto. Yo estaré

a tu lado para guiarte por las hermosas historias que se encuentran en el libro.

—Algo extraño estaba sucediendo —dijo el abuelo. Papá se sentía como si no tuviera cuerpo, pero aun estaba sentado en su cama leyendo. Se estaba dejando llevar por los caminos de las palabras que eran los caminos de lejanas tierras que él nunca antes había visitado.

—De repente —dijo el abuelo mi padre vio un pajarito que cantaba muy bonito. Era un ruiseñor que observaba a un apuesto joven, cuyos hermosos ojos estaban llenos de lágrimas.

—Ese joven es un estudiante que ha leído todo lo que escriben los sabios, posee todos los secretos de la filosofía, sin embargo por la falta de una rosa roja toda su vida es desgraciada -dijo la dulce voz. Una joven de la que él está profundamente enamorado, le dijo que bailarían con él si le llevaba rosas rojas, pero en su jardín no hay tan siquiera una sola rosa del color de la pasión.

—Mi padre siguió leyendo el cuento. Él y la dulce voz, como volando sobre aquella apacible tierra, acompañaron al ruiseñor, quien se dio a la tarea de buscar una rosa roja entre los rosales para llevársela al joven estudiante, pero no había rosas rojas en aquel lugar. Cada instante que transcurría el cuento se tornaba más y más apasionante, pues papá veía al ruiseñor sacrificando su propia vida en nombre del amor. Cantaba y cantaba mientras una espina atravesaba su corazón y su sangre convertía a una rosa blanca en la flor de la pasión. Pero la ingrata muchacha despreció la flor que con amor le ofrendó el joven estudiante, prefiriendo la fortuna. Éste, decepcionado, pensó que el amor no era útil ni práctico y retornó a su habitación y comenzó a leer.

—El cuento había llegado a su final —dijo el abuelo—. Entonces, se escucharon dos golpes en la puerta de la habitación de papá. Era su madre que le llevaba unas galletas y algo de leche para cenar.

—Tan rápido como pudo, papá colocó el libro rojo debajo de la almohada al tiempo que con un tímido gesto invitaba a su madre a sentarse a su lado, y dijo: Madre, algo extraño y quizás difícil de creer me ocurrió ayer en la noche.

De inmediato él comenzó a relatar a su madre lo acontecido con lujo de detalles. Su mirada se cruzaba con la de ella, en cuyos ojos se dejaban ver las ansias por escuchar el desenlace que parecía anunciarse. Entonces, mi padre, animado por la confianza que le inspiraba la apacible mirada de su mamá, seguía con su cuento y le

mostró el libro rojo.

—¡Hijo, no te imaginas la alegría que estoy sintiendo al escucharte y ver este libro! —dijo su madre, mientras lo miraba fijamente con lágrimas en sus ojos. Yo era un poco menor que tú cuando un cuidador de tesoros me encomendó el libro verde.

—¿Ese libro maravilloso te lo encomendó un cuidador? —preguntó papá.

—Sí, hijo mío, y a mi padre le fue encomendado el libro azul, y así a muchos de nuestros antepasados —respondió ella con entusiasmo. Sabes, llegué a pensar que no había cumplido con el compromiso a cabalidad.

—Mi padre le preguntó a su mamá cuál era el compromiso -dijo el abuelo. Ella, recordando aquel importante día de su infancia, dijo: El compromiso consiste en leer mucho en la infancia, leer a otros todo cuanto sea posible, leer toda la vida. Como aún ninguno de mis hijos había encontrado un tesoro, yo pensé que algo no había hecho bien, pero ahora que tú lo has encontrado, me doy cuenta de que sí lo hice y lo seguiré cumpliendo hasta el último día de mi vida.

—¡Cuando mis hermanos lo sepan! —exclamó papá muy contento.

—No, Joseíto. Nadie debe saberlo —dijo su madre, quien continuó advirtiéndole que ella se lo diría a su padre, y que él solamente lo debía compartir con un hijo suyo, siempre y cuando cumpliera con el compromiso.

—Por un momento papá se sintió un poco contrariado —dijo el abuelo. Entonces, recordó las palabras del cuidador del tesoro y comprendió que ahora, por ser el cuidador del libro rojo, debía asumir la responsabilidad.

—¿Seré capaz de cumplir con el compromiso? -preguntó a su madre.

—Ella, dándose cuenta de la preocupación que invadía a papá, trató de tranquilizarlo sin restarle importancia al compromiso y le dijo:

—No te preocupes pequeño. En la medida que vayas leyendo el libro, irás descubriendo cómo cumplir con el compromiso. Ahora come tus galletas y toma esta taza de leche tibia con canela que tanto te gusta.

—Los años pasaron y la infancia de mi padre estuvo llena de cuentos y sueños que poco a poco llegaron a colmar de felices momentos su propio hogar —dijo el abuelo. Entonces era yo un niño muy pequeño cuando papá sacaba el libro rojo y llenaba mis noches de ‘Cuentos

que me hacían sentir como un personaje más de aquellas historias. Y luego vino Lucía y, finalmente, Jorgito, el bordoncito de la familia, como lo llamaba mamá.

—Aquellas horas de cuentos nos parecían canicas. Cuando el cuento llegaba a su final, nosotros queríamos que comenzara otro, pero teníamos que descansar, sobre todo papá que tanto trabajaba en la escuela y en la finca.

—Antes de ir a dormir, papá se sentaba en su mecedora a meditar.

—Abuelo, ¿meditar es algo así como pensar? —preguntó Juan Ángel.

—Sí. Él pensaba en todas aquellas cosas que necesitaban ser tomadas con calma, sin prisa, pero que no podían dejar de ser atendidas por mucho tiempo —respondió el abuelo.

—Una noche —dijo el abuelo— me acerqué al corredor y lo observé desde lejos. Allí estaba mi padre contemplando el cielo como queriendo alcanzar una estrella. Quizás, la luz de las estrellas iluminaba la respuesta que él no veía en la oscuridad de la noche. Después de un buen rato se levantó, porque ya era hora de entrar en los sueños, en esos sueños donde papá seguía siendo el pequeño explorador de las fecundas tierras andinas; tierras con olor a lluvia, tierras con olor a bosta, tierras que parecían fundirse en los sueños con su cuerpo en la lejanía de un atardecer.

—Una noche papá no llegó a contarnos cuentos. Mamá dijo que estaba enfermo y al día siguiente tampoco, y no volvió por mucho tiempo. Ya no iba a dar clases en la escuela; no podía trabajar en el huerto y el potrero estaba triste porque su canto estaba en silencio.

El abuelo, con sus ojos humedecidos, continuó con el relato.

Las noches parecían eternas. Jorgito y Lucía no podían conciliar el sueño. Y yo, en vano trataba de contarles un cuento. Pero otra noche él volvió con su libro rojo y nos dijo: Hijos míos, estoy muy enfermo, pero quiero contarles un cuento.

—Aquella noche el cuento nos pareció más cortico. Al siguiente día nos contó otro cuento. Y al tercer día contó muchos cuentos; no me acuerdo cuántos, pero fueron muchos. Parecía que quería contarlos todos como si no tuviese más tiempo. Y se fue cansado, pero contento. Entonces, me asomé a la ventana y allí estaba el sol con su luz anunciando el comienzo de un nuevo día. Eran como las

seis, pero a pesar de ello mis párpados no pesaban, no necesitaba dormir, quería estar despierto.

Después de desayunar fui a su habitación. Allí estaba él sentado, escribiendo al lado del libro rojo, y Canela, la hija de su fiel Káiser, estaba echadita a sus pies acompañando sus últimos momentos.

—¿Qué haces, papá? —le pregunté.

—Escribo la carta más importante de mi vida, porque estoy a punto de dejar estas tierras para encontrarme con las estrellas en el cielo, respondió él, sumido en una profunda tristeza.

—Un abrazo enjuagado por cristalinas lágrimas fue testigo de nuestros sentimientos —dijo el abuelo, como si no quisiera recordar aquel triste momento. Mi sollozo de niño fue calmado poco a poco por la mirada de sus ojos verdes que, aunque estaban tristes, expresaban el amor que sólo un padre puede sentir por su hijo. Seguimos por un rato mirándonos en silencio, pero luego él con su voz de padre amantísimo me dijo:

—Juan José, aunque no esté contigo así como ahora, si me recuerdas estaré a tu lado siempre.

En aquel momento yo no entendí esas palabras, pero sentí una sensación extraña en mi pequeño corazón. Entonces corrí con todas mis fuerzas; atravesé el patio y llegué a la cocina buscando cobijo en las faldas de mamá, quien parecía entender, mejor que yo mismo, lo que me estaba ocurriendo.

Horas más tarde, mi padre se había encontrado con las estrellas en el cielo. Entonces las hojas de los árboles ya no eran verdes, ni la teja ni las blancas paredes tenían el mismo color, ni tampoco nuestros cuerpos. Todo estaba teñido del color de la tristeza.

Mamá se quedó sola con mis hermanos y conmigo. Ya no tendríamos más noches de cuentos, porque mi padre no volvería a abrir el libro rojo; no nos llevaría nunca más al mundo de los sueños.

Por un rato el abuelo se quedó en silencio, llorando de nuevo aquella pérdida. Ana María y Juan Ángel hicieron suya la tristeza. Sus ojos llenos de lágrimas se cruzaban en una mirada llena de amor, pero que dejaban ver ese no saber qué hacer en tan doloroso momento.

Ana María, interrumpiendo el silencio, le pidió al abuelo que siguiera contando la historia. Su dulce voz acarició el triste corazón del abuelo, quien de inmediato reanudó la plática.

—Entonces nos fuimos a la ciudad de Mérida —dijo el abuelo. Allá estaba la familia de mamá porque casi todos los primos querían ser abogados como tío Diego o médicos como tío Gabriel.

—Fueron días muy difíciles —dijo el abuelo. Pero allí estaba mamá, llevándonos de la mano por los caminos de la vida. Ella nos decía que teníamos que estudiar para ser gente buena y decente. Con ello honraríamos a papa, quien nos miraría orgulloso desde el cielo.

—Así fueron pasando los años —continuó diciendo el abuelo. Yo me refugié en los libros de la escuela, aunque en casi nada se parecían al libro rojo, solamente en que eran libros. En ellos aprendí el lenguaje de las matemáticas, la biología, la historia, la geografía y la física. Con ellos pasaba mucho tiempo; los leía una y otra vez. Así, a fuerza de tanto estudio, llegué a ser uno de los mejores ingenieros de la universidad. Obtuve tan buenas calificaciones que me concedieron una beca para estudiar en el extranjero. EL resto de la historia, ustedes la conocen bien.

—Sí, abuelo. Lo que aún no nos has contado, es cómo llegó este baúl a tus manos —replicó Ana María.

—Pequeña, ¿recuerdas aquella carta que me enviaste cuando yo estaba muy solo y triste? —preguntó el abuelo. Tu abuelita también se había ido con las estrellas del cielo. Tus palabras llegaron con una esperanza a mi cansada vida. A través de ellas, parecías volar sobre el paisaje que se expresa en la belleza del páramo, de Timotes, de su gente, del verdor de la naturaleza y la frescura de sus aguas sopladas por el viento frío. Entonces, los recuerdos de mi infancia regresaron, especialmente los momentos vividos en esta casona que tu padre se empeñó en restaurar. De inmediato sentí la necesidad de regresar, de reunirme nuevamente con las tierras que me vieron nacer para tocarlas, sentir las, vivirlas otra vez.

—Cuando regresé —dijo el abuelo— desesperadamente busqué el libro rojo que desapareció aquel triste día de mi infancia como por arte de magia. Busqué en lugares secretos, pero no lograba dar con su paradero.

Una noche soñé con mi padre. En el sueño papá era aún un niño. Él me mostraba el libro rojo, pero yo únicamente podía leer los títulos de los cuentos y nada más. A la mañana siguiente emprendí otra búsqueda, pero esta vez en las bibliotecas y en las librerías de la ciudad. Traje muchos libros a casa; casi todos los cuentos cuyos títulos había leído en mi sueño -dijo el abuelo. Entonces, pasé días enteros leyendo. Cuanto más leía, con más insistencia las mismas preguntas me sorprendían. ¿Por qué aquellos hombres escribieron estos cuentos y no otros? ¿Cuáles circunstancias rodearon su vida? Entonces pensé que, quizás, podría encontrar las respuestas si me acercaba a sus vidas, a sus momentos.

—Otra búsqueda comenzó —dijo el abuelo. Fue así como logré ver que el Hércules de Hawthorne, el gigante de Wilde, el águila de Tolstoi y muchos otros, tenían detrás las historias de los tiempos de aquellos hombres, cuyas plumas habían sido guiadas por la fuerza de la historia que llegaba a unirse en la orilla de la playa con cada uno de aquellos hombres.

—Entonces volví a leer todos los cuentos una y otra vez —dijo el abuelo, exaltado con la emoción del recuerdo. Una noche de esas largas jornadas de lectura, en vísperas de mi cumpleaños, fui a encontrarme una vez más con el río. Las piedritas del camino también querían jugar con mis zapatos, pero se conformaron con acompañar mis pisadas. El viento acariciaba las flores que dejaban sentir un suave perfume; las hojas de los árboles se mecían acompañando mi andar. Y el cielo estaba llenito de estrellas como nunca. Parecía que allá arriba se estaba celebrando un festín. En la tierra todo relucía escarchado. Plateados y dorados puntitos adornaban todo a mi alrededor. Entonces, me senté a la orilla del río que me acarició el rostro con sus frescas aguas. De repente, una luz parpadeaba en el fondo. Me acerqué un poco más, tanto que casi caigo al agua, de no ser por una anciana que sujetó mi cansado cuerpo. Me incorporé para agradecerle el gesto y ella, interrumpiendo el agradecimiento, me dijo: - Yo era la cuidadora del tesoro y tú, Juan José, serás quien lo

cuidará a partir de este momento.

—Aunque estaba muy sorprendido —dijo el abuelo— presentía que algo maravilloso estaba a punto de suceder. El frío invadió mi cuerpo; casi no podía respirar. Tenía la sensación de estar paralizado sobre aquella inmensa piedra. Entonces, la anciana de manera sigilosa y calmada se fue sumergiendo en las benditas aguas y cuando salió de ellas traía consigo un pequeño baúl con un candado puesto y una cajita, de cuyo interior sacó una llave. Me dijo que cerrara los ojos.

Luego, me ordenó que los abriera para ver aquel tesoro.

—¡El libro rojo! ¡El libro rojo! Mi exclamación se repetía como un eco entre las montañas —dijo el abuelo. Los animales del páramo se despertaron y los sonidos que de sus cuerpos salían se escuchaban como una orquesta interpretando una melodía de Prokófiev. No era Pedro y el lobo, era una alegre melodía, quizás dirigida por el propio Prokófiev desde el cielo. Entonces, miré nuevamente las cristalinas aguas del río y allí estaba reflejado ante mí un niño con el libro rojo en sus manos, rodeado de los animales del páramo. Parecía un sueño; no podía creerlo.

—La anciana interrumpió mi delirio y me dijo:

—Juan José, dentro del libro está la carta más importante que alguien alguna vez escribió.

Aquellas palabras eran familiares para mí. Quise preguntarle tantas cosas, pero la anciana desapareció con el viento helado de aquella noche.

—Mi corazón estuvo a punto de estallar —dijo el abuelo, llevando su mano derecha al costado. Hice una plegaria a la Providencia para que me permitiera leer la carta. Tomé todo aquello y caminé con dificultad hasta que llegué al corredor de la casona, donde mi cuerpo no pudo más y cayó. Al amanecer, el canto del gallo me despertó; junto a mí estaban los animales que parecían haber velado mi sueño; y yo estaba sentado en la mecedora de papá con el libro rojo, cual niño dormido en los brazos cuidadosos de una madre.

Un rato después fui a la biblioteca y me dispuse a leer aquella carta. Estaba seguro de que era de mi padre. .
En efecto, era su letra y decía:

*Querido hijo Juan José:
Quizás cuando leas estas líneas
no seas un niño. Eso no importa.
Estoy aquí para contarte un
secreto...*

Entonces me contó la historia del cuidador del libro rojo y todo cuanto yo les he contado a ustedes. Finalmente me decía: Después de tantos años de ausencia, quizás aún hay tesoros enterrados y sumergidos en las aguas. Tal vez, ahora los niños no leen como antes lo hacían, y pocos cuidadores de tesoros hay en todo el mundo. Tú sabrás qué hacer para recuperar el tiempo perdido. Yo estaré contigo.

—Ahora comprendo por qué has estado todos estos años leyéndonos cuentos —dijo Ana María, al tiempo que sus ojos color miel se empequeñecían con un gesto de comprensión. Juan Ángel siempre me preguntaba por qué ese empeño tuyo de que leyéramos mucho, leyéramos a otros, que leyéramos siempre. ¿Te das cuenta, hermano?

—Creo que sí, Ana María —respondió, no del todo convencido, el pequeño Juan Ángel.

—Ahora, querido nieto, toma la llave que está en la cajita, abre el candado del baúl y saca lo que en su interior está guardado.

—¡El libro rojo! ¡Qué hermoso es! No pensé que fuera tan grande, Ana María —dijo Juan Ángel.

—Préstamelo, hermanito. ¡Cuántos cuentos hay en su interior! ¡Las páginas son mágicas!

—¡Sí, hermanita! ¡Están adornadas con plateados y dorados puntitos!

Entretanto, el abuelo contemplaba a los niños con una emoción tal, que su rostro dejaba ver la felicidad que sentía. Quizás sus adorados

nietos estaban preparados para emprender junto a él la búsqueda de los tesoros.

Como por encantamiento, todos miraron el libro rojo.

Kufy, la bisnieta de Canela, aquella perrita que acompañó a don José en sus últimos momentos, salió de su cómoda camita.

—Parece que ella también quiere escuchar un cuento, abuelo —dijo Ana María.

—Sí, pero vamos al río. Ese es un lugar especial para comenzar a leer el libro rojo.

—Sí, abuelo —dijeron los niños. Cuando llegaron a la orilla del río, un colibrí de montaña, que venía tras un rayo de sol, se acercó volando por entre las ramas de los árboles. Parecía hablar con el abuelo.

Entonces, Juan Ángel preguntó qué quería el pajarito y el abuelo le dijo:

Los animales del páramo también quieren escuchar el cuento. Yo les dije que nos acompañaran.

De repente, muchos animales llegaron a su encuentro. No hacían ruido, esperaban con ansiedad el relato.

—Comencemos a leer el primero de ellos —dijo el abuelo. Este se llama El ruiseñor y la rosa.

En las aguas del río estaban reflejados los animales, los niños, el abuelo y Joseíto, su padre, quien los observaba desde el cielo con su cara iluminada por los colores de la felicidad.

De repente, una fuerza misteriosa atrajo a los lectores. Ellos tampoco sentían su cuerpo; era como si no lo tenían, pero estaban allí y seguían leyendo.

Dijo ella que bailarían conmigo si le llevaba rosas rojas —exclamó el joven estudiante—, pero en todo mi jardín no hay ni una rosa roja.

Los lectores eran, al igual que le ocurrió a Joseíto, como el viento que parece llevado por la mano de Dios, recorriendo las doradas arenas del desierto, sólo que ahora recorrían los caminos de las palabras, de las aventuras y de las fantasías del libro rojo, el libro de las sueños.

Y así transcurrió todo el cuento y llegó a su final... Y retornó a su habitación, y sacó un libro polvoriento, y comenzó a leer.

—Abuelo —dijo. Juan Ángel, quien durante todo el relato había estado recostado al oso frontino, escuchando atentamente, el ruiñeñor dio su vida porque él creía que si conseguía una rosa roja, el joven estudiante sería feliz.

—Sí, el ruiñeñor pensaba que el amor es lo más importante que existe en la vida —dijo el abuelo.

—Pero ¿cómo es posible que alguien haya escrito un cuento tan triste, donde el amor es vencido por la fortuna? —preguntó Ana María.

El abuelo se quedó pensativo por unas instantes, y luego respondió: -Este cuento triste lo escribió un escritor inglés llamada Oscar Wilde. Tal vez, en la época que a él le tocó vivir, la gente le daba más importancia al dinero, a la fama y al estudio que al amor. Quizás eso lo llevó a retratar en este cuento tan terrible realidad.

Por un momento los niñas se quedaron pensativas, pero de inmediato comenzaron a hablar acerca de la historia. ¡Ellos también se habían dejado llevar por los caminos de las palabras! Esta confirmaba lo que había pensado el abuelo, quien les dijo:

—Siento una inmensa dicha. Estoy seguro de que están preparados para emprender conmigo la búsqueda de los tesoros en las aguas de las costas venezolanas.

—¿De verdad abuelo? —preguntó Ana María. ¿Nos llevarás contigo a buscar los tesoros?

—Sí, Ana María, los llevaré.

—¿Qué te ocurre, Juan Ángel? No pareces estar muy contento con el viaje que emprenderemos juntos —preguntó el abuelo.

—No es eso; lo que pasa es que seguramente papá no me dará permiso para ir con ustedes a ese maravilloso viaje. Este año yo he obtenido malas calificaciones en la escuela.

El abuelo estaba un tanto desconcertado por lo que decía su nieto. Entonces, Ana María se apresuró a decirle:

—Abuelo, lo que ocurre es que mi hermano cuando estudia memoriza las palabras, pero no entiende lo que repite una y otra vez. De tal manera que, cuando presenta un examen, si se le olvida una palabra ya no puede escribir nada más, y...

—Abuelo, los libros de la escuela no son como los cuentos —dijo Juan Ángel.

—Ciertamente no lo son, querido nieto, pero las cosas que están allí escritas también fueron pensadas por hombres que tienen sus propias historias.

—¡Eso quiere decir, que detrás de todos esos conceptos también hay historias, abuelo! —exclamó el niño.

—Sí, Juan Ángel, pero a tu edad eso no es tan fácil de entender —dijo el abuelo.

—¿Por qué no le enseñas a Juan Ángel a estudiar como me enseñaste a mí cuando viví aquel maravilloso año contigo y con la abuelita? Yo se lo he explicado muchas veces, pero parece que no logro hacerme entender —dijo Ana María.

—Creo que es una buena idea, pequeña. Comenzaremos por algo muy sencillo, Juan Ángel. Cuando estudies y no comprendas alguna palabra, la buscas en el diccionario. Si no entiendes algún párrafo, entonces me preguntas, y yo, si puedo, aclararé tu duda y si no, buscamos en un libro. Además, para estar seguro de que has entendido, entonces me hablarás sobre lo que has aprendido y ya veremos.

—Yo también pienso que es una buena idea, abuelo. Desde hoy dedicaré todo mi esfuerzo para mejorar y así, quizás, logre que papá me permita ir con ustedes —dijo Juan Ángel.

—Abuelo, ¿podríamos leer otro cuento? —preguntó Ana María.

—Veamos cuál es el segundo cuento —dijo el abuelo. Este se llama El toque dorado.

Vivió hace mucho tiempo un hombre muy rico, que además era rey. Se llamaba Midas. Tenía una hijita, de la cual nadie más que yo ha

oído hablar nunca, y cuyo nombre nunca he sabido, o por mejor decir, he olvidado por completo...

Y así los lectores volvieron a ser como el viento que parece llevado por la mano de Dios recorriendo las doradas arenas del desierto. Otra vez recorrían los caminos de las palabras, de las aventuras y de las fantasías del libro rojo, el libro de los sueños.

MARÍA IROLANDA RONDÓN

Nació en Mérida, Venezuela (1968). Poeta y Abogada de profesión. De niña vivió en París, luego vivió en Caracas y de seis años regresó a Mérida. Estudió Derecho en la Universidad de Los Andes, y en CEPESAL (Centro de Estudios Políticos y Sociales de América Latina) realizó el Master en Política Internacional y la Maestría en Ciencias políticas obteniendo el título de Magister Scientiae en Ciencias Políticas. Entre 1994 y 1997 se desempeñó como Directora Fundadora de la Biblioteca José Vicente Nuce y Coordinadora de publicaciones, de la Gobernación del Estado Mérida. Actualmente se desempeña como Quiroterapeuta de la Escuela de Masaje ALYAN (Valencia-Carabobo). Desde que estudiaba quinto grado empezó a escribir cuentos y obras, que posteriormente representaba con sus hermanas y amigas. Así nació su escritura. Mención especial de poesía. 4to. Concurso Anual *Cuento, Ensayo y Poesía*. 1992. Mención de Honor otorgada al cuento “de la Vanidad y la Humildad” por Pegasus Ediciones. Concurso de Cuentos “Alfonsina Storni”, 2003. Es Miembro de la revista Parnaso en Internet. www.elparnaso.com
ihorondon@hotmail.com

OBRA LITERARIA: *Veinte Cantos de Amor y de Dolor* (DAES, 1993); Premio al cuarto concurso de poesía (1992), de la Dirección de Asuntos Estudiantiles de la Universidad de los Andes; y el poemario *Como Yo Te He Querido* (Ediciones Solar, 1996). *Un Gramófono al Final de una Guerra*. (Cuento) Mérida, Ediciones del Rectorado de la Universidad de los Andes, 2003. Ha publicado poemas sueltos en el periódico «El Universitario». Tiene inéditos dos libros infantiles, uno de poesía y otro de cuentos. Fue publicada parcialmente en páginas de Internet: *Un gramófono al final de una Guerra*, en la revista Internet www.lettralia.com/ed_let/gramofono
La tía que llora, la tía que reza y el papá que regresa. (Cuento) Granada, España, Ediciones parnaso. Primer concurso de relato breve, 2004.

DE LA PEREZA Y LA DILIGENCIA

(De *Los cuentos de las virtudes*)

Anita vivía con su abuela en una pequeña casa con un gran jardín al frente. Todas las tardes la abuelita se dirigía a su nieta diciéndole:

—*Anita, voy para la iglesia ¿quieres acompañarme?*

—Y todas las tardes la nietecita le contestaba:

—*¡Hay, Abuelita! Que lejos está. Hay que atravesar todo el jardín, cruzar la calle, caminar dos cuadras, llegar a la plaza, cruzar nuevamente la calle y atravesar dos cuadras más ¿No te parece que está muy lejos para ir todos los días? ¡Además hace calor!*

Y la abuelita respondía pacientemente:

—*Más largo se hace el camino para mis piernas que tienen ya muchos años y están cansadas que para las tuyas que son jovencitas.*

Finalmente Anita accedía y acompañaba a su abuelita.

Pero al día siguiente comenzaba la misma historia y Anita repetía:

—*¡Otra vez quieres ir, abuelita! De verdad no te comprendo, no sólo hay que cruzar el jardín, sino también la calle, andar dos cuadras, atravesar la plaza, andar dos cuadras más y como si esto fuera poco ¡hay que devolverse! Eso suma cuatro cuadras más y pasar otra vez por el jardín, ¡es terrible para todas las piernas! Por eso es que ahora andas tan adolorida, ¡no por la edad sino por el exceso de caminata!*

—Sin embargo la niña siempre terminaba acompañando a su abuelita y pasando un buen rato con ella.

Y así pasó el tiempo, hasta que un día cuando ambas hacían el camino de vuelta a casa, notaron que frente a la iglesia estaban inaugurando una heladería. En el mostrador se veían deliciosas cremas de helado de muchos sabores; fresa, chocolate, mantecado y además nueces, caramelos y todo tipo de dulces. Para Anita aquello era un paraíso.

Al día siguiente al acercarse la hora de ir a la iglesia fue Anita quien dijo primero a su abuela:

—*¡Apúrate, abuelita! Debemos salir rápido.*

—*¿Por qué tanto apuro, Anita? Pensé que te cansaba tanto caminar todos los días.*

—*¡Tanto! No, abuela, no es tanto, son sólo dos cuadras, el cruce de la plaza y dos cuadras más, eso no es nada ¡Vamos rápido!*

—*¿Que no es nada? Hasta ayer decías que era terrible para todas las piernas y que además había que ¡sumar la vuelta!*

—*Bueno, abuelita, es que tus piernas ya están cansadas de tanto andar en la vida, en cambio las mías están jovencitas.*

—*También decías que hacía mucho calor.*

—*Mejor, abuelita, así ¡aprovechamos los helados y nos refrescamos!*

—*¡Así que quieres ir sólo por los helados!*

—*No, abuelita, no sólo por los helados, es porque también me gusta estar contigo y no quiero dejarte sola en la calle con tanto peligro.*

—*¡Ah!, Dios tiene extrañas formas de mostrarnos el camino.*

Desde ese día en adelante, Anita no volvió a quejarse por las distancias, y siempre se mostró dispuesta a ir con su abuelita a todas partes, porque comprendió que así como ella disfrutaba tanto sus helados su abuelita disfrutaba mucho con su compañía. Y ahora hacía hasta dos

veces por día el camino a la iglesia y no le parecía tan largo.

LOS ZAPATITOS DE SOFÍA

Lo primero que descubrió Sofía al abrir los ojos fueron las caras grandes y sonrientes de su papá y su mamá. Por alguna razón que ella no sabía explicar siempre estaban allí. Cada vez que Sofía abría los ojos las veía sonrientes, y cuando no las encontraba le bastaba llorar o gritar fuertemente para que aparecieran enseguida. Pero las cosas no terminaban allí. Un día de pronto Sofía descubrió que junto a su propia carita se balanceaban dos manos con infinitos dedos, y apenas esperaban a que ella se descuidara un poco para zamparle un manotazo sobre los ojos o cerca de sus orejas, o en cualquier parte; es más, cuando ella se emocionaba mucho o se enfurecía, aquellas manos se enfurecían también y se balanceaban fuerte y desordenadas y eran capaces de golpear y torturar al papá y a la mamá. Pero algo pasaba con aquellas manos...

Esas manos podían ayudar a Sofía a sentir. Podía con ellas sentir la piel suave de su mamá en la cara, y la piel carrasposa de su papá en la barbilla. Podía sentir la cobijita con la que dormía y el osito de peluche que le regaló la tía.

Un día maravilloso Sofía presintió que algo pasaría si hacía llegar aquellas manos torpes hasta la papilla y acercándolas lentamente descubrió un placer baboso e inesperado con el que podía apretar, despachurrar, llenarse la cara y hacer obras artísticas sobre su mesita de comer. Sus manos resultaron un tesoro fabuloso.

Pero aún faltaban muchos descubrimientos...

En el mundo de Sofía había otras caras sonrientes y luminosas. Las caras de sus abuelos, las caras de sus vecinitos y las caras de las nanas amorosas que algunas veces aparecían y se quedaban un rato con ella. Cuando no había caras Sofía lloraba o gritaba y alguna de ellas de improviso aparecía y la hacía sentirse feliz.

A Sofía no le llevó mucho tiempo comprender el funcionamiento del mundo a su alrededor, el problema era que cada vez que creía entenderlo todo algo nuevo aparecía y tenía que comenzar a comprender otra vez. Como aquel día en que descubrió que tenía más dedos en otra parte del cuerpo. Cuando vio aquellos

dedos regordetes los agarró con las manos y los probó. Se los llevó a la boca y comprendió que eran fácilmente masticables y una delicia para chupar. Pero no se movían como los otros dedos, los que tenía en la mano, que le servían para agarrar cosas. Aquellos dedos regordetes solo servían para ser chupados y mordidos, o eso era lo que pensaba Sofía hasta que la dejaron un día en el piso y moviéndose como un gusano aprendió a impulsarse con los dedos regordetes y luego a levantarse sobre ellos.

Cuando logró levantarse y mantenerse en pie, todo su mundo cambió de repente...

Las caras se volvieron lejanas, estaban sobre los grandes cuerpos de los adultos, los brazos que la cargaban la elevaban del suelo y la acercaban a las cosas grandes, todo pareció crecer a su alrededor, o peor aún, ella parecía encogerse irremediabilmente sobre el suelo...

Afortunadamente las otras personas parecían darse cuenta de su desesperada situación, y trataban siempre de estar cerca de ella en el piso, de jugar agachados y de pasarle los juguetes más lejanos y los que se escondían de Sofía en el lugar llamado closet. Sofía suponía que todo lo que se perdía estaba allí, incluso el papá y la mamá que creían engañarla diciéndole que “se iban al trabajo”, pero cuando regresaban siempre entraban por una puerta igualita a la del closet.

Pero el mundo no terminaba allí... de nuevo la vida sorprendió a Sofía porque encontró personitas de su mismo tamaño en un lugar llamado “la Guardería”. Estas personitas también jugaban, gritaban y balanceaban sus manitas igual que ella. Aunque sentía cierta pena por ellas, ya que cuando la mamá de Sofía llegaba y se la llevaba para su casa las demás personitas se quedaban allí hasta el día siguiente... ¡Pobres personitas que no iban con ella a casa!

Así fue pasando la vida...

Un día maravilloso llevaron a Sofía a una tienda y le compraron su primer par de zapatitos. Eran unas cosas para ponerse en los pies, esconder sus deditos regordetes y darle a Sofía finalmente el apoyo que necesitaba para dominar sus pasos sobre el piso.

Al poco tiempo ya había aprendido a correr, aunque dominar el freno no resultó tan fácil, cada vez que Sofía se detenía terminaba con su nariz sobre el suelo. Era tan humillante....

Sin embargo y a pesar de los inconvenientes de no saber aún cómo detenerse decentemente Sofía adoraba sus zapatos. Un día trató de llamarlos por su nombre y dijo “PAPOS”, su mamá entendió

perfectamente y se los puso en los pies. Desde entonces Sofía sintió verdadera pasión por sus “pasos”.

Los primeros zapatos de Sofía eran suavecitos, pero con suela dura y firme. Eran azulitos y tenían conejitos a los lados, que saltaban con ella cuando daban pasitos juntos. Un pasito, dos pasitos, tres pasitos y uno más...

El mundo era un sitio lleno de zapatos...

Sofía había intentado ponerse los zapatos del papá pero algo ocurría con ellos, eran defectuosos, no servían para caminar, eran demasiado grandes.

Sofía intentó también usar los zapatos de la mamá, pero esos tampoco servían, no podía dar ni un solo paso con ellos. ¿Para qué tenía su mamá zapatos con los que no se podía caminar o correr? Sofía no lo sabía...

Cada amanecer lo primero que ella quería ponerse eran sus zapatos pero siempre debían esperar... Primero la ropa, luego las medias y al final los zapatos...

Un pasito, dos pasitos, tres pasitos y un pasito más... Y Sofía crecía y sus zapatitos también...

ZAPATITOS DE PASEO: Reforzados para dar más pasos sin cansarse y sin romperse.

ZAPATITOS DEL JARDÍN: Amarrados suavemente por su mamá para que permanezcan en su lugar y alejen sus deditos de la grama.

ZAPATITOS DE LA GUARDERÍA: Con muchos colores y su nombre escrito para que no se los pongan a otro niño y se pierdan.

ZAPATITOS DE VERANO: Que dejan respirar a los deditos regordetes para que crezcan fuertes.

ZAPATITOS DE INVIERNO: Botas forradas y adherentes para retener el calor y evitar los resbalones.

Y he aquí que Sofía agregó una adquisición mágica a su lista de PAPOS adorados:

ZAPATITOS DE BALLET: Con los que puede moverse como una mariposa imitando a su mamá cuando se los pone y baila...

ROSALBA SIGILO GIANNETTO

Nació en Caracas en 1971. Es odontóloga de profesión, egresada de la Universidad Central de Venezuela (1996). Fue profesora contratada de la Facultad de Odontología de la UCV durante los años 1997 y 2000. Realizó el Postgrado en Odontopediatría en la UCV (2001). Actualmente se desempeña como Odontopediatra en el Hospital Ortopédico Infantil de Caracas, atendiendo tanto a niños con necesidades especiales como a niños sanos.

OBRA LITERARIA: La dama blanca y el caballero dorado (Mérida, Fondo Editorial La Escarcha Azul, Col. Gurrufío, 1996). Tiene inédito el libro de cuentos Don Pascuale.

LA DAMA BLANCA Y EL CABALLERO DORADO

Muy cerca de la Tierra, en nuestro grandioso universo, sucedió por algún tiempo algo extraño e inesperado. El más grande y brillante de los nueve planetas existentes comenzó a cambiar sus colores. Intensas tempestades y vientos cósmicos lo invadieron y un océano de hielo cubrió por dentro sus suelos, y como si fuera poco los niños, habitantes de ese planeta empezaron a enfermarse... yyy, todo esto ¿por qué? se estarán preguntando ustedes.

Pues bien pónganse cómodos, amigos, porque aquí es donde empieza la verdadera historia.

En Zeus, Júpiter, siempre han existido muchos satélites, muchas lunas, (a diferencia de nuestro planeta Tierra donde sólo hay una). Todas ellas han vivido juntas, en armonía con la Vía Láctea e inclusive con el poderoso e infalible Caballero Dorado Helios, mejor conocido por nosotros como Sol.

Un día, Caballero Dorado Helios, saludó con reverencia a una de las doce Lunas de Zeus, la más bella e intensa llamada Ganimedes.

—Buenos días Blanca Dama Ganís, ¿cómo está usted?

Ella, mostrando su bella y blanca dentadura le contestó un tanto disgustada:

—Buen día Caballero Dorado Helios. Estoy muy bien, aunque... un poco molesta por el temprano amanecer que usted ha provocado.

Sorprendido por la osada respuesta de Ganís, subió su dorada ceja diciéndole en tono irónico:

—No sea egoísta Blanca Dama, ya usted ha iluminado durante toda la noche. Ha visto como duerme todo este mundo bajo su luz. Durante horas ha podido ver y disfrutar de los sueños de los niños, cuidándolos y acurrucándolos junto a las estrellas.

Por un momento, Helios, el Sol, contuvo sus palabras, pero sólo para tomar un poco de aire. De inmediato continuó su discurso alzando más la voz:

—No quiero creer que usted, Dama Luna, se esté atreviendo a reprocharme, cuando usted sabe que yo soy EL ASTRO CENTRAL, manantial inagotable de luz y calor. Fuente de todas las formas de vida. El más luminoso. Principal constituyente de nuestro sistema planetario. Y todos giran alrededor de Mí.

Ganís, molesta por el discurso vanidoso y egocentrista de Helios, colocando sus manos en la cintura, frunció el ceño mientras le replicaba.

—Claro, usted puede alumbrar con mayor intensidad y así observar mejor a los niños ya despiertos. Puede verlos jugar durante todo el día, los escucha hablar, reír y aún mas, acariciarlos con sus rayos tibios. Por supuesto que es magnifico; pero eso no le da derecho a que todos los días; al alba, sus benditos rayos salgan algún tiempo antes de que usted deba aparecer en el horizonte, y al atardecer, tiempo después de haberse puesto.

¿No se da cuenta de que está robando mi tiempo y hasta mi espacio?, se quejaba Ganís. Además me dificulta el oscurecimiento para poder salir yo. Y lo que es peor, los niños, anhelan que usted no se vaya para poder seguir jugando por más tiempo.

Así empezaron los problemas. La pobre Dama Blanca, Ganís, se puso tan triste y celosa a causa del Caballero Helios, que aún siendo un satélite sin atmósfera y con ausencia de agua; comenzó a sentir que algo frío y húmedo salía de sus cráteres y grietas y... ¡plusssss! reventó en aguacero.

A todas éstas, al Caballero Helios, sólo le importaba demostrar que además de las virtudes antes dichas, era culto y sabio. Para esto ni corto ni perezoso, colocándose la mano en su barbilla, replicó:

—¡Oh, querida Dama!, déjeme explicarle la razón por la cual mis poderosos rayos salen en la mañana algún tiempo antes que yo,

y se mantienen en la tarde después de ocultarme en el horizonte; este fenómeno es el Crepúsculo.

–Humm, Humm. –Tosió con cierta elegancia Caballero Helios, prosiguiendo con aires de erudito:

–Mis rayos chocan con las partículas de aire y polvo, se desvían reflejando la mayoría de los colores que se ven en el alba y el atardecer. Y para concluir mi sabia exposición con algo propio, voy a contarle que en el oeste venezolano, allá en el planeta Tierra, escuché a una viejecita llamar al crepúsculo Guachirongo. Culminó su información, esperando aplausos y adoraciones, y lo que encontró –con singular sorpresa– fue un manantial de ira y llanto.

–Gruuuuu, estoy iracunda y triste, se quejó Ganís. Al parecer no soy suficientemente útil. No me toman en cuenta. Guando estoy en todo mi esplendor los niños siempre tienen sus ojitos cerrados...

Dama Blanca comenzó a enfurecerse, su color brillante se fue haciendo menos intenso; igual el Sol, tanto así que los habitantes de Zeus notaron que el día se hacía menos claro y que algo empezaba a faltarle a ese soleado día. Las mujeres y los hombres se preocuparon tanto que corrían de aquí para allá gritando:

–¿Qué sucede? Nunca antes a esta hora de la mañana el cielo se había visto tan oscuro, y además, de dónde vienen esas gotas frías sino del firmamento...

–¡Auxiliooooo! –gritaba una mujer–. El bendito Sol no está calentando el agua fría. Será él quien está llorando y de allí vienen esas gotas helaadaassss.

–¿Cómo va a ser? –replicó un hombre–. Las lágrimas del Sol deberían ser calientes. Mi instinto me dice que es la Luna quien llora. No me extrañaría, pues es mujer, aunque no podría negar

que nosotros también somos sensibles y de vez en cuando se nos puede escapar una lagrimita. Pero no tantas como para formar este aguacero.

Se creó una conmoción en el espacio. El anochecer llegó de pronto, continuando con la onda de cosas extrañas. Dama Blanca, aunque ya nada blanca, no apareció esa noche. Entonces Helios, el Sol, preocupado murmuró:

—Blanca Ganís, ¿dónde estás que no apareces? Girando sus ojos para todos lados pudo darse cuenta de que Dama Blanca estaba donde siempre, tan sólo que no le respondía porque su voz se había apagado gris, al igual que su blancura.

Fue entonces cuando decidió no esconder sus rayos y quedarse alumbrando el día y la noche. Se sintió capaz. Seguro que era el Astro más importante y además autosuficiente. Con tanta energía y fuerza como para lograr lo decidido.

Así fueron pasando varios días. Caballero Dorado Helios cumplió lo dicho, sus rayos no se ocultaron, alumbró durante el día y durante la noche. Los niños y las niñas muy contentos pudieron jugar por más tiempo.

Pero comenzaron a ocurrir cambios extraños en el planeta Zeus, sus colores se hacían cada vez más fuertes: rosa carmín, rojo mate, púrpura... Las lágrimas frías de Ganís formaron el océano de hielo que cubrió por dentro los suelos. Y de pronto a Zeus lo envolvieron tempestades y vientos cósmicos para aliviar el sofocante calor que producían los rayos del Sol. Todo el universo se devolvió al caos inicial.

Mercurio, Saturno, Urano y La Tierra, dejaron de dar vueltas, las Estrellas se unieron y formaron un gran signo de interrogación para manifestar su inquietud. La Osa Mayor se paró en dos patas y no dejaba de moverlas, pareciéndose a esos fiscales de tránsito

del planeta Tierra.

Los Cometas, viajeros del espacio, a pesar de su velocidad frenaban con mucho esfuerzo y al lograrlo se les podía ver de forma cómica, gracias a que su dorada cabellera quedaba extrañamente despeinada y su cola parecía haber salido de una botella.

Venus, Plutón, Neptuno y Marte, impulsaron Meteoritos para acercarse y poder averiguar qué le sucedía a Zeus.

Todo esto era poco, en relación a lo que acontecía a los habitantes de Zeus.

—A dónde vas hombre de Dios, descansa un poco, deja de correr que con tanto calor te vas a deshidratar.

—Sí, mujer tienes razón, pero es que estoy muy preocupado.

Necesito agua, mucha agua, dame agua fresca.

—El agua no se le niega a nadie. Toma aquí está, bébela pronto antes de que se caliente.

—¡Gracias! pero ¿no te molestaría que en vez de bebérmela, me la echaras encima? Es que me vendría más refrescante.

La mujer asombrada por la petición, y con mucha gracia aguantando sus ganas de reír, complació a su amigo quien algo fresco quedó.

Pasaron veintinueve días y todo iba empeorando. Caballero Dorado poco se había percatado de lo que sucedía. Hasta que un día uno de sus rayos lo halaba y lo halaba hacia una casa donde estaban dos hermanitos en cama.

—Oye, ¿qué haces dorado rayo, deja de halarme, o quieres que me caiga y se descontrole toda la Galaxia?

Entonces pudo darse cuenta de que ese rayo tan solo quería que pusiera un poco de atención a lo que esa niña y su hermanito estaban hablando. Y asomándose por la ventana cuidadosamente escuchó:

—Dime Rea, ¿por qué estamos tan enfermos? Ya no quiero jugar más, tengo sueño y no puedo dormir, ¿por qué no hay noches para descansar? Me hace falta la Luna y las Estrellas.

—Yo también estoy cansada Raí, tanto Sol agota. Nuestra piel se ha puesto seca y roja; tanto que nos arde. Por eso debemos protegernos cada vez que salimos.

—Entonces, ¿el Sol es malo? -preguntó Raí.

—No, no es que sea malo, pero su presencia excesiva nos hace mucho daño. Ya que también debemos descansar, dormir y soñar, para estar saludables. Respondió Rea.

¡Qué tristes estamos! Queremos soñar otra vez por las noches; suspiraron los niños.

Caballero Dorado sintió una sensación de dolor, estaba naciendo en él otra parte de la verdad del universo. En todos sus millones de años nunca se le ocurrió ser menos poderoso. Deseó disminuir su intensidad. Algo extraño le sucedía. Se miró dentro de sí y encontró a un astro arrogante y egoísta.

—¡Oh Dios!, me estoy dando cuenta de que no soy tan perfecto, yo pensaba que así había sido creado: centro y pilar del universo. Como todos giran a mi alrededor, creí ser único y todo. Pero veo que necesito la ayuda de Dama Blanca. Me siento cansado, solo y frío. ¿Pero qué puedo hacer?

De repente dio un salto y gritó:

—Ya sé, iré a buscar a Dama Blanca y le pediré en nombre del universo, que vuelva a encenderse; que he comprendido que soy apenas una parte del todo.

Caballero Dorado, cautelosamente se acercó a su Dama Blanca (aunque en ese momento estaba más oscura que blanca) y con uno de sus rayos, el más luminoso, rozó su mejilla, hablándole muy cerca del oído:

—Dama querida, he pensado mucho. Pude darme cuenta de tu importancia y de mi egoísmo. Han sucedido muchas cosas desde que usted se apagó, mi dama. He venido a decirle que he escuchado que los niños y niñas de Zeus la extrañan mucho, desean dormir bajo su luz y soñar. Ellos están enfermos y necesitan descansar.

Luna Ganímedes, al escuchar esto recuperó su color. Una sonrisa se dibujó en su rostro, mientras decía con una voz muy delgadita:

—¡Oh, Caballero Dorado!, nunca imaginé que usted me hablaría de esa forma. Déjeme decirle que yo también he actuado mal, no debí apagar me sin defenderme, he puesto en peligro los sueños de mis adorados niños y niñas. Debí ser más fuerte, calmar mi ira y conversar más.

Caballero Dorado Helios, emocionado, se atrevió a tocar con sus labios los de su amada, y en un solo abrazo subieron más alto que nunca para compartir los dos en grata armonía ese extraño día y esa extraña noche: mezcla de oro y plata, del uno con el otro; del todo con las partes.

FANNY UZCÁTEGUI

Nació en Boconó (Trujillo, Venezuela, 1932). Poeta, promotora de Cultura del Ateneo de Boconó durante varios años. Actualmente se desempeña como Coordinadora de Cultura del Museo Trapiche de los Clavos, de Boconó. mutrapiche@cantv.net

OBRA LITERARIA: *Poemas para niños* (Caracas / Ejecutivo del Estado Trujillo, 1959), “Florecitas navideñas”, en *Tricolor* (No. 206, Caracas 1969), “Señora Luciérnaga”, en *Otras páginas para imaginar* (Caracas, Fundación Festival del Niño, 1971), “Decálogo Conservacionista”, en *Natura* (Caracas, La Salle, 1983), “Cocuyo farolero y otros poemas”, en *Frontera* (1984), *El estanque y la ronda* (Mérida, CODEPULA, 1985).

EL TAPIZ

Una tarde, Madre Naturaleza estaba sentada en la mecedora, a la puerta de su casa. Sobre sus rodillas descansaba el cesto de tejido donde se apretaban los ovillos de colores.

Hacía mucho tiempo la Tierra le había pedido que hiciera un tapiz para adornar su paisaje. Para complacerla, Madre naturaleza comenzó a bordar un lugar tropical lleno de verdes y de azules y de amarillos, y de todos los colores del arco-iris

Primero hizo un mar azul y lo salpicó de espuma, de pájaros y de islas. Luego bordó bosques y sabanas con todos los tonos del verde: oscuro para las selvas, tierno para las praderas, casi amarillo para los pastizales del llano, y azul lejano, profundo, para las distantes montañas.

Con los hilos azules que le habían sobrado, sembró el verde tapiz, de ríos ondulantes como culebras perezosas. Con su aguja bordó también un lago grande para que se reflejara la luz del sol como un espejo; y para que no estuviese solo en la vasta geografía, creó una hermana más pequeña, tan bella como él. A la laguna, como a una muchacha coqueta, le cosió en su superficie veintidós islitas que parecían veintidós moñitos en su cabeza de cristal. Más tarde el lago recibió el nombre de Maracaibo y la laguna, el de Valencia.

Como todavía quedaban algunas hebras en la mano, tejió con ellas un río tan ancho y grande que casi no cabía en el tapiz. Lo colocó en torno a la Tierra como un hermoso y resplandeciente cinturón. Hoy es el padre de los ríos y se llama Orinoco.

Hecho todo esto colgó el último trozo de lana azul desde un elevado cerro y lo dejó caer hasta el corazón mismo de la selva. Y nació el Churúm-Merú o Salto Ángel, la caída de agua más alta del mundo.

El tapiz estaba quedando hermoso pero un poco plano. Le hacía falta relieve. Con los colores ocres, grises, negro, blanco Madre Naturaleza construyó una imponente cordillera que colocó al oeste del bordado. A otra cordillera más pequeña la ubicó frente al mar. La grande es la Cordillera de los Andes, y la chiquita la de La Costa. Para que el sol no perdiera su rumbo hacia el tapiz, bordó un gorrito blanco para la cumbre más alta de la cordillera andina. Así el Pico Bolívar luce siempre un sombrero de nieve, que al lanzar destellos plateados, guía al astro rey por el camino correcto.

Para hacer la obra más colorida, su mano sabia lanzó al viento todos los pedazos de lana que quedaban en el cesto, y el tapiz se cubrió de flores, de sabrosos frutos, de multitud de animales que habitaron las aguas, los árboles, la tierra, y que surcaban el aire pintándolo de luz y armonía.

Antes de finalizar, como último y generoso regalo, escondió en el sub-suelo abundantes riquezas minerales: petróleo, oro, hierro, diamantes... para que los futuros habitantes los usaran cuando tuviesen necesidad de ellos.

Era ya tarde cuando terminó el bordado. Madre Naturaleza, cansada, se quedó dormida con una sonrisa de satisfacción en el rostro. Sobre sus piernas descansaba la obra más hermosa que sus manos habían hecho. Y en el borde del telar, en letras formadas por la luz de las estrellas, podía leerse claramente el nombre del país que esa tarde había regalado a la Tierra:
VENEZUELA

EL BURRITO SABIO

El manso burrito
de color canela,
con largas orejas
y blanca pechera
quiere ir a la escuela
porque espera ser
el primer burrito
que aprende a leer.

Paciente repite
todas las vocales,
rebuzno a rebuzno
llega a deletrear
y al final del curso
el burrito sabio
que aprendió muy pronto
todo el silabario
obtuvo un diploma
del burro lector.

LA ABEJA

De flor en flor
el suave néctar
libando voy.

Polen dorado
en mis cestitas
he acumulado.

De fina cera
hacen las celdas
mis compañeras.

Y la colmena
de miel muy dulce
al fin se llena.

LA OVEJITA

La ovejita lleva
su traje de lana,
unos zapatitos
de color marrón,
un bulto en la espalda,
un libro en la mano
y un lápiz atado a un largo cordón.

La ovejita viene
por el monte frío
desde la escuelita
entre el frailejón.

Pero mamá oveja
que oye su balido
al punto calienta
leche en el tazón.

Bee-Beeeee
Boo-Booooo

Ovejita bebe
golosa la leche
y luego repasa
toda la lección.

Mientras mamá oveja
prepara la cena
cantando risueña
su alegre canción.

ARAÑITA LA TITA

A la fuente unos hilos
la arañita le quitó.
Al mar un poco de espuma.
A las rosas su color.
Y a la puerta de su casa
una tela ayer tejió.

Al punto
una mariposa
dos coquitos
y un pulgón
en la fina red
cayeron.
Mas la arañita acudió
a darles la bienvenida y
a brindarles un turrón.

LA IGUANA

Cuando va a Los Andes
la señora Iguana
se pone su ruana,
su gorro de estambre,
su pasa montaña,
sus gafas de alambre,
sus guantes de lana,
su quita-calambres
y se va silbando
para Bailadores
entre frailejones

que el sol va dorando.

EN EL MAR

En el mar
Los caballitos cabalgan
entre bosques de coral.

Las medusas suben raudas
como pompas de jabón.
Los calamares
con tinta escriben
cartas de amor.

En la grieta
mora el pulpo
y muy cerca
el camarón
que dormido
se la pasa
a merced
del tiburón.

Las langostas
sus antenas
van moviendo
al escuchar.

La canción
de las sirenas
y las olas
al pasar.

LA OFRENDA

Cabecitas rubias, cabecitas negras,
coronadas de angélicos sueños,
sois bellas.

Boquitas fragantes de ricos aromas,
balbucientes de risas ingenuas,
sois joyas sonoras.

Manecitas hechas de rosas y nieve
y en celeste alquimia de color y forma,
cómo sois hermosas.

Cuerpecitos tibios con gracia de espigas,
del jardín del mundo sois flores
divinas.

Cabecitas rubias, cabecitas negras,
son para vosotras mis cantos
de estrellas.

RAMELIS VELÁSQUEZ

Nació en Cumaná (Sucre, Venezuela, 1968). Licenciada en Educación Integral, mención Lengua (UNA), Magíster en Educación Abierta y a Distancia (UNA, Mérida). Investigadora en el campo de la literatura infantil y, en especial, del proceso de lectura en niños y adolescentes. Ha dictado talleres de teoría y crítica de la Literatura Infantil y Juvenil. Ha colaborado con revistas literarias del país. Vive en Mérida desde hace algunos años.

OBRA PUBLICADA: Es autora de varios libros de cuentos: *Cuadros* (CALJARS, 1996), *La luna de Aquiles* (Fondo Editorial del Caribe, 2003) y *Cuentos de mar y cielo* (cuentos inéditos), además de una novela: *Matitica* (inédita).

Yo, Nicolás y los caballitos de mar

(De *La luna de aquiles*)

Nicolás sueña con un caballito de mar. Lo imagina galopando entre los bosques de algas. Pero todavía no sé si él en realidad quiere un caballito o quiere ser jinete de mar.

Nicolás me dijo que los caballitos nacen cuando las espumas muerden el rojo de la tarde. Eso me gusta. Al declinar el día, nos sentamos en mi faro de piedra para ver cómo se abren los ombligos del mar. Esos pequeños remolinos que se multiplican y de los cuales salen los caballitos eufóricos.

Pasean sobre las olas; juegan enredándose sus colas. Son los consentidos del agua que ha tallado sus formas como joyas de orfebrería.

Una tarde Nicolás y yo esperamos que se abrieran los ombligos del mar. Pero nada salió. Creo que mi deseo alejó a los caballitos, porque en el fondo yo también quería uno. Pero Nicolás no lo sabía. Nos quedamos desconsolados, imaginando un mundo lleno de caballitos de mar que danzaban mientras se multiplicaban por toda la tierra.

Cayó la noche y también la luna. A ella le contamos lo que nos ocurría.

—¿No se han dado cuenta de que no podemos querer para nosotros lo que ya nos pertenece?

—Pero, no son nuestros, no los tenemos.

—Para sentir que algo nos pertenece no es necesario tenerlo entre las manos. Admirar a un caballito de mar es suficiente. Pero desear uno por vanidad anula la posibilidad de verlos.

De pronto, la luna absorbió toda el agua de la playa. Se estaba convirtiendo en una enorme pecera y los caballitos seguían nadando como si no hubiese ocurrido nada. La luna se hacía más transparente para que disfrutáramos de ese espectáculo. Pensé que si no se

perturbaban era por lo presumidos que son. Saberse los caballitos más lindos de todos los que hay entre cielo y tierra es un privilegio.

Como la luna se seguía llenando de agua, mientras un silencio lo dominaba todo, le dije a Nicolás que nos acostáramos boca arriba en la arena. Pero mi amigo se quedó dormido con el vaivén de las olas. De repente, un caballito desvió su curso y dirigió la vista hacia mí. Empezó a dibujar figuras como si quisiera decirme algo. Deseaba salir porque golpeaba fuertemente la piel de la luna. Tanto insistió que terminó por vaciar la enorme pecera. Luego, aparecí montado en uno de ellos. Iba a una velocidad increíble entre los bosques de algas. Yo podía respirar con normalidad. Nos acercamos a un hermoso coral donde había millones de caballitos cabalgados por langostas y estrellas. Parecía un mundo irreal. En esa vastedad, las burbujas de aire y un aleteo repentino rompían la sordidez para dar paso a colores nunca vistos en tierra. Allí me quedé y allí vivo, montado en mi caballito de mar. De vez en cuando visito a Nicolás.

CARMEN AMARALIS VEGA OLIVENCIA

Nació en Mayagüez (Puerto Rico, 1948). Doctora en Química Física (Universidad de Florida). Obtuvo una Maestría en Química Nuclear en la Universidad de Puerto Rico, Recinto Universitario de Mayagüez (RUM). En la actualidad se desempeña como Catedrática de Química en el RUM. Actualmente dirige varias tesis de maestría en Termodinámica y en estudios electroquímicos de drogas anticáncer. Su sensibilidad creadora, tanto en las ciencias como en las artes, la fue llevando a la poesía. Tiene en su haber numerosas investigaciones científicas publicadas, además en el área de la literatura. Es miembro de la Asociación de Escritores de Mérida. www.carmen-amaralis.com

OBRA PUBLICADA: En Literatura infantil: *Comarca de sol y luna* (La Escarcha Azul, Mérida, 1996). En poesía: *Spectros en Caricaturas de mi alma* (LEA, Mérida, 1995), *Espejo místico* (LEA, Mérida, 1996) y *Ojos tatuados* (LEA, Mérida, 1998), *Añoranza en desconcierto y espectros de ojos místicos* (LEA, Mérida, 2004). En narrativa breve: *Vida y Magia: Entornos y Sortilegios* (LEA, Mérida, 2004). Ha sido editada en la *IV y V Antología Internacional Sensibilidades* (Madrid, 2003, 2004, 2005).

COMARCA DE SOL Y LUNA

En los tiempos de grandes extensiones de tierras verdes con caminos, lagunas y cataratas deslizándose desde las montañas; tiempos de enormes castillos de piedra, reyes y reinas, príncipes y princesas, alquimistas y maleficios, historias contadas por los abuelos y abuelas cuando se sentaban alrededor del fogón; en esos tiempos, sucedió una historia que pareciera ser —ahora en estos días modernos— una ficción:

El joven rey de la Comarca del Sol Naciente, debía tomar esposa y, como no le atraía ninguna de las hermosas de su región, decidió recorrer otras geografías en busca de la madre de sus herederos, pero también de una compañera a quien amar.

No pasó mucho tiempo cuando su corazón le indicó con campanadas que se detuviera a contemplar a una joven casi insignificante, con un rostro común y un cabello nada especial, pero al acercársele un poco más, el joven rey vio que sus ojos eran, por momento, dos soles que mostraban un camino de geranios y un campo verde y amarillo. Por instantes, eran dos lunas llenas que resplandecían como espejos de agua o lagunas que embrujaban con cantos.

Muchos viajes tuvo que hacer el rey para convencer a la joven de que en verdad la quería para esposa y no para esos divertimentos donde se danzan los ombligos, historias de muchas esclavas y esposas para un solo marido.

Y ella era libre de andar por los campos saltando y bailando con su flauta dulce, guiando cabritos, que ordeñaba mientras soñaba con los caballeros de las Tablas redondas, que describían en los

libros, con espadas y anillos, con caballos y cintos.

Y no era que el rey le fuera indiferente. Había visto dos soles y dos lunas llenas en su mirada, pero... tenía temor del gran cambio que su vida sencilla iba a tener. Estaba acostumbrada al murmullo de los ríos, a los cantos de tanta variedad de pájaros. Le gustaba tanto corretear a los conejos y lagartijas y subirse a los árboles repletos de frutos.

Allá en el principado, en cambio, tendría que estarse derecha, con la cabeza siempre bien puesta sobre los hombros, al menos así lo había visto dibujado en las estampas que repartían los reyes en cada navidad. Y a ella le gustaba ladear la cabeza para ver la vida un poco de lado. Además en esos reinos se imparten muchas órdenes y leyes, y hay que vestir trajes pesados y largos, se decía. Pero... esos ojos de luna y de sol... Valía la pena cualquier sacrificio, terminó pensando la joven, casi niña.

También el rey tenía sus dudas y sus miedos, especialmente cuando veía a su amada, despeinada y con arrugas en el vestido. Pero esos ojos... se decía y decía....

Un buen día se celebró la boda entre el romántico rey y la “gacela” niña, a quien no le importaban los vestidos de seda ni los corpiños que realzarían su figura. A la boda asistieron los habitantes de los reinos vecinos y de los imperios más lejanos.

Y como toda historia bonita se termina rapidito, los abuelos contaron que el rey y la reina vivieron experiencias muy tristes, pero también felices.

Desde el mismo instante en que el rey anunciara su boda, una de las señoritas casaderas, de la corte vecina, sintió perdidas sus esperanzas de unirse al rey y lograr el poder y el dinero que desde joven aspiraba. El rey no era de su total agrado, pero los trajes del reino, y especialmente el cetro levantado para amedrentar a los súbditos, era su obsesión más cara.

Era tanta su ira, que con sus libros de alquimia organizó, en un ala de su casa, lo que ella misma llamaba el cuarto de las maldades. Allí acomodó una enorme olla de hierro donde cocinaba vísceras de gatos y ratones negros, pezuñas de tigre, patas de cucaracha finamente picadas, dientes de serpientes y pelos de zorrillos.

Y mezclando, mezclando, decía con voz de barítono:

¡Que se apague el sol!

¡Que se apague la luna!

¡En la mirada del rey y la reina que se apague la vida!

¡Que se apague el amo que se apague el sol,

que se apague la luna!

¡En la mirada del rey y la reina que se apague la risa!

El rey y la reina seguían irradiando amor y alegría. Revisó de nuevo los libros y buscó una fórmula más exacta. Nada malo pasaba. Indagó la alquimia más antigua. Y nada. Los reyes se enamoraban cada día más.

Un lindo día de mucho sol, triste atardecer, noche cerrada y oscura, la reina anunció el nacimiento de su primer hijo. El rey no cabía de contento, no sólo porque nacería su primer heredero o heredera, sino porque amaba a la reina y eran muy felices.

Sin perder un minuto, la malvada alquimista preparó unos compuestos químicos y se los inyectó a un indefenso sapo que para mal fin había sacado de una charca. Llegado el alumbramiento se disfrazó de vieja partera y asistió a la reina.

En el momento preciso, tomó al niño con movimientos rápidos y le dio un brebaje para que durmiera unas cuantas horas, envolviéndolo en un montón de telas que luego se llevaría como desechos. Mostró un enorme sapo, del tamaño de un recién nacido.

Pero la reina, antes de desmayarse, había visto un sol resplandeciente en la frente de su niño. Por eso, la falsa partera que también lo había observado, le había atado rápidamente un vendaje grueso en la frente como un turbante.

Mientras el rey se desesperaba mirando al extraño hijo envuelto en tules, la falsa partera se llevó al bebé real, entregándoselo a un carnicero para que lo hiciera desaparecer. Pero éste no fue capaz. Se acordó de una pareja vecina que no podía tener hijos y a ellos se lo entregó, no sin antes recomendarlas que no le quitaran la venda, ya que el niño se transformaría en un híbrido de animal y enredadera venenosa, según le había dicho la malvada alquimista que se lo había entregado.

Era tanto el deseo de tener un niño y la dulzura que éste irradiaba, que decidieron quedarse con él, cuidando el vendaje incluso cuando lo bañaban.

Entre tanto, la reina lloraba tratando de hacerle entender al rey que algo extraño había acontecido, puesto que ella había visto nacer un bebé rosado que, además, tenía un sol en la frente. Pero el rey permanecía taciturno, pensando que eran falsas ilusiones que la reina se inventaba para soportar el bochorno de haber dado a luz a un verde sapo, que por cierto mandó a colocar en un pequeño jardín preparado

especialmente para él.

Estaba tan dolido el rey que casi no quería ver a la reina, pero poco a poco fue pensando en sus ojos y su dulzura y volvió a convivir con ella, quedando de nuevo embarazada.

La reina hablaba con el bebé que estaba en su vientre y le cantaba canciones, quería que su hijo, o hija naciera fuerte y sano.

No bien llegó el momento del parto, apareció, como por encanto la misma partera, aunque con otro rostro y otra vestimenta. La reina estaba muy atenta a lo que iba sucediendo, aunque sentía la cabeza y los ojos pesados. Desde su instinto de madre se exigió, con férrea voluntad, estar lúcida, y así lo hizo. En seguida que terminó el alumbramiento la reina, extrañamente mareada, vio fugaz, una luna radiante en la frente de su bebé. Poco después se quedó dormida, mientras la falsa partera se llevaba a la niña, entregándosela al mismo carnicero, *con* la misma orden. La pequeña fue a vivir al mismo hogar que su hermano.

Cuando despertó le mostraron otro sapo grande y verde. Por segunda vez el rey fue notificado del hecho anormal que aumentaba el deshonor de la Corte. En su genealogía familiar nunca se dio semejante bochorno.

Los Consejeros del reino exigieron al rey castigar públicamente a la reina -antes de echarla del reino- para limpiar tal deshonor. La ley indicaba, en casos como éste, que se debía exponer, al escarnio público a la desheredada reina, en las afueras del palacio real para que cada súbdito de manera obligatoria, tanto niños como adultos, la golpeará, una vez, con un rejo de buey. El que no lo hiciera sería

encerrado en la mazmorra de los castigos por un año.

El esposo debía permanecer al lado de la reina y sentir en sí mismo cada golpe. El rey pidió un tiempo de espera de cinco años, tenía la secreta esperanza de que algo ocurriría que impediría tal castigo a su amada esposa.

Transcurrido ese tiempo se organizó al pueblo para el doloroso evento. Muy temprano en la mañana, se dió comienzo al escarnio. Un niño y una niña con sus padres, esperaban la orden ocupando el primer lugar. Cuando tocaba el turno al niño de cinco años, sucedió un hecho insólito que cambió por completo el curso de los acontecimientos, el rejo se hizo muy pesado en sus delicadas manos, la niña, hizo fuerza con su hermano para levantar el rejo pero fue imposible. Los vendajes que los dos llevaban atados a la frente se desprendieron cegando con rayos de sol y luna a todos los presentes.

La reina gritó: ¡Hijos! ¡Mis hijos!

El rey, recordó lo que con tanta insistencia le había dicho la reina. Se echó al suelo de rodillas con el corazón desgarrado por tanto llanto contenido, gritando al mismo tiempo que la reina: ¡Hijos! ¡Hijos! ¡Hijos míos!

Los niños no entendían lo que sucedía pero sentían que el corazón se les salía del pecho, con un sentimiento que nunca antes habían experimentado. Y abrazaron a aquella mujer que decía: ¡Mis hijos! ¡Mis hijos! Sin saber por qué le decían: ¡Madre! ¡Madre!

Lo mismo hicieron con el rey a quien abrazaron, diciéndole: ¡Padre! ¡Padre! El rey también abrazó a la reina, pidiéndole perdón.

El amor y el corazón de la reina eran tan grande que hacía ya tiempo lo había perdonado porque entendió su decepción y su dolor, además seguía amándolo por siempre. Estaba segura de que él también la amaba y sufría.

La pareja que había adoptado a los niños contó lo que sabían. El rey entendió que había sido engañado por la comadrona; descubriéndose que era la joven que estuvo cerca de él, para consolarlo en su dolor por no poder tener hijos normales.

El rey consultó al pueblo y le pidió que expresara el castigo que merecía esta mala mujer por semejante daño. Y todos concluyeron que había que darle su misma medicina.

Así la obligaron a preparar un brebaje que la convirtiera en una rana descomunal. Dicho y hecho, cuando en rana se convirtió la regalaron a un circo.

Y colorín colorao, este cuento de sapos y ranas ha terminado.

JAVIER VILLAFAÑE

Nació en Buenos Aires el 24 de junio de 1909 y falleció el primer día de abril de 1996, a los 86 años, en Buenos Aires. Fue poeta, escritor y, desde muy pequeño, titiritero. Con su carreta La Andariega viajó por Argentina y varios países americanos realizando funciones de títeres. En 1967, su libro *Don Juan el Zorro* es objetado y retirado de circulación por la dictadura militar imperante en Argentina. Villafañe decidió entonces abandonar el país y radicarse en Mérida, Venezuela donde, trabajando para la Universidad de Los Andes, fundó un Taller de Títeres para formar artistas de esa disciplina. En 1978, con el auspicio del gobierno venezolano, repitió su experiencia trashumante en el Viejo Continente: con un teatro ambulante recorrió el camino de Don Quijote a través de La Mancha, en España. En 1984 retornó a la Argentina.

OBRA LITERARIA: Fue autor, entre muchos otros libros, de *Los sueños del sapo* (Buenos Aires, Hachette, 1963), *Historias de pájaros* (Emecé), *Circulen, caballeros, circulen* (Hachette), *Cuentos y títeres* (Colihue), *El caballo celoso* (Espasa-Calpe), *El hombre que quería adivinarle la edad al diablo* (Sudamericana), *El Gallo Pinto* (Hachette) y *Maese Trotamundos por el camino de Don Quijote* (Seix Barral). *Los ancianos y las apuestas* (Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1990) *Historiacuentopoema* (Buenos Aires, Ediciones Colihue, 1992). *Don Juan el Zorro* (Buenos Aires, Ediciones Colihué, 1989).

LOS SUEÑOS DEL SAPO

Una tarde un sapo dijo:

—Esta noche voy a soñar que soy árbol. Y dando saltos, llegó a la puerta de su cueva. Era feliz; iba a ser árbol esa noche.

Todavía andaba el sol girando en la rueda del molino.

Estuvo un largo rato mirando el cielo. Después bajó a la cueva, cerró los ojos y se quedó dormido.

Esa noche el sapo soñó que era árbol. A la mañana siguiente contó su sueño. Más de cien sapos lo escuchaban.

—Anoche fui árbol -dijo-, un álamo. Estaba cerca de unos paraísos. Tenía nidos. Tenía raíces hondas y muchos brazos como alas, pero no podía volar. Era un tronco delgado y alto que subía. Creí que caminaba, pero era el otoño llevándome las hojas. Creí que lloraba, pero era la lluvia. Siempre estaba en el mismo sitio, subiendo, con las raíces sedientas y profundas. No me gustó ser árbol.

El sapo se fue, llegó a la huerta y se quedó descansando debajo de una hoja de acelga. Esa tarde el sapo dijo:

—Esta noche voy a soñar que soy río.

Al día siguiente contó su sueño. Más de doscientos sapos formaron rueda para oírlo.

—Fui río anoche -dijo-. A ambos lados, lejos, tenía las riberas. No podía escucharme. Iba llevando barcos. Los llevaba y los traía. Eran siempre los mismos pañuelos en el puerto. La misma prisa por partir, la misma prisa por llegar. Descubrí que

los barcos llevan a los que se quedan. Descubrí también que el río es agua que está quieta, es la espuma que anda; y que el río está siempre callado, es un largo silencio que busca las orillas, la tierra, para descansar. Su música cabe en las manos de un niño; sube y baja por las espirales de un caracol. Fue una lástima. No vi una sola sirena; siempre vi peces, nada más que peces. No me gustó ser río.

Y el sapo se fue. Volvió a la huerta y descansó entre cuatro palitos que señalaban los límites del perejil. Esa tarde el sapo dijo:—Esta noche voy a soñar que soy caballo.

Y al día siguiente contó su sueño. Más de trescientos sapos lo escucharon. Algunos vinieron desde muy lejos para oírlo.

—Fui caballo anoche -dijo-. Un hermoso caballo.

Tenía riendas. Iba llevando un hombre que huía.

Iba por un camino largo. Crucé un puente, un pantano; toda la pampa bajo el látigo. Oía latir el corazón del hombre que me castigaba. Bebí en un arroyo. Vi mis ojos de caballo en el agua. Me ataron a un poste. Después vi una estrella grande en el cielo; después el sol; después un pájaro se posó sobre mi lomo. No me gustó ser caballo. Otra noche soñó que era viento. Y al día siguiente dijo:—No me gustó ser viento.

Soñó que era luciérnaga, y dijo al día siguiente: -No me gustó ser luciérnaga. Después soñó que era nube, y dijo: -No me gustó ser nube.

Una mañana los sapos lo vieron muy feliz a la orilla del agua. Otra noche soñó que era viento. Y al día siguiente dijo: —No me gustó ser viento. Soñó que era luciérnaga, y dijo al día siguiente:

—No me gustó ser luciérnaga.

Después soñó que era nube, y dijo: —No me gustó ser nube.
Una mañana los sapos lo vieron muy feliz a la orilla del agua.
—¿Por qué estás tan contento? —le preguntaron.

Y el sapo respondió:

—Anoche tuve un sueño maravilloso. Soñé que era sapo.

HISTORIACUENTOPOEMA

EL DÍA Y LA NOCHE

Hay que tener mucho cuidado
cuando se cierran los ojos
y sobre todo de noche
El día es la luz
el apogeo que despierta el gallo
La noche el primer miedo del hombre
la que borró el espejo de las rocas
donde el bisonte iba a caer atrapado
la que inventó el radar de los murciélagos
el rocío que envuelve las uvas
esas gotas de vino que bebe la tierra
Todas las noches no sabemos
si será el día siguiente.

FUE EN MONTEMAR

El cazador
apuntó
disparó
y sangró el gallo de la veleta.

En Montemar Silvia se preguntaba:

Cuando se mira
un espejo
en otro espejo
¿cuál es el espejo
que se mira
y qué ve un espejo
en el espejo
cuando el otro espejo
también lo está mirando?

Los grandes negocios

Cambiar un monte por un caballo
Una red por una barca
La H por la J
Un cuchillo por una lámpara
Una plegaria por una golondrina
Un perfume por un olor
Una pared por una enredadera
Un círculo por un punto
Un recuerdo por una veleta.

Una tijera por un alfiler.
Hemos perdido mucho tiempo caminando
Somos viejos ahora, pero todavía
quedan grandes negocios por hacer
cambiar, por ejemplo
un resorte por una incubadora
o un árbol por las alas de un buitre.

EL CABALLO QUE PERDIÓ LA COLA

Esta es la historia de un caballo que perdió la cola. Era un caballo blanco con una larga cola blanca. Un día, al cruzar un arroyo, vio en el agua su belfo mojado, sus orejas puntiagudas, sus cuatro patas, y no vio su cola. Entonces, se detuvo; miró hacia atrás, y la cola no estaba.

—¿Dónde olvidé mi cola?- se preguntó el caballo blanco.

Retrocedió. Fue a buscar la cola. La buscó entre unos tréboles; después fue a buscarla donde había comido flores de cardo. Reconoció sus huellas, y la cola no estaba.

Y volvió a preguntarse:

—¿Con qué espanto las moscas en verano?

Y agregó:

—Quizá la olvidé en el agua.

Regresó al arroyo. Miró hacia el fondo, abajo. Vio unas piedras limpias; vio pasar el agua; vio raíces, unos troncos; vio unos peces, un botón; vio un pez largo, delgado y la cola no estaba.

—Estuve —trató de recordar— ¿Dónde estuve? Recuerdo que esta mañana al despertar tenía mi cola. Recuerdo —añadió— que tenía también mi cabeza, mi cuello, mi lomo. Y había un perfume a hierbabuena. Después...

(La pampa es larga, ancha. Ni el cielo la limita, ni unos postes con alambres de púa. El ojo ve donde se juntan el cielo y tierra; pero la pampa va más lejos. Siempre hay un pájaro, una nube, un molino, un hombre caminando que no llega.)

—Quizás —se dijo el caballo— nunca tuve cola. Quizás llevaba atrás la rama de un árbol, la rama de un sauce.

Se puso triste. Lloró unas lágrimas redondas, espesas. Y se tendió en la hierba sollozando.

—Un caballo sin cola no es nada —dijo.

Y se quedó dormido.

Esa noche soñó el caballo blanco. ¡Chas! ¡Chas! ¡Chas! Sus patas en el agua. ¡Chas! ¡Chas! ¡Chas! Su cola en el agua.

Y vio en un trebolar su cola alta y su cabeza abajo, su belfo abajo, sus dientes masticando. Y vio entre los cardos su cola arriba, alta, y sus dientes mordiendo espinas, tronchando tallos que crujían, y el belfo a ras de tierra.

Y vio el campo que se abría como un abanico. Y él sintiendo unas espuelas, un látigo, unas riendas, un hombre, y atrás su cola en el viento que lo iba llevando por una luz altísima.

Y vio en el sueño su cola enorme, su cola de caballo bajo la lluvia. Su cola y un hombre arriba, sudando, con un mensaje entre la camisa y el pecho.

Y vio en el sueño su larga cola mansa, y un hombre silbando que lo llevaba lentamente, y un llegar donde hay fuego, y donde una voz canta y suena una guitarra.

Y vio en el sueño su cola luminosa, inmensa, colgada entre un árbol y la luna, y él subía detrás, buscándola.

Al día siguiente despertó el caballo y se preguntó:

—¿Cómo pude caber en un sueño una cola tan larga?

Miró hacia atrás y...

(Señoras, caballeros, niños; hay que darle fin al cuento. Tengo un papel, una lapicera; puedo escribir, este es mi oficio: “Al despertar, el caballo blanco no tenía cola; la había perdido entre unos tréboles; fue a buscarla, y no la encontró”. O bien, escribir: “Al despertar, el caballo blanco encontró su cola; se le había perdido, y la halló al pie de un cardo, o a la orilla del agua, y fue feliz”).

(Le ponemos la cola; es mejor. Pero no esa cola inmensa, luminosa como la de un cometa, que llegaba desde la copa de un árbol a la luna. No, le ponemos una cola razonable y útil; la cola de un caballo, y puede ser larga, puede llegarle hasta la corva o más abajo, a los garrones. Una cola que moje la lluvia, que se llene de abrojos o que a veces se le enreden esos hilos sedosos de una flor de sapo o algunas mariposas muertas o la baba del diablo. Una cola que pueda espantarle las moscas en verano).

(Además, ¿quién ha visto un caballo sin cola?)
(De “*Los sueños del sapo*”)

LA NOVIA DEL ANCIANO

(De *Los ancianos y las apuestas*)

Todas las noches el anciano les contaba cuentos a los nietos. El cuento que más les gustaba era el de la novia del abuelo, cuando el abuelo tenía doce años y paseaba en bicicleta con su novia. Comenzaba así: “Ella era suave y hermosa. La cabellera larga y los ojos redondos y luminosos como los mirasoles. Andaba siempre en bicicleta”.

Una noche lo interrumpió Luis, el menor de los nietos:

—Abuelo, no cuente cómo murió esa tarde porque hoy vino a buscarme en bicicleta cuando salía de la escuela.

—Abuelo —dijo Irene—, esta mañana dejó la bicicleta apoyada en

un árbol y jugó con nosotros en el patio. Me escondí detrás de sus cabellos y nadie me vio.

—Abuelo —dijo Esteban—, tiene los ojos tan grandes que aprendí a nadar en sus ojos.

—Abuelo —dijo Claudia—, ella lo está esperando.

Y con una tijera le cortó la barba, la quemó con la llama de un fósforo y en el humo apareció una bicicleta. El abuelo bajó las escaleras pedaleando y cuando llegó a la calle se encontró con su novia.

Los nietos los vieron irse en bicicleta.

E

L VIEJO TITIRITERO Y LA MUERTE

Salió de su casa con el teatro al hombro. Iba silbando como todos los domingos y en el camino lo atajó la Muerte. Entonces, el titiritero sacó del bolsillo un títere casi tan viejo como él. Era el Anunciador. Lo calzó en la mano derecha —su acostumbrado cuerpo, su piel— y con la voz del Anunciador le dijo a la Muerte:

—Respetable señora, le ruego espere unos minutos. Él —y señaló al titiritero— jamás llegó tarde a hacer un espectáculo y quiere justificarse. ¿Comprende?

La Muerte dio un paso atrás.

El viejo titiritero guardó el títere en el bolsillo. Cruzó la calle. En la esquina había un teléfono público. Metió una moneda en la ranura, marcó un número y dijo:

—Habla el titiritero para disculparse. Hoy no puede hacer la función.

Volvió a cruzar la calle con el teatro al hombro. Sabía quién lo estaba esperando en la vereda de enfrente.

MARÍA JULIANA VILLAFANE. Nació en Santurce, Puerto Rico, en 1948. Es licenciada en Mercadeo, con estudios postgraduados en la Escuela de Leyes. Poeta, narradora y autora de música popular. Recibió en Nueva York el premio Palma “Julia de Burgos” (1994). En 1992 comienza a trabajar en la música del Jazzista de fama internacional Jon Lucien, escribiéndole las letras de algunas de sus canciones como “Vive hoy”, canción que obtiene en Buenos Aires (Argentina) el Primer lugar en el Festival Iberoamericano de la Canción (1994), sus letras fueron incluidas en varios discos siendo el más reciente, con dos temas suyos: *Man from paradise* (2002). Es co-autora de canciones con compositores como Luis Ángel y Vicente Rojas. Pertenece a la Sociedad de Autores de España y al Grupo Editorial de Tele 5, que le ha publicado varios temas musicales. En 1995 el Instituto de Cultura de Puerto en Nueva York le otorga el Premio Lírica Canción Popular. Es representante de varias Instituciones culturales como AMA, Córdoba (Argentina) y de la Casa del Poeta Peruano, en Puerto Rico, Miami y Europa. www.mariajuliana.com

OBRA LITERARIA: *Dimensiones en el amor* (San Juan, Puerto Rico, 1992), *Aurora y sus viajes intergalácticos* (Mérida, Fondo Editorial La Escarcha Azul, 1997; 2da Ed. Planeta Junior, San Juan, Puerto Rico, 2002), *Entre dimensiones* (San Juan, Puerto Rico, Isla Negra, 2002). Tiene inédita una novela: “*Biografía astrográfica*”. Sus poemas han sido incluidos en algunas antologías como *The American Society of poets*, *American biographical Insitote* (1991), *Awake to a dream* (Watermark press publication, 1991), *Mujeres 98* (Creación femenina, 1998), *Entre el fulgor y los destellos*, y *Ontolírica del canto* (Ediciones Maribelina, 1997, 1999), *Antología compartida de poetas hispanos de Miami* (Editorial Nosotros, 2000), *La poesía hace que sucedan cosas /Doce poetas latinoamericanos y Como ángeles en fuego* (Perú, 2004), y en las revistas literarias *Solar* y *Aleph* (Mérida, Venezuela), *Olandina* (Perú) *Francachela* (Chile), *Nemesis* y *Mano*; *Alborada*, en Bilbao

AURORA Y SUS VIAJES INTERGALÁDICOS

Ella vivía en aquella casona que le parecía una nube blanca. No sabía si había sido construida con cimientos de paja, arena o trigo. Desde que murieron sus padres, la hermosa muchacha que vivía sin familia cerca de la Laguna Negra, se sentía flotando en una nebulosa de sueños. Le faltaban sus padres, sí, pero llenaba sus horas de soledad, escribiendo los relatos que brotaban como nardos de su frondosa imaginación. Ángela, su tutora y amiga, y Jandro, el jardinero, la observaban por las noches, mirando la oscuridad, caminando por los senderos de las estrellas en busca de nuevas historias.

Había una estrella muy especial, un lucero brillante a quien Aurora llamaba Milsy. A menudo guiñaba los ojos cuando la veía en las noches, acostada boca arriba en la grama del gran jardín, mirando hacia el lejano cielo. Y Milsy sabía que cuando Aurora hacía esto era porque estaba triste. Entonces la traviesa estrellita la invitaba a recorrer el mundo de otras galaxias, y Aurora sin pensarlo se iba a acompañarla. Le parecía tan graciosa su amiga estrella, sólo tenía que cerrar los ojos y Milsy se le acercaba juguetona cubriéndola de una luz brillante, diciéndole al oído: “Vamos, date prisa, vámonos antes de que nos descubran”.

Y así, poco a poco, en sus escapadas con Milsy, Aurora fue descubriendo otros mundos, otros seres que aunque diferentes, la llenaban de felicidad.

Eran seres extraños, no eran iguales físicamente pero eran tiernos, y como ella eran hermosos en su interior y le enseñaban de sí mismos y de las maravillas del universo. Con ellos, Aurora aprendió que más allá de su planeta Tierra, entre las nubes y las estrellas, no importaban las apariencias; había algo más importante que confirmar las cosas en un laboratorio, que no todo se explica científicamente. Y quería seguir volando, volando, volar en las noches claras y visitar la luna y mirar cara a cara, de frente y sin temores a la Estrella Madre que la guiaba.

Por eso cada vez que regresaba a su vida rutinaria se sentía aburrida y extraña. Ángela y Jandro dudaban de su cordura. Una noche cuando

el jardinero la encontró soñando despierta y ella quiso contarle de sus viajes, él, escandalizado, replicó: “Niña, primero debo decirle que sólo existe una galaxia. ¡Eso todo el mundo lo sabe! Déjese de inventar tantas tonterías porque si no van a pensar que usted está loca. Y segundo, mejor hable con las plantas para que se pongan hermosas y olvídense de esa locura”. Ella, alejándose triste gritaba “galaxias, galaxias, galaxias” y pensaba, qué diría él si supiera que no sólo existe más de una galaxia, sino también más de un universo. “¡Qué tontos!” se decía a sí misma, si tan sólo supieran de las maravillas de otros mundos, de lo buenos y divertidos que eran sus amigos, pensaba un poco frustrada.

Aurora necesitaba quien creyera en ella, no todo es “ver para creer” como pensaban los seres de su planeta Tierra. Por eso soñaba con encontrar a su Príncipe de Otra Galaxia que un día vendría a buscarla... y así dejaba correr su imaginación y se pasaba las horas leyendo libros en la biblioteca de la casona.

Una noche mientras paseaba por los cielos tomada de la mano de su amiguita Milsy, Aurora le propuso ir a pasear por esos otros mundos y llegar, quizás, a un planeta desconocido. Y Milsy, que era igual de traviesa y juguetona se la llevó por otros rumbos. En el camino se cruzaron con un astro fugaz, era el Príncipe de Otra Galaxia. Fue sólo una fracción de segundo, pero le bastó a Aurora para saber que era él, sabía de su existencia desde siempre porque lo presentía. Estaba presente en sus sueños. Imaginaba que tal vez, en la distancia a través del tiempo, lo volvería a encontrar. Sabía que era su alma gemela. Así pasaba el tiempo y ella soñaba, soñaba y esperaba.

Un buen día su amigo Kixt, jefe intergaláctico de otra especie, la despertó de madrugada. Su corazón comenzó a latir con una fuerza desconocida. Cada vez que la llamaba le daba una cosquilla en el corazón, como si le pasaran suavemente algodón en la piel. Era una señal y entonces ella le daba entrada a su amigo para hablar. A veces tenía tanto sueño que rehusaba despertar. Kixt insistía si era importante lo que debía comunicarle y seguía haciéndole cosquillas. Ese día le dijo “Perdona que te despierte pero tú sabes que es la hora más segura para que nos comuniquemos. Ayer me encontré con un amigo de otro Planeta y me pidió un favor. No podía creer lo que me contó”.

Aurora se sentó cerca de su ventana mirando hacia el cielo y sintiendo con claridad lo que le transmitía Kixt. Le contó que su amigo era el “Príncipe de otra Galaxia” que ella tanto esperaba y del cual le había hablado. Él le había preguntado si conocía a una chica que vio un día desde lejos y que iba acompañada de una estrellita muy juguetona. Sólo fue un instante pero su imagen quedó grabada en su mente. Desde ese momento no dejó de pensar en ella. La estaba buscando por todas partes. En su mirada vio reflejada la bondad de un alma buena. Esa intensidad en la mirada, más que la imagen, era lo que nunca olvidaría. Quedó seguro de haberla visto antes, tal vez en sus sueños. Ello le llenó de una fuerza muy grande que lo impulsó a buscarla. Como sabía que Kixt era un amigo muy andariego, que le encantaba andar con toda clase de seres de diferentes planetas, le preguntó si la conocía. Kixt, por su parte, pensó que era la misma historia que hacía unos días le había contado su amiga Aurora. ¡Tenía que ser ella!

—“¡Claro que la conozco!” le dijo Kixt, “Es una gran chica, se llama Aurora y es del Planeta Tierra”. El Príncipe se quedó un poco serio, además de asombrado, al saberlo. Sabía que en el planeta Tierra los seres intergalácticos como él, casi no existían y no eran muy queridos, que allá negaban toda existencia que no pudieran entender. Tal vez ella sería diferente y no lo rechazaría. Al verla, él había sentido que Aurora era una princesa. Se animó al pensar que si la vio en un viaje astral, ella sería diferente. Además, si la emoción que sintió al mirarla era real, ella tenía que ser especial. Fue por esto que le pidió a Kixt que la localizara e hiciera una cita con ella para verse.

Aurora no lo podía creer. ¡Tenía que ser él! Tenía que ser el Príncipe de sus sueños, el que sabía volar alto, tan alto que conocía de universos, de versos, de sueños. El que de verla sabría que era ella, que le esperaba de siempre, por eso supo al verle que ese día llegaría. Kixt le dijo que le avisaría el día y la fecha del encuentro. Se preparó por semanas a la espera de su llegada. Comenzó a hilvanar cuentos, algunos que esperaba que aún él no habría escuchado, y tejió ensueños para sacarlos cuando llegara. Tenía que dejarle saber que ella no era como todos en la tierra. Que conocía de otros mundos.

Pasó un mes y Kixt la llamó inesperadamente, de una forma que le pareció espectacular. Se paró en pleno día arriba de la luna y le ordenó al sol que se opacase. Brillaba la luna, y ella al mirar hacia el cielo, vio a Kixt, parado arriba de ella llamándola: “Aurora, Aurora, creo te ha llegado la hora de amar” gritaba. Ella comenzó a reírse nerviosa al ver el atrevimiento y la locura de Kixt.

¡Imagínense, llamarla frente a todos en pleno día! Luego el hecho comenzó a preocuparla. Miraba hacia los lados para ver si los demás se daban cuenta. Kixt le recordó que nadie más podía escucharlo. Claro, se hablaban en silencio, eso que los de la tierra llamaban “telepatía”. No debía preocuparse porque de todas formas siempre andaban tan ocupados y distraídos que no lo verían ni aunque lo tuvieran al frente. Eso sólo lo sentían seres muy especiales. Aurora emocionada le dijo “Pero cuéntame, que me tienes intrigada”. A lo que le respondió su amigo “Se te está pegando la impaciencia de tu amiga la estrellita traviesa Mílsy”.

“Dice el Príncipe Siul, así se llama tu amado, que el próximo domingo del calendario de la Tierra, vayas a una montaña que se llama “El Yunque” y ahí lo esperes”. Ella se preguntaba cómo sabría que era él, si le vio sólo una fracción de segundo. Decidió preguntarle a Kixt, quien divertido le dijo: “Se reconocerán por el brillo de sus ojos. Debes buscar el nacimiento del manantial de la montaña, pues da el agua más cristalina. Ahí será el encuentro”. Ella se llenaba de preocupación, le venían tantas preguntas a la mente. “¿Y cómo sabré cuál es el manantial más cristalino?”. “Ah, mi amiga, eso lo sabrás porque tu intuición te lo dejará saber. Te sentirás totalmente tranquila, con una paz muy grande y en completa armonía con la naturaleza”.

No durmió en toda la semana esperando que llegara el día del encuentro. Una mañana temprano, antes de que nadie despertara, se fue a la montaña en su alfombra de blancos ropajes, su nube favorita. Se maravilló con el despertar de las aves. Le parecía que nunca habían trinado como ese día. El sonido de un riachuelo cerca, con su frescor, y el murmullo del viento en los árboles la hipnotizaban. Cómo disfrutaba de ese momento en comunión con las flores silvestres. Y pensar que lo que allí era silvestre y tan natural, para las floristerías en la ciudad era un gran negocio. ¡Cómo las cobraban a la gente para sus días de galas! Pero Aurora le daba gracias a Dios por la maravilla

de la naturaleza. ¡Qué grandiosa era la vida!

Esperando el encuentro todo le parecía más armonioso. Se propuso caminar la montaña hasta encontrar la charca más cristalina. Pensó que sería la más cercana a la cima de la montaña y comenzó a subir por los senderos de magia.

Sentía el sonido de la lluvia en las laderas de la montaña como si estuviera bañándola a ella. Encontró una charca solitaria y sospechó que esa sería. Pensó que él llegaría desde lo alto “caído del cielo” como algunos de los chicos que veía volar en “parapentes” que aparecían como llegados de la nada.

Aurora se sentó a orillas de la charca a esperar. Kixt le había dicho el día que sería el encuentro pero no la hora. Imaginó que de nada serviría saberlo pues para él, el tiempo no se podía medir. Kixt decía que el tiempo era como tratar de amarrar la libertad de hacer las cosas como se deben hacer, sin trabas, según se sienten. Decía que los terrícolas eran esclavos del tiempo, que les privaba del espacio para volar a otros mundos. Su manera de pensar, confundía a Aurora un poco. Pasaron unos quince minutos, tiempo del planeta tierra, que le parecieron una eternidad. Pensaba: ¿Qué cosa era eso de lo eterno? ¿Sería como no tener medida ni espacio? En la casona siempre se sentía sola, aún cuando estaba acompañada. De alguna forma sabía que no era lo mismo. Aquí se escuchaba muy de cerca el sonido de la naturaleza, el canto de las aves tan claro no la distraía, al contrario la acompañaba en armonía. Le gustaba ver sus diferentes ropajes de vestuarios de selva, que reflejaban luminosos destellos de alegres colores.

Todos los habitantes de la montaña dejaban sentir su marcada presencia. Maravillada de tanta hermosura, no se atrevía a arrancar ni una flor. Se sentía como si fuera un pecado hacerlo. Algo que era tan natural en el jardín de su casa, ahora le parecía una barbaridad. La vida de la flor, le parecía más especial allí en la montaña. Le apenaba acortarle la vida. Tendría que hablar con Jandro, el jardinero y darle instrucciones de poner flores en el interior de su casa, si eran acompañadas de sus tallos, y sus raíces. Para vivir era necesario conservar la naturaleza. Le daba un poco de miedo ver que las nuevas construcciones que traía el progreso fueran hechas sin considerar que

los árboles debían quedar.

En ese momento en que estaba tan distraída con sus pensamientos, algo le llamó la atención. Era un sonido débil, como la voz de alguien. No podía definir si era de un niño, una niña, una mujer o un hombre. Era una voz que le decía “amiguita, amiguita, ayúdame por favor”. Miró a todos lados y no veía a nadie. Sabía que provenía de aquel lugar, pues no era como la voz interna de Kixt, la escuchaba con los sentidos. Volvió a repetirse “amiguita, amiguita”...era una voz débil, moribunda. Miró hacia sus pies y ahí estaba una latita toda mohosa, aplastada, con sus ojitos enormes, de pestañas largas, casi cerrados y sus brazos de gelatina, mirándola a los ojos con tristeza.

La tomó en sus brazos y le preguntó: “¿A ti qué te ha pasado?”. “Gracias a Dios que apareciste hoy por aquí, respondió la latita, pensaba que sin remedio me iba a morir”. Aurora le contesta con vehemencia y seguridad, “Quédate tranquila que ya estoy aquí para ayudarte”. La latita, a quien cariñosamente Aurora llamó Morena por el color oscuro que tenía cuando la encontró, sonrió débilmente y se acurrucó en sus manos. Se sentía feliz, por fin sus rezos habían sido escuchados.

Comenzó a relatarle a la chica su odisea. Un domingo en que ella se encontraba refrescando su contenido, en una nevera de una casa elegante de la región, fue sacada de paseo. Escuchaba a los miembros de la familia haciendo los preparativos y hablando de lo bien que lo iban a pasar. Irían ese día a la montaña del “Yunque”, un bosque del trópico donde podrían ir de pasadía y acampar. Habría mucha bebida y comida, y todos disfrutarían. Ella pensó que ya era hora de que la llevaran a pasear, llevaba bastante tiempo guardada en la heladera. No era que le molestara, pero deseaba seguir el curso de su vida, y estar detenida por mucho tiempo no era lo mejor, especialmente para ella que era tan inquieta. Ese día cumpliría su cometido de compartir su contenido con alguien. Tenía un nuevo sabor que le había sido dado en la fábrica donde la habían llevado la última vez que fue utilizada. En aquella ocasión, aunque le gustaba el sabor que le dieron, no estaba de acuerdo con el color. Le parecía un vestido demasiado “llamativo” para su agrado. Pero en ese entonces la promoción del producto era masiva y la consumieron rápido. La enviaron a la fábrica y se alegró del gusto del encargado de Promoción, que le dio un hermoso color

afin con su nuevo contenido. Se sentía feliz pues por primera vez había armonía entre su interior y su exterior.

Morena se encontraba en el auto, en la falda de un niño al que le había tomado cariño enseguida que lo vio. Muchas veces había deseado, cuando él abría el refrigerador, que la tomara en sus brazos, pero él nunca lo hizo.

Una de las empleadas de la casona colocaba todas las noches, en la mesita al lado de la cama de Aurora, una bandeja. Le ponían frutas, quesos, galletitas, jugos de varias clases y dulces. Al otro día, encontraban todo en la bandeja. De ella seguir así habría que internarla en un sanatorio.

Esa noche Aurora lloraba y lloraba mucho. No entendía lo que le estaba pasando. Por primera vez le pedía a Dios en voz alta que la ayudara, que ella quería vivir, que le quitara esa amargura del corazón.

De repente escuchó una voz casi imperceptible, pero cerca: “Amiguita, amiguita, aquí estoy para ayudarte”. Sintió unas manitas en su pelo que la acariciaban. Se volteó en la cama y sintió las mismas manitas tocándole la cara. Cuánta no fue su sorpresa al ver que era una latita. Le recordaba a aquella que un día salvó en el bosque. La diferencia era que esta estaba sana, hermosa. Estaba lejos de ser aquella lata mohosa, aplastada. Tenía un color reluciente. Sus ojitos de pestañas largas brillaban mucho, se le notaba la alegría y la vida. Sus bracitos eran negros y tenían sus manos unos guantes blancos, que le recordaron a Morena.

—“Aurora, ¿es que no me reconoces?”, le dice la lata. “¡Soy yo, tu amiga Morena!”. ¡No podía ser! ¿Morena? Aurora, emocionada, llorosa, con una voz débil le dice: “no lo puedo creer, eres tú, si no me lo dices no te hubiera reconocido, que linda estás”. “Ay Aurora, si supieras que hace días que llegué a tu casa. Pasé trabajo en la fábrica donde me enviaron al salir del hospital, para encontrarte. Yo quería volver a verte y que supieras que estaba bien. Hice de todo para colarme en la orden que provenía de la casona. Al llegar me pusieron en una enorme alacena en la cocina. Cada vez que creía que entraban a buscarme o al menos a llevarme a la heladera, se llevaban a una de

mis compañeras. Con el calor que hacía pensé que el tiempo se iba muy lento. Ayer escuché en la cocina a dos empleadas comentando la pena que sentían de que su niña estuviese tan enferma. Paré el oído pensando que tal vez podrías ser tú y me cerraron la puerta de la alacena. Recordé que cuando me salvaste, antes de llevarme al hospital de latas, me llevaste a una casa enorme. Así que estaba casi segura que ésta era tu casa. Estaba furiosa y comencé a pelear con mis compañeras para que me dejaran salir primero y saber si eras tú la que se sentía mal. Como verás, el discutir y pelear de nada vale, pues no me dejaban ir primero. Entonces se me ocurrió decirles la verdad que te había conocido en el bosque y todo lo que nos ocurrió. ¿Y sabes qué? Esta mañana fui la primera que salió de allí hacia la nevera. Entonces ni creas, tuve que luchar por lo contrario. A cada rato venía una empleada a la nevera a buscarme a mí o una de mis compañeras. Yo, como quería esperar a que fuera de noche, las pasé negras. Tuve que esconderme detrás de la leche, del agua, de los jugos. Entonces decidí bajar hasta la tablilla de los tomates y las lechugas, que creía era un lugar de menos riesgo. Me tuve que esconder debajo de las faldas de una lechuga, pues al ser la única en la tablilla me querían llevar, me notaban fácilmente. Pero llegó la hora de preparar la cena y me quitaron de enfrente a la lechuga, corrí hacia un tomate y, ¡puaf!, se lo llevaron en menos de un segundo. Menos mal que parece que a la persona para quien iba destinada la ensalada, no le gustaban los pepinillos y detrás de ellos me quedé. Quería esperar la noche y ver si preparaban la bandeja de la ‘niña’ y me llevaban en ella. Así fue que logré zafarme de que me llevaran muy temprano y en la noche ser la primera que vieran. Y al fin pude dar contigo. Pero dime, ¿qué te ocurre? Te veo muy delgada, pálida y sobre todo triste. ¿Qué puede ocasionar que en tan poco tiempo te hayas desmejorado así?”.

“Ay Morena, yo quiero morirme, la vida no tiene sentido para mí”. Le contó Aurora cómo después de llevarla al hospital de latas se había sentido la chica más dichosa del universo. Pensó que nunca había sido más feliz que en aquellos momentos. Se recriminó el haber pensado en un momento de felicidad absoluta, que después de aquella vivencia podría morir en paz. ¡Qué pensamiento tan macabro e injusto! El Príncipe Siul le había prometido regresar y no lo hizo. Ni siquiera le había enviado un aviso con su amigo Kíxt, como lo

hizo cuando concertó el primer encuentro. No supo nada de él y ya no creía en la vida.

Morena no podía creer lo que escuchaba, aquella no podía ser la misma chica que la salvó en la montaña. “Vamos a ver, ¿de dónde sacaste la conclusión de que el Príncipe Siul no va a volver? Hasta donde yo vi, ustedes eran almas gemelas. No sabes lo feliz que me sentí por ti; “Morena, es que ha pasado tanto tiempo desde que se fue, ni siquiera un mensaje ha enviado, ¿no crees que eso es más que suficiente para yo saber que no volverá?”. “No puedo ni imaginar que seas tú quien habla y piensa así. Tú, que tuviste tanto temor de nadar, que dudaste y te llenaste de una fuerza positiva, mágica y por ello viviste ese día con tanta intensidad. Dime, ese tiempo del que hablas que él se ha tardado, ¿es tiempo del planeta Tierra o tiempo de él?” Aurora la miró sorprendida por la pregunta. “Pues... el nuestro por supuesto”. “¿Y sabes cómo es el tiempo para él, si ni siquiera sabes de dónde proviene?” ¿Y no fuiste tú, subiendo la montaña, quien me dijo que para tu amigo Kíxt, que creo es también intergaláctico, no existía la medida en el tiempo, que en el planeta Tierra éramos esclavos de él? Sí es así, ¿por qué andas midiendo el tiempo del Príncipe Siul? ¿Y si para él, por ejemplo, en vez de meses, han pasado segundos?”. Aurora levantó la mirada con un brillo nuevo, un hilo de esperanza se reflejó en su rostro. “¿Tú crees?” “Yo lo que creo es que no puedes dejarte morir por haber vivido intensamente. Lo que viviste fue una realidad, no un sueño. Yo fui testigo de esa vivencia. Y eso, que estaba débil, pero me asomé de vez en cuando por las aberturas de tu bolso y te vi. “Yo sé que él volverá”. “¿Por qué lo afirmas con tanta certeza?”, pregunta Aurora. “Mira niña, yo tengo la fe que me diste cuando yo pensaba que iba a morir. Tú misma me diste esperanza y seguridad. Ahora te la devuelvo y lo hago, no para pagarte el favor, sino porque de veras lo creo así. ¿Y sabes por qué? Porque yo fui testigo del Verdadero Amor. Eso que ustedes compartieron en la amistad que formaron, fue amor. ¿Sabes tú cuánta gente en este universo no ha llegado a conocer el Verdadero Amor? La gente vive llena de maldad y egoísmo en vez de dar amor a todos. Sabes, hay tantas clases de amor, amor al arte, a la madre y al padre, a los amigos. Pero ese reconocimiento que tuvieron ustedes cuando se miraron por primera vez, reflejaba un amor mayor, venía de algún lado. ¿Otro Tiempo? ¿Otro Espacio que quizás no comprendemos? Tienes que ver que lo que viviste jamás nadie te lo va a quitar, es una cosa muy tuya. Y sí

no puedes volver a vivirla, se quedará como el recuerdo más hermoso de tu vida”. Aurora miraba intensamente a su amiga mientras ella le hablaba. Meditaba seriamente en sus palabras. En serio Aurora, ¿cómo pedirle más a la vida?

Tienes que ver que yo, que no soy un ser “mortal” estaba perdiendo mi vida y gracias a ti la tengo, Así que ánimo, que el día menos pensado aparece el Príncipe Siul y te encuentra llorando sin razón”. Aurora responde con un tono reverente: “Tal vez tengas razón” “¡Claro que la tengo! No puedes perder ni la fe, ni el amor que vive en ti. Cuando hay un Verdadero Amor, hay seguridad. Es el amor el que hace que todo viva en el universo, que haya balance. ¿No has notado que cuando hay falta de amor, todo se va a pique? Hay guerras, matanzas, todo se vuelve negativo, Y si tú viajabas con Milsy para buscar anécdotas qué contar, si lo que deseas es escribir, ahora tienes temas para contar. Bien vale la pena que cuentes esto que te acaba de suceder. Tal vez sea tu razón para vivir. Mientras lo haces, recuerda que el Príncipe Siul siempre pensó que eras un ser especial y tal vez cuando regrese leerá tu linda historia. Estoy segura de que se sentirá feliz y orgulloso de saber que fue inspirada por él. ¡Y si nunca se entera será suficiente que lo sepas tú!”.

Aurora abrazó a Morena, quien con sus manitas le acariciaba la cara, secándole las lágrimas. Se sintió como una tonta. Tanto que había hecho sufrir a los demás con su actitud. Qué injusta había sido con Milsy, su compañera de tantas andadas universales, y el pobre Kixt, que la llamó tantas veces con su cosquilla en el corazón. Qué preocupados debieron estar, y ella muriendo por un sentimiento, que tal vez, inventó. Quizás el Príncipe Siul había captado desde lejos su incertidumbre, sus dudas y su falta de fe.

Aurora pidió al cielo una señal que le indicara que todo estaría bien. Una luz brillante entró por la ventana y las iluminó. Ambas recibieron un baño de luz muy especial. Era una señal del Universo, una luz de esperanza, esa energía vital para poder crecer, evolucionar, tener fe en sí mismo y sobre todo, saber esperar.